

Cuentos cortos de 100 cuentos seleccionados, de O Henry

- El regalo de los Reyes Magos
- Un cosmopolita en un café
- Entre rondas
- La sala del tragaluz
- Un servicio de amor
- La salida del armario de Maggie
- El policía y el himno
- Memorias de un perro amarillo
- El filtro de amor de Ikey Shoenstein
- La habitación amueblada
- La última hoja
- El poeta y el campesino
- Un paseo por la afasia
- Un informe municipal
- Prueba del Puddin

I

El regalo de los Reyes Magos

UN DÓLAR CON OCHENTA Y SIETE CENTAVOS. Eso fue todo. Y sesenta centavos de ella eran en centavos. Los peniques se ahoraban de uno en dos arrasando con el tendero, el tendero y el carnicero hasta que la mejilla ardía con la silenciosa imputación de parsimonia que implicaba un trato tan cercano. Della lo contó tres veces. Un dólar con ochenta y siete centavos. Y al día siguiente sería Navidad. Era evidente que no quedaba más remedio que dejarse caer en el destartalado sofá y aullar. Así que Della lo hizo. Lo que instiga la reflexión moral de que la vida está hecha de sollozos, resfriados y sonrisas, predominando los resfriados. Mientras que la dueña del hogar se va hundiendo gradualmente de la primera etapa a la segunda, echa un vistazo a la casa. Un apartamento amueblado a \$8 por semana. No era exactamente indescriptible, pero ciertamente tenía esa palabra al acecho del escuadrón de mendicidad. En el vestíbulo de abajo había un buzón en el que no entraba ninguna carta, y un botón eléctrico del que ningún dedo mortal podía sacar un anillo. También pertenecía a ella una tarjeta con el nombre de 'Mr. James Dillingham Young'. El "Dillingham" había sido arrojado a la brisa durante un período anterior de prosperidad en el que a su poseedor se le pagaba 30 dólares a la semana. Ahora, cuando los ingresos se redujeron a 20 dólares, las letras de «Dillingham» parecían borrosas, como si estuvieran pensando seriamente en contraerse a una modesta y modesta D. Pero cada vez que el señor James Dillingham Young llegaba a casa y llegaba a su apartamento de arriba, la señora James Dillingham Young, que ya le había presentado como Della, lo llamaba "Jim" y lo abrazaba con creces. Lo cual es muy bueno. Delia terminó su llanto y se atendió las mejillas con el trapo de polvo. Se paró junto a la ventana y miró apagada a un gato gris que caminaba por una valla gris en un patio trasero gris. Mañana sería el día de Navidad, y sólo tenía 1,87 dólares para comprarle un regalo a Jim. Había estado ahorrando hasta el último céntimo que podía

meses, con este resultado. Veinte dólares a la semana no dan para mucho. Los gastos habían sido mayores de lo que había calculado. Siempre lo son. Solo \$ 1.87 para comprar un regalo para Jim. Su Jim. Había pasado muchas horas felices planeando algo bueno para él. Algo fino, raro y excelente, algo un poco cercano a ser digno del honor de ser propiedad de Jim. Había un cristal de muelle entre las ventanas de la habitación. Tal vez hayas visto un cristal de muelle en un piso de 8 dólares. Una persona muy delgada y muy ágil puede, observando su reflejo en una rápida secuencia de franjas longitudinales, obtener una concepción bastante precisa de su aspecto. Della, siendo esbelta, había dominado el arte. De repente se apartó de la ventana y se detuvo ante el cristal. Sus ojos brillaban intensamente, pero su rostro había perdido su color en veinte segundos. Rápidamente se bajó el pelo y lo dejó caer en toda su longitud. Ahora bien, había dos posesiones de los James Dillingham Young de las que ambos se enorgullecían enormemente. Uno de ellos era el reloj de oro de Jim, que había pertenecido a su padre y a su abuelo. El otro era el pelo de Della. Si la reina de Saba hubiera vivido en el piso al otro lado del conducto de aire, Della habría dejado que su cabello colgara por la ventana algún día para que se secara solo para depreciar las joyas y los regalos de Su Majestad. Si el rey Salomón hubiera sido el conserje, con todos sus tesoros apilados en el sótano, Jim habría sacado su reloj cada vez que pasaba, solo para verlo arrancarse la barba de envidia. De modo que ahora el hermoso cabello de Della caía a su alrededor, ondulando y brillando como una cascada de aguas marrones. Le llegaba por debajo de la rodilla y se convertía casi en una prenda para ella. Y luego lo volvió a hacer nerviosa y rápidamente. Una vez vaciló por un minuto y se quedó quieta mientras una lágrima o dos salpicaban la desgastada alfombra roja. Iba su vieja chaqueta marrón; Puso su viejo sombrero marrón. Con un remolino de faldas y con el brillo brillante aún en sus ojos, salió revoloteando por la puerta y bajó las escaleras hasta la calle. Donde se detuvo, el letrero decía: "Mme. Sofronie. artículos para el cabello de todo tipo'. Un piso más arriba, Della corrió y se recompuso, jadeando. Madame, grande, demasiado blanca, fría, apenas parecía la 'Sofronie'. '¿Me comprarás el pelo?', preguntó Della. —Compro pelo —dijo la señora—. Quítate el sombrero y echemos un vistazo. Abajo ondulaba la cascada marrón. —Veinte dólares —dijo la señora, levantando la misa con mano experta—.

—Dámelo pronto —dijo Della—. Ah, y las siguientes dos horas pasaron tropezando con alas rosadas. Olvídate de la metáfora de los hashes. Estaba saqueando las tiendas en busca del regalo de Jim. Por fin lo encontró. Seguramente había sido hecho para Jim y para nadie más. No había otro igual en ninguna de las tiendas, y ella las había puesto a todas del revés. Era una cadena de platino de diseño simple y casto, que proclamaba adecuadamente su valor solo por la sustancia y no por la ornamentación meretricia, como deben hacer todas las cosas buenas. Incluso era digno de The Watch. Tan pronto como lo vio, supo que debía ser de Jim. Era como él. Quietud y valor: la descripción aplicada a ambos. Le quitaron veintiún dólares por ello, y ella se apresuró a volver a casa con los 87 centavos. Con esa cadena en su reloj, Jim podría estar ansioso por el tiempo en cualquier compañía. A pesar de lo grandioso que era el reloj, a veces lo miraba a escondidas a causa de la vieja correa de cuero que usaba en lugar de una cadena. Cuando Della llegó a casa, su embriaguez dio paso un poco a la prudencia y a la razón. Sacó sus rizadores, encendió el gas y se puso a trabajar para reparar los estragos causados por la generosidad sumada al amor. Lo cual es siempre una tarea tremenda, queridos amigos, una tarea gigantesca. Al cabo de cuarenta minutos, su cabeza estaba cubierta de diminutos rizos que la hacían parecer maravillosamente una colegial ausente. Miró su reflejo en el espejo larga, cuidadosa y críticamente. «Si Jim no me mata», se dijo a sí misma, «antes de que me mire de nuevo, dirá que parezco una corista de Coney Island. Pero, ¿qué podía hacer? ¿Qué podía hacer con un dólar y ochenta y siete centavos? A las siete en punto el café estaba hecho y la sartén estaba en la parte posterior de la estufa, caliente y lista para cocinar las chuletas. Jim nunca llegaba tarde. Della dobló la cadena del llavero en la mano y se sentó en la esquina de la mesa, cerca de la puerta por la que siempre entraba. Entonces oyó sus pasos en la escalera que bajaba en el primer tramo, y se puso blanca por un momento. Tenía la costumbre de decir pequeñas oraciones silenciosas sobre las cosas cotidianas más simples, y ahora susurraba: 'Por favor, Dios, hazle pensar que todavía soy bonita'. La puerta se abrió, Jim entró y la cerró. Se veía delgado y muy serio. Pobre hombre, sólo tenía veintidós años... ¡y iba a cargar con una familia! Necesitaba un abrigo nuevo y no tenía guantes.

Jim entró por la puerta, tan inmóvil como un setter ante el olor de las codornices. Sus ojos estaban fijos en Della, y había en ellos una expresión que ella no podía leer, y eso la aterrorizaba. No era ira, ni sorpresa, ni desaprobación, ni horror, ni ninguno de los sentimientos para los que había sido preparada. Se limitó a mirarla fijamente con esa expresión peculiar en su rostro. Della se levantó de la mesa y fue a por él. —Jim, cariño —exclamó—, no me mires de esa manera. Me corté el pelo y lo vendí porque no podría haber vivido la Navidad sin darte un regalo. Volverá a crecer, no te importará, ¿verdad? Tenía que hacerlo. Mi cabello crece terriblemente rápido. Di "¡Feliz Navidad!" Jim, y seamos felices. No sabes qué bonito, qué bonito regalo tengo para ti. —¿Te has cortado el pelo? —preguntó Jim con dificultad, como si no hubiera llegado a ese hecho patente todavía, incluso después del más duro trabajo mental. —Córtalo y véndelo —dijo Della—. —¿No te gusto igual de bien, de todos modos? Soy yo sin pelo, ¿no? Jim miró a su alrededor con curiosidad. —¿Dices que se te ha ido el pelo? —dijo con un aire casi de idiotez—. —No hace falta que lo busques —dijo Della—. "Está vendida, te lo digo, vendida y desaparecida también. Es Nochebuena, muchacho. Sé bueno conmigo, porque fue por ti. Tal vez los cabellos de mi cabeza estuvieran contados -prosiguió con una súbita dulzura seria-, pero nadie podría contar mi amor por ti. ¿Te pongo las chuletas, Jim? De su trance, Jim pareció despertar rápidamente. Envolvió su Della. Durante diez segundos, consideremos con discreto escrutinio algún objeto intrascendente en la otra dirección. Ocho dólares a la semana o un millón al año, ¿cuál es la diferencia? Un matemático o un ingenio te daría la respuesta equivocada. Los magos trajeron valiosos regalos, pero ese no estaba entre ellos. Esta oscura afirmación será iluminada más adelante. Jim sacó un paquete del bolsillo de su abrigo y lo arrojó sobre la mesa. —No te equivoques, Dell —dijo—, sobre mí. No creo que haya nada en el camino de un corte de pelo o un afeitado o un champú que pueda hacer que me guste menos mi chica. Pero si desenvuelves ese paquete, verás por qué me hiciste ir un rato al principio. Dedos blancos y ágiles rasgaron la cuerda y el papel. Y luego un grito extático de alegría; Y entonces, ¡ay! un rápido cambio femenino a lágrimas y lamentos histéricos, que requería el empleo inmediato de todos los poderes reconfortantes del señor de la llanura.

Porque allí estaba The Combs, el conjunto de peinetas, de lado y de espalda, que Della había adorado durante mucho tiempo en una ventana de Broadway. Hermosos peines, puro carey, con bordes enjovados, justo el tono para usar en el hermoso cabello desaparecido. Eran peines caros, lo sabía, y su corazón simplemente los había anhelado y anhelado sin la menor esperanza de poseerlos. Y ahora eran suyos, pero los mechones que deberían haber adornado los codiciados adornos habían desaparecido. Pero ella los estrechó contra su pecho, y al fin pudo levantar la vista con ojos apagados y una sonrisa y decir: «¡Mi cabello crece tan rápido, Jim!» Y entonces Della se levantó de un salto como un gatito chamuscado y gritó: «¡Oh, oh!» Jim aún no había visto su hermoso regalo. Ella se lo tendió ansiosamente sobre la palma de su mano abierta. El opaco metal precioso parecía brillar con un reflejo de su espíritu brillante y ardiente. — ¿No es un dandy, Jim? Busqué por toda la ciudad para encontrarlo. Ahora tendrás que mirar la hora cien veces al día. Dame tu reloj. Quiero ver cómo queda en él'. En lugar de obedecer, Jim se dejó caer en el sofá, se puso las manos debajo de la nuca y sonrió. —Dell — dijo—, guardemos nuestros regalos de Navidad y guardémoslos un rato. Son demasiado agradables para usarlos en este momento. Vendí el reloj para conseguir el dinero para comprar tus peines. Y ahora supongamos que te pones las chuletas. Los Reyes Magos, como sabéis, eran hombres sabios, maravillosamente sabios, que traían regalos al Niño en el pesebre. Inventaron el arte de dar regalos de Navidad. Siendo sabios, sus dones eran sin duda sabios, posiblemente con el privilegio de intercambiarlo en caso de duplicación. Y aquí les he relatado la crónica sin incidentes de dos niños insensatos en un piso que sacrificaron imprudentemente el uno por el otro los mayores tesoros de su casa. Pero en una última palabra para los sabios de estos días, digamos que de todos los que dan regalos, estos dos fueron los más sabios. De todos los que dan y reciben regalos, los que son más sabios. En todas partes son los más sabios. Son los Reyes Magos.

II

Un cosmopolita en un café

A medianoche el café estaba abarrotado. Por casualidad, la mesita en la que me sentaba había escapado a la vista de los que entraban en ella, y dos sillas vacías extendían sus brazos con hospitalidad venal a la afluencia de clientes. Y entonces un cosmopolita se sentó en uno de ellos, y me alegré, porque sostenía la teoría de que desde Adán no ha existido ningún verdadero ciudadano del mundo. Oímos hablar de ellos, y vemos etiquetas extranjeras en muchos equipajes, pero encontramos viajeros en lugar de cosmopolitas. Invoco su consideración de la escena: las mesas de mármol, la gama de asientos de pared tapizados en cuero, la alegre compañía, las damas vestidas en retretes semiestatales, hablando en un exquisito coro visible de gusto, economía, opulencia o arte, los garçons diligentes y amantes de la generosidad, la música que sabiamente atiende a todos con sus incursiones sobre los compositores; la mezcla de charlas y risas y, si se quiere, el Würzburger en los altos conos de cristal que se inclinan hacia los labios como una cereza madura se balancea en su rama hasta el pico de un arrendajo ladrón. Un escultor de Mauch Chunk me dijo que la escena era verdaderamente parisina. Mi cosmopolita se llamaba E. Rushmore Coglan, y se le oirá el próximo verano en Coney Island. Va a establecer una nueva "atracción" allí, me informó, ofreciéndome una diversión real. Y entonces su conversación resonó a lo largo de paralelos de latitud y longitud. Tomó el gran mundo redondo en su mano, por así decirlo, familiarmente, con desdén, y no parecía más grande que la semilla de una cereza al marrasquino en una toronja de mesa. Hablaba irrespetuosamente del ecuador, saltaba de continente en continente, se burlaba de las zonas, limpiaba alta mar con su servilleta. Con un gesto de la mano hablaba de cierto bazar de Hyderabad. ¡Olor! Te quería en esquís en Laponia. ¡Cremallera! Ahora cabalgaste las rompientes con los canacos en Kealaikahiki. ¡Presto! Te arrastró a través de un pantano de robles de Arkansas, te dejó secar por un momento en las llanuras alcalinas de su rancho de Idaho, y luego te llevó a la sociedad de los archiduques vieneses. Más tarde te estaría contando de un resfriado que contrajo en la brisa de un lago de Chicago y de cómo el viejo Escamila lo curó en Buenos Aires con una infusión caliente de la hierba chuchula. Tendrías

dirigió la carta a 'E. Rushmore Coglan, Esq., la Tierra, el Sistema Solar, el Universo', y la he enviado por correo, sintiéndose seguro de que le sería entregada. Estaba seguro de que por fin había encontrado al único y verdadero cosmopolita desde Adán, y escuché su discurso mundial temeroso de descubrir en él la nota local del simple trotamundos. Pero sus opiniones nunca revolotearon ni decayeron; Era tan imparcial con las ciudades, los países y los continentes como los vientos o la gravitación. Y mientras E. Rushmore Coglan parloteaba sobre este pequeño planeta, pensé con regocijo en un gran casi cosmopolita que escribía para todo el mundo y se dedicaba a Bombay. En un poema tiene que decir que hay orgullo y rivalidad entre las ciudades de la tierra, y que "los hombres que se reproducen de ellas, trafican de arriba abajo, pero se aferran al dobladillo de sus ciudades como un niño a la túnica de la madre". Y cada vez que caminan "por calles rugientes desconocidas" recuerdan su ciudad natal "muy fiel, insensata, cariñosa; haciendo que su mero aliento nombre su vínculo sobre su vínculo. Y mi júbilo se despertó porque había sorprendido al señor Kipling durmiendo la siesta. Allí había encontrado a un hombre que no estaba hecho de polvo; uno que no se jactaba de su lugar de nacimiento o de su país, uno que, si se jactaba, se jactaba de todo su globo redondo contra los marcianos y los habitantes de la Luna. La expresión sobre estos temas fue precipitada por E. Rushmore Coglan en la tercera esquina de nuestra mesa. Mientras Coglan me describía la topografía a lo largo del ferrocarril siberiano, la orquesta se deslizó en un popurrí. El aire final fue «Dixie», y a medida que las notas estimulantes caían, casi fueron dominadas por un gran aplauso de casi todas las mesas. Vale la pena decir que esta notable escena se puede presenciar todas las noches en numerosos cafés de la ciudad de Nueva York. Se han consumido toneladas de brebaje sobre las teorías que lo explican. Algunos se han apresurado a conjeturar que todos los sureños de la ciudad se refugian en los cafés al anochecer. Este aplauso del aire "rebelde" en una ciudad del Norte desconcierta un poco; pero no es irresoluble. La guerra con España, las generosas cosechas de menta y sandía de muchos años, algunos ganadores improbables en el hipódromo de Nueva Orleans y los brillantes banquetes ofrecidos por los ciudadanos de Indiana y Kansas que componen la Sociedad de Carolina del Norte, han hecho del Sur una moda más bien en Manhattan. Tu manicura ceceará suavemente que tu dedo índice izquierdo le recuerda tanto a la de un caballero en Richmond, Virginia. Oh, ciertamente; Pero muchas damas tienen que trabajar ahora, la guerra, ya sabes.

Mientras sonaba 'Dixie', un joven de pelo oscuro saltó de algún lugar con un grito de guerrilla de Mosby y agitó frenéticamente su sombrero de ala suave. Luego se extravió entre el humo, se dejó caer en la silla vacía de nuestra mesa y sacó cigarrillos. La noche fue en el período en que se descongela la reserva. Uno de nosotros le mencionó tres Würzburgers al camarero; El joven de cabello oscuro reconoció su inclusión en la orden con una sonrisa y un movimiento de cabeza. Me apresuré a hacerle una pregunta porque quería probar una teoría que tenía. —¿Le importaría decirme —comencé— si usted es de... —El puño de E. Rushmore Coglan golpeó la mesa y me quedé en silencio. —Discúlpeme —dijo—, pero esa es una pregunta que nunca me gusta que me hagan. ¿Qué importa de dónde es un hombre? ¿Es justo juzgar a un hombre por la dirección de su oficina de correos? He visto a habitantes de Kentucky que odiaban el whisky, virginianos que no eran descendientes de Pocahontas, indios que no habían escrito una novela, mexicanos que no usaban pantalones de terciopelo con dólares de plata cosidos a lo largo de las costuras, ingleses divertidos, yanquis derrochadores, sureños de sangre fría, occidentales de mente estrecha y neoyorquinos que estaban demasiado ocupados para detenerse durante una hora en la calle para ver a un empleado de una tienda de comestibles manco hacer arándanos en bolsas de papel. Que un hombre sea un hombre y no lo perjudiques con la etiqueta de ninguna sección". —Perdóneme —dije—, pero mi curiosidad no era del todo ociosa. Conozco el sur, y cuando la banda toca "Dixie" me gusta observar. Me he formado la creencia de que el hombre que aplaude ese aire con especial violencia y ostensible lealtad seccional es invariablemente nativo de Secaucus, Nueva Jersey, o del distrito entre el Liceo Murray Hill y el río Harlem, esta ciudad. Estaba a punto de poner a prueba mi opinión preguntando a este caballero cuando usted me interrumpió con su propia teoría, debo confesar que más amplia. Y entonces el joven de cabello oscuro me habló, y se hizo evidente que su mente también se movía a lo largo de su propio conjunto de surcos. —Me gustaría ser un bígaro —dijo, misteriosamente—, en la cima de un valle, y cantar too-ralloo-ralloo. Era evidente que esto era demasiado oscuro, así que me volví de nuevo hacia Coglan. —He dado la vuelta al mundo doce veces —dijo—. "Conozco a un esquimal en Upernavik que manda a Cincinnati por sus corbatas, y vi a un pastor de cabras en Uruguay que ganó un premio en un concurso de rompecabezas de comida para el desayuno de Battle Creek. Pago el alquiler de una habitación en

El Cairo, Egipto y otro en Yokohama durante todo el año. Tengo pantuflas esperándome en una casa de té en Shanghai, y no tengo que decirles cómo cocinar mis huevos en Río de Janeiro o Seattle. Es un pequeño y poderoso mundo viejo. ¿De qué sirve jactarse de ser del Norte, o del Sur, o de la vieja casa solariega del valle, o de la avenida Euclid, de Cleveland, o de Pike's Peak, o del condado de Fairfax, de Virginia, o de Hooligan's Flats o de cualquier otro lugar? Será un mundo mejor cuando dejemos de ser tontos por una ciudad enmohecida o diez acres de pantano solo porque nacimos allí. —Parece usted un auténtico cosmopolita —dije con admiración—. Pero también parece que usted despreciaría el patriotismo. —Una reliquia de la Edad de Piedra —declaró Coglan con entusiasmo—. "Todos somos hermanos: chinos, ingleses, zulúes, patagones y la gente del recodo del río Kaw. Algún día todo este mezquino orgullo por la propia ciudad, estado, sección o país será aniquilado, y todos seremos ciudadanos del mundo, como debemos ser. —Pero mientras deambulas por tierras extranjeras —insistí—, ¿no vuelvas tus pensamientos a algún lugar, a algún lugar querido y...? —Ni un solo lugar —interrumpió E. R. Coglan con ligereza—. "El pedazo de materia terrestre, globular, planetario, ligeramente aplanado en los polos, y conocido como la Tierra, es mi morada. He conocido a un buen número de ciudadanos de este país en el extranjero. He visto a hombres de Chicago sentarse en una góndola en Venecia en una noche de luna y presumir de su canal de drenaje. He visto a un sureño, al ser presentado al rey de Inglaterra, entregar a ese monarca, sin pestañear, la información de que su tía abuela por parte de madre estaba emparentada por matrimonio con los Perkins, de Charleston. Conocí a un neoyorquino que fue secuestrado para pedir rescate por unos bandidos de Afganistán. Su gente le envió el dinero y él regresó a Kabul con el agente. "¿Afganistán?", le dijeron los nativos a través de un intérprete. "Bueno, no tan lento, ¿crees?" "Oh, no lo sé", dice, y comienza a hablarles de un taxista en la Sexta Avenida y Broadway. Esas ideas no me convienen. No estoy atado a nada que no tenga 8,000 millas de diámetro. Ponme como E. Rushmore Coglan, ciudadano de la esfera terrestre. Mi cosmopolita se despidió y me dejó, porque creyó ver a alguien a través de la charla y el humo a quien conocía. Así que me quedé con el aspirante a bígaro, que fue reducido a Würzburger sin más capacidad para expresar sus aspiraciones de posarse, melodioso, en la cima de un valle. Me senté a reflexionar sobre mi evidente cosmopolite y me pregunté cómo se las había arreglado el poeta para perderlo. Él fue mi descubrimiento y

Creí en él. ¿Cómo fue? "Los hombres que se reproducen de ellos trafican de un lado a otro, pero se aferran al dobladillo de sus ciudades como un niño a la túnica de la madre". No es el caso de E. Rushmore Coglan. Con el mundo entero para él - Mis meditaciones fueron interrumpidas por un tremendo ruido y conflicto en otra parte del café. Vi por encima de las cabezas de los clientes sentados a E. Rushmore Coglan y a un desconocido para mí enzarzados en una terrible batalla. Se pelearon entre las mesas como titanes, y los vasos se estrellaron, y los hombres se agarraron el sombrero y fueron derribados, y una morena gritó, y una rubia comenzó a cantar «Teasing». Mi cosmopolita estaba sosteniendo el orgullo y la reputación de la Tierra cuando los camareros se acercaron a ambos combatientes con su famosa formación de cuña voladora y los llevaron afuera, aún resistiéndose. Llamé a McCarthy, uno de los garçons franceses, y le pregunté la causa del conflicto. "El hombre de la corbata roja" (ese era mi cosmopolita), dijo, "se calentó a causa de las cosas que el otro tipo dijo sobre las aceras y el suministro de agua del lugar de donde procedía". —Vaya, —dije desconcertado—, ese hombre es un ciudadano del mundo, un cosmopolita. Él.. "Originario de Mattawamkeag, Maine, dijo", continuó McCarthy, "y no toleraría que nadie llamara a la puerta".

III

Entre rondas

La luna de mayo brillaba intensamente sobre la pensión privada de la señora Murphy. Por referencia al almanaque se descubrirá una gran cantidad de territorio sobre el que también cayeron sus rayos. La primavera estaba en su apogeo, y la fiebre del heno no tardó en llegar. Los parques estaban verdes con hojas nuevas y compradores para el comercio occidental y sureño. Las flores y los agentes del centro de veraneo soplaban; el aire y las respuestas a Lawson eran cada vez más suaves; Los órganos de mano, las fuentes y el pinochle sonaban por todas partes. Las ventanas de la pensión de la señora Murphy estaban abiertas. Un grupo de internos estaba sentado en la escalinata alta sobre esteras redondas y planas como tortitas alemanas. En una de las ventanas delanteras del segundo piso, la señora McCaskey

esperaba a su marido. La cena se enfriaba sobre la mesa. Su calor penetró en la señora McCaskey. A las nueve llegó el señor McCaskey. Llevaba el abrigo en el brazo y la pipa entre los dientes; y se disculpó por molestar a los internos en los escalones mientras seleccionaba puntos de piedra entre ellos en los que colocar su talla 9, ancho Ds. Al abrir la puerta de su habitación recibió una sorpresa. En lugar de la habitual tapa de la estufa o machacadora de patatas para que él la esquivara, sólo vinieron palabras. El señor McCaskey calculó que la benigna luna de mayo había ablandado el pecho de su esposa. "Te he oído", decían los sustitutos orales de los utensilios de cocina. Podéis hablar de la chusma de las calles por poner vuestros pies poco prácticos en las faldas de sus vestidos, pero caminaríais sobre el cuello de vuestra mujer a lo largo de un tendedero sin siquiera un «Bésame», y estoy seguro de que falta tanto tiempo para que te salga el viento y las vituallas frías, como el dinero que hay para comprar después de beber tu salario en Gallegher's todos los sábados por la noche. y el gasista que está aquí hoy dos veces por el suyo. —¡Mujer! —dijo el señor McCaskey, dejando caer su abrigo y su sombrero sobre una silla—, el ruido de usted es un insulto para mi apetito. Cuando atropelláis la cortesía, tomáis el mortero de entre los ladrillos de los cimientos de la sociedad. No es más que ejercer la acritud de un caballero cuando se pide la disidencia de las damas que bloquean el camino para interponerse entre ellas. ¿Queréis sacar la cara de cerdo del viento y ocuparos de la comida? La señora McCaskey se levantó pesadamente y se acercó a la estufa. Había algo en su actitud que advertía al señor McCaskey. Cuando las comisuras de su boca bajaban de repente como un barómetro, por lo general presagiaba una caída de vajilla y vajilla. —Cara de cerdo, ¿verdad? —dijo la señora McCaskey, y arrojó una cazuela llena de tocino y nabos a su señor. El señor McCaskey no era un novato en las réplicas. Sabía lo que debía seguir a la entrada. Sobre la mesa había un solomillo de cerdo asado, adornado con tréboles. Replicó con esto, y sacó el correspondiente retorno de un budín de pan en un plato de barro. Un trozo de queso suizo arrojado con precisión por su marido golpeó a la señora McCaskey debajo de un ojo. Cuando ella respondió con una cafetera bien apuntada llena de un líquido caliente, negro y semifragante, la batalla, según los cursos, debería haber terminado. Pero el Sr. McCaskey no era una mesa de 50 centavos. Dejemos que los bohemios baratos consideren el café el final, si así lo desean. Déjalos hacer

ese paso en falso. Era aún más astuto. Los cuencos de los dedos no estaban fuera de la brújula de su experiencia. No se podían conseguir en la Pensión Murphy; Pero su equivalente estaba al alcance de la mano. Triunfalmente envió el lavabo de granito a la cabeza de su adversario matrimonial. La señora McCaskey esquivó a tiempo. Echó mano a una plancha con la que, como una especie de cordial, esperaba poner fin al duelo gastronómico. Pero un fuerte grito en la planta baja hizo que tanto ella como el señor McCaskey se detuvieran en una especie de armisticio involuntario. En la acera, en la esquina de la casa, el policía Cleary estaba de pie con una oreja hacia arriba, escuchando el estrépito de los utensilios domésticos. —Es Jawn McCaskey y su señora otra vez — meditó el policía—. Me pregunto si subiré y detendré la pelea. No lo haré. Personas casadas son; y pocos placeres tienen. No durará mucho. Claro, tendrán que pedir prestados más platos para mantenerlo". Y justo en ese momento se oyó el fuerte grito debajo de las escaleras, que presagiaba miedo o una extrema extremidad. — Probablemente sea el gato —dijo el policía Cleary, y caminó apresuradamente en la otra dirección—. Los huéspedes de los escalones revoloteaban. El Sr. Toomey, abogado de seguros de nacimiento e investigador de profesión, entró para analizar el grito. Regresó con la noticia de que Mike, el hijo pequeño de la señora Murphy, se había perdido. Siguiendo al mensajero, salió la señora Murphy, con doscientas libras en lágrimas e histeria, agarrada al aire y aullando al cielo por la pérdida de treinta libras de pecas y travesuras. Bathos, en verdad; pero el señor Toomey se sentó al lado de la señorita Purdy, sombrerera, y sus manos se juntaron en señal de simpatía. Las dos viejas sirvientas, la señorita Walsh, que se quejaba todos los días del ruido en los pasillos, preguntaron inmediatamente si alguien había mirado detrás del reloj. El comandante Grigg, que estaba sentado junto a su gorda esposa en el último escalón, se levantó y se abotonó el abrigo. "¿El pequeño perdido?", exclamó. 'Voy a recorrer la ciudad'. Su esposa nunca lo dejaba salir después del anochecer. Pero ahora dijo: «¡Vete, Ludovic!», con voz de barítono. "Quien pueda contemplar el dolor de esa madre sin acudir en su auxilio tiene un corazón de piedra". —Dame unos treinta o sesenta centavos, amor mío —dijo el mayor—. "Los niños perdidos a veces se alejan. Es posible que necesite pasajes de auto. El viejo Denny, que estaba sentado en el escalón más bajo, tratando de leer un periódico junto a la farola, pasó una página para seguir el artículo sobre la huelga de los carpinteros. La señora Murphy gritó a la luna: «Oh, ar-r-Mike, por el amor de Dios, ¿dónde estoy yo un poco como un niño?»

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó el viejo Denny, con un ojo puesto en el informe de la Liga de Oficios de la Construcción. —Oh —gimió la señora Murphy—. ¡Era ayer, o tal vez hace cuatro horas! No sé. Pero está perdido, yo pequeño Mike. Estaba jugando en la acera esta mañana, ¿o era miércoles? Estoy tan ocupado con el trabajo que es difícil mantenerme al día con las fechas. Pero he mirado la casa desde la parte superior hasta el sótano, y se ha ido. Oh, por el amor av Hiven - ' Silenciosa, sombría, colosal, la gran ciudad siempre se ha enfrentado a sus injuriadores. Lo llaman duro como el hierro; Dicen que ningún pulso de piedad late en su seno; Comparan sus calles con bosques solitarios y desiertos de lava. Pero debajo de la dura corteza de la langosta se encuentra una comida deliciosa y deliciosa. Tal vez un símil diferente hubiera sido más sabio. Aun así, nadie debería ofenderse. No llamaríamos langosta a nadie sin unas pinzas buenas y suficientes. Ninguna calamidad toca tanto el corazón común de la humanidad como el extravío de un niño pequeño. Sus pies son tan inciertos y débiles; Los caminos son tan empinados y extraños. El comandante Griggs se apresuró a bajar a la esquina y subió por la avenida hasta el lugar de Billy. —Dame un centeno —le dijo al sirviente—. — ¿No ha visto por aquí a un pequeño diablo de seis años con las piernas arqueadas y la cara sucia por aquí, verdad? -El señor Toomey retuvo la mano de la señorita Purdy en los escalones-. —Piense en ese querido bebé —dijo la señorita Purdy—, perdido del lado de su madre, tal vez ya caído bajo los cascos de hierro de los corceles al galope, oh, ¿no es espantoso? —¿No es así? —convino el señor Toomey, apretándole la mano—. '¡Di que empiezo y ayudo a buscar mmm!' —Tal vez —dijo la señorita Purdy—, debería. Pero, ¡oh, señor Toomey!, es usted tan gallardo, tan imprudente, supongamos que en su entusiasmo le ocurriera algún accidente, y entonces qué... -El viejo Denny siguió leyendo sobre el acuerdo de arbitraje, con un dedo en la línea. En el segundo piso, el señor y la señora McCaskey se acercaron a la ventana para recuperar el aliento. El señor McCaskey estaba sacando nabos de su chaleco con un dedo índice torcido, y su señora se limpiaba un ojo que la sal del cerdo asado no había beneficiado. Oyeron el grito de abajo y asomaron la cabeza por la ventana. —¡Está perdido el pequeño Mike —dijo la señora McCaskey en voz baja—, el hermoso, pequeño y problemático ángel de un chismoso! —¿El niño extraviado? —dijo el señor McCaskey, asomándose a la puerta de la casa?

la ventana. —Bueno, eso ya es bastante malo, por completo. Cuanto más niños, sean diferentes. Si fuera una mujer, estaría dispuesto, porque dejan la paz tras de sí cuando se van. Haciendo caso omiso de la estocada, la señora McCaskey agarró el brazo de su marido. —Jawn -dijo con aire sentimental-, el adiós de la señorita Murphy se ha perdido. Es una gran ciudad para perder niños pequeños. Tenía seis años. Jawn, es la misma edad que habría tenido nuestro pequeño adiós si hubiéramos tenido uno hace seis años. —Nunca lo hicimos —dijo el señor McCaskey, deteniéndose en el hecho—. Pero si lo hubiéramos hecho, Jawn, piensa en la tristeza que habría en nuestros corazones esta noche, con nuestro pequeño Phelan huyendo y robado en la ciudad en ninguna parte. —Hablas tonterías —dijo el señor McCaskey—. Es Pat que se llamaría en honor a mi anciano padre en Cantrim. —¡Mientes! —dijo la señora McCaskey, sin enfado—. Mi hermano valía una docena de McCaskey trotadores de ciénaga. En honor a él se nombraría el adiós. Se inclinó sobre el alféizar de la ventana y miró hacia abajo, hacia el ajetreo y el bullicio que había debajo. —Jahn —dijo la señora McCaskey en voz baja—, lamento haberme precipitado contigo. —Ha sido un pudín apresurado, como decís —dijo su marido—, y apresúrate a tomar nabos y a tomar un café. Era lo que se podría llamar un almuerzo rápido, de acuerdo, y no mentir. La señora McCaskey deslizó su brazo entre los de su marido y tomó su áspera mano entre las suyas. —Escuche el llanto de la pobre señora Murphy —dijo—. Es una cosa horrible que se pierda un poco de adiós en esta gran ciudad. Si fuera nuestro pequeño Phelan, Jawn, me estaría rompiendo el corazón. Torpemente, el señor McCaskey retiró la mano. Pero lo colocó sobre los hombros de su esposa. »—Es una tontería, por supuesto —dijo con brusquedad—, pero yo mismo me cortarían un poco si secuestraran a nuestro pequeño... Pat o algo así. Pero nunca hubo un niño para nosotros. A veces he sido feo y duro contigo, Judy. Olvídalo'. Se inclinaron juntos y miraron hacia abajo al drama que se representaba debajo. Largo rato permanecieron sentados así. La gente se agolpaba a lo largo de la acera, amontonándose, preguntando, llenando el aire de rumores y conjeturas inconsecuentes. La señora Murphy se movía de un lado a otro en medio de ellos, como una montaña blanda por la que se precipitaba una catarata audible de lágrimas. Los mensajeros iban y venían.

Fuertes voces y un renovado alboroto se alzaron frente a la pensión. —¿Qué pasa ahora, Judy? —preguntó el señor McCaskey. —Es la voz de la señorita Murphy —dijo la señora McCaskey, escuchando—. —Dice que ha encontrado al pequeño Mike dormido detrás del rollo de linóleo viejo que hay debajo de la cama de su habitación. —El señor McCaskey se rió a carcajadas—. —Ése es tu Phelan —gritó sardónicamente—. Divil, ¿habría hecho un poco ese truco un Pat si el adiós que nunca tuvimos se extraviaba y era robado, por los poderes, llámenlo Phelan, y lo ven esconderse debajo de la cama como un cachorro sarnoso? La señora McCaskey se levantó pesadamente y se dirigió hacia el armario de los platos, con las comisuras de los labios hacia abajo. El policía Cleary regresó a la vuelta de la esquina cuando la multitud se dispersó. Sorprendido, volvió la oreja hacia el apartamento de los McCaskey, donde el estrépito de los hierros y la vajilla de porcelana y el sonido de los utensilios de cocina arrojados parecían tan fuertes como antes. El policía Cleary sacó su reloj. —¡Por las serpientes deportadas! —exclamó—, Jawn McCaskey y su señora han estado peleando durante una hora y cuarto de guardia. La señorita podía darle cuarenta libras de peso. Fuerza en su brazo'. El policía Cleary dio la vuelta a la esquina. El viejo Denny dobló su papel y se apresuró a subir los escalones justo cuando la señora Murphy estaba a punto de cerrar la puerta para pasar la noche.

IV

La sala del tragaluz

PRIMERA SEÑORA . PARKER le mostraría los salones dobles. No se atrevería a interrumpir su descripción de sus ventajas y de los méritos del caballero que las había ocupado durante ocho años. Entonces te las arreglarías para balbucear la confesión de que no eras ni médico ni dentista. La manera en que la señora Parker recibió la admisión fue tal que nunca más pudo tener el mismo sentimiento hacia sus padres, que habían descuidado educarlo en una de las profesiones que se adaptaban a los salones de la señora Parker. A continuación, subiste un tramo de escaleras y miraste el segundo piso a 8 dólares. Convencida por su manera de ser en el segundo piso de que

valía los 12 dólares que el señor Toosenberry siempre pagaba por él hasta que se fue a hacerse cargo de la plantación de naranjas de su hermano en Florida, cerca de Palm Beach, donde la señora McIntyre siempre pasaba los inviernos que tenía la habitación doble con baño privado, te las arreglabas para balbucear que querías algo aún más barato. Si sobreviviste al desprecio de la señora Parker, te llevaron a ver el gran vestíbulo del señor Skidder en el tercer piso. La habitación del señor Skidder no estaba vacía. Escribía obras de teatro y fumaba cigarrillos en ella todo el día. Pero cada cazador de habitaciones estaba obligado a visitar su habitación para admirar a los lambrequines. Después de cada visita, el Sr. Skidder, por el susto causado por un posible desalojo, pagaba algo de su alquiler. Entonces, oh, entonces, si todavía estuvieras parado en un pie con tu mano caliente agarrando los tres dólares húmedos en tu bolsillo, y proclamaras con voz ronca tu horrible y culpable pobreza, nunca más la señora Parker sería cicerone tuya. Tocaba la bocina con la palabra «Clara», te enseñaba la espalda y bajaba las escaleras. Entonces Clara, la doncella de color, te acompañaría por la escalera alfombrada que servía para el cuarto tramo, y te mostraría la Sala de la Tragaluz. Ocupaba 7 por 8 pies de espacio en el centro de la sala. A cada lado había un oscuro armario de madera o trastero. En ella había un catre de hierro, un lavabo y una silla. Un estante era la cómoda. Sus cuatro paredes desnudas parecían cerrarse sobre ti como las caras de una moneda. Tu mano se deslizó hasta tu garganta, jadeaste, miraste hacia arriba como si fueras de un pozo y respiraste una vez más. A través del cristal de la lucernaria se veía un cuadrado de infinito azul. —Dos dólares, eh —decía Clara con su tono medio desdeñoso, medio tuskegeenial—. Un día, la señorita Leeson vino a buscar una habitación. Llevaba una máquina de escribir hecha para ser cargada por una señora mucho más grande. Era una niña muy pequeña, con unos ojos y un pelo que no dejaba de crecer después de que ella se había detenido y que siempre parecía que decían: 'Dios mío. ¿Por qué no nos siguió el ritmo? La señora Parker le enseñó los salones dobles. — En este armario —dijo— se puede guardar un esqueleto, un anestésico o un carbón... — Pero yo no soy ni médico ni dentista —dijo la señorita Leeson con un escalofrío—. La señora Parker le dirigió la mirada incrédula, compasiva, burlona y helada que guardaba para aquellos que no conseguían ser médicos o dentistas, y le abrió el camino hacia el segundo piso de atrás. —¿Ocho dólares? —dijo la señorita Leeson. —¡Querida mía! No soy Hetty si

Se ven verdes. Solo soy una pobre niña trabajadora. Muéstrame algo más alto y algo más bajo. El señor Skidder saltó y esparció el suelo con colillas de cigarrillos al oír el golpe en su puerta. —Disculpe, señor Skidder —dijo la señora Parker, con su sonrisa de demonio ante su pálido aspecto—. — No sabía que estabas dentro. Le pedí a la señora que echara un vistazo a sus lambrequines. —Son demasiado encantadores para cualquier cosa —dijo la señorita Leeson, sonriendo exactamente como lo hacen los ángeles—. Después de que se hubieron ido, el Sr. Skidder se dedicó a borrar a la heroína alta y de pelo negro de su última obra (no producida) e insertar una pequeña y pícara con el pelo grueso y brillante y rasgos vivaces. «Anna Held se lanzará a por todas», se dijo el señor Skidder, poniendo los pies en los lambrequines y desapareciendo en una nube de humo como una sepia aérea. De pronto, la llamada de «¡Clara!» hizo sonar al mundo el estado de la bolsa de la señorita Leeson. Un duende oscuro se apoderó de ella, subió una escalera estigia, la metió en una bóveda con un destello de luz en la parte superior y murmuró las amenazadoras y cabalísticas palabras: «¡Dos dólares!». —¡Lo aceptaré! —suspiró la señorita Leeson, dejándose caer sobre la chirriante cama de hierro—. Todos los días la señorita Leeson salía a trabajar. Por la noche traía a casa papeles con letra y hacía copias con su máquina de escribir. A veces no tenía trabajo por la noche, y entonces se sentaba en los escalones de la escalinata alta con los otros inquilinos. La señorita Leeson no estaba destinada a una habitación de tragaluz cuando se trazaron los planos de su creación. Tenía un corazón alegre y estaba llena de fantasías tiernas y caprichosas. Una vez dejó que el Sr. Skidder le leyera tres actos de su gran comedia (inédita), 'It's No Kid; o, El heredero del metro'. Había regocijo entre los caballeros de la habitación cada vez que la señorita Leeson tenía tiempo de sentarse en los escalones durante una o dos horas. Pero la señorita Longnecker, la rubia alta que enseñaba en una escuela pública y decía «¡Bueno, de verdad!» a todo lo que decías, se sentó en el último escalón y olfateó. Y la señorita Dorn, que cazaba a los patos en movimiento en Coney todos los domingos y trabajaba en unos grandes almacenes, se sentó en el escalón inferior y olfateó. La señorita Leeson se sentaba en el escalón del medio, y los hombres se agrupaban rápidamente a su alrededor. Especialmente el Sr. Skidder, quien la había elegido en su mente para el papel estelar en un drama privado y romántico (tácito) en la vida real. Y

especialmente el señor Hoover, que tenía cuarenta y cinco años, gordo, sonrojado y tonto. Y, sobre todo, al jovencísimo señor Evans, que montó una tos hueca para inducirlo a pedirle que dejara de fumar. Los hombres la votaron como "la más divertida y alegre de todos los tiempos", pero los olfateos en el escalón superior y en el escalón inferior fueron implacables.

•••••

Le ruego que deje que el drama se detenga mientras Chorus se acerca a los candiles y deja caer una lágrima epicédica sobre la gordura del señor Hoover. Sintona las flautas con la tragedia del sebo, la perdición del volumen, la calamidad de la corpulencia. Probado, Falstaff podría haber dado más romance a la tonelada que las costillas desvencijadas de Romeo a la onza. Un amante puede suspirar, pero no debe resoplar. Al tren de Momus son remitidos los gordos. En vano late el corazón más fiel por encima de un cinturón de 52 pulgadas. ¡Vaya, Hoover! Hoover, de cuarenta y cinco años, sonrojado y estúpido, podría llevarse a Helen en persona; Hoover, de cuarenta y cinco años, ruborizado, tonto y gordo, es carne para la perdición. Nunca hubo una oportunidad para ti, Hoover. Una tarde de verano, mientras los compañeros de habitación de la señora Parker estaban sentados así, la señorita Leeson alzó la vista hacia el firmamento y exclamó con su risita alegre: «¡Vaya, ahí está Billy Jackson! Yo también puedo verlo desde aquí abajo. Todos miraron hacia arriba, algunos a las ventanas de los rascacielos, otros buscando una aeronave, guiados por Jackson. —Es esa estrella —explicó la señorita Leeson, señalando con un dedo meñique—. No el grande que centellea, el azul constante que está cerca de él. Puedo verlo todas las noches a través de mi claraboya. Le puse el nombre de Billy Jackson. —¡Bueno, en serio! —dijo la señorita Longnecker—. — No sabía que era astrónoma, señorita Leeson. —Oh, sí —dijo el pequeño observador de estrellas—, sé tanto como cualquiera de ellos sobre el estilo de mangas que van a llevar el próximo otoño en Marte. —¡Bueno, en serio! —dijo la señorita Longnecker—. La estrella a la que te refieres es Gamma, de la constelación de Casiopea. Es casi de la segunda magnitud, y su paso por el meridiano es... —Oh —dijo el jovencísimo señor Evans—, creo que Billy Jackson es un nombre mucho mejor para él. —Lo mismo aquí —dijo el señor Hoover, respirando desafiante a la señorita Longnecker—. Creo que la señorita Leeson tiene tanto derecho a nombrar las estrellas como cualquiera de esos viejos astrólogos.

—¡Bueno, en serio! —dijo la señorita Longnecker—. —Me pregunto si será una estrella fugaz —comentó la señorita Dorn—. "Le pegué a nueve patos y un conejo de cada diez en la galería de Coney Sunday". —No aparece muy bien desde aquí abajo —dijo la señorita Leeson—. Deberías verlo desde mi habitación. Sabes que puedes ver estrellas incluso durante el día desde el fondo de un pozo. Por la noche, mi habitación es como el pozo de una mina de carbón, y hace que Billy Jackson parezca el gran alfiler de diamantes con el que Night se abrocha el kimono. Llegó un momento después en que la señorita Leeson no trajo a casa papeles formidables para copiar. Y cuando iba por la mañana, en lugar de trabajar, iba de oficina en oficina y dejaba que su corazón se derritiera en el goteo de frías negativas transmitidas a través de los insolentes oficinistas. Esto continuó. Llegó una noche en que subió cansadamente la escalinata de la señora Parker a la hora en que siempre regresaba de cenar en el restaurante. Pero no había cenado. Cuando entró en el vestíbulo, el señor Hoover se encontró con ella y aprovechó su oportunidad. Le pidió que se casara con él, y su gordura se cernía sobre ella como una avalancha. Lo esquivó y se agarró a la balaustrada. Intentó cogerle la mano, y ella la levantó y lo golpeó débilmente en la cara. Paso a paso fue subiendo, arrastrándose por la barandilla. Pasó por delante de la puerta del Sr. Skidder cuando estaba entintando una dirección de escena para Myrtle Delorme (Miss Leeson) en su comedia (no aceptada), para "hacer piruetas a través del escenario desde L hasta el lado del Conde". Subió por fin por la escalera alfombrada y abrió la puerta de la claraboya. Estaba demasiado débil para encender la lámpara o desnudarse. Cayó sobre el catre de hierro, su frágil cuerpo apenas ahuecaba los desgastados muelles. Y en aquella habitación de Erebus alzó lentamente sus pesados párpados y sonrió. Porque Billy Jackson brillaba sobre ella, tranquilo, brillante y constante a través de la claraboya. No había mundo en ella. Estaba sumida en un pozo de negrura, con ese pequeño cuadrado de luz pálida que enmarcaba la estrella que había nombrado tan caprichosamente y, oh, tan ineficazmente. La señorita Longnecker debe tener razón; era Gamma, de la constelación de Casiopea, y no Billy Jackson. Y, sin embargo, no podía dejar que fuera Gamma. Mientras yacía boca arriba, intentó dos veces levantar el brazo. La tercera vez se llevó dos dedos delgados a los labios y le lanzó un beso desde el pozo negro a Billy Jackson. Su brazo cayó hacia atrás sin fuerzas. — Adiós, Billy -murmuró débilmente-. "Ustedes son millones de

kilómetros de distancia y ni siquiera parpadearás una vez. Pero te quedaste donde yo podía verte la mayor parte del tiempo allá arriba, cuando no había nada más que oscuridad para mirar, ¿no es así? . . . Millones de kilómetros... . Adiós, Billy Jackson. Clara, la doncella de color, encontró la puerta cerrada a las diez del día siguiente, y la forzaron. El vinagre, y los golpes en las muñecas e incluso las plumas quemadas, resultaron inútiles, por lo que alguien corrió a llamar por teléfono a una ambulancia. A su debido tiempo, retrocedió hasta la puerta con mucho ruido metálico, y el joven y hábil médico, con su abrigo de lino blanco, listo, activo, confiado, con su rostro suave mitad elegante, mitad sombrío, subió bailando los escalones. – Llamada de ambulancia al 49 -dijo brevemente-. – ¿Cuál es el problema? —Oh, sí, doctor —resopló la señora Parker, como si su preocupación por el hecho de que hubiera problemas en la casa fuera mayor—. – No se me ocurre qué le puede pasar. Nada de lo que pudiéramos hacer la llevaría a ella. Es una mujer joven, una señorita Elsie, sí, una señorita Elsie Leeson. Nunca antes en mi casa... -¿Qué habitación? -exclamó el doctor con una voz terrible, a la que la señora Parker era una extraña. – La sala de la claraboya. Evidentemente, el médico de la ambulancia estaba familiarizado con la ubicación de las claraboyas. Había subido las escaleras, de cuatro en cuatro. La señora Parker la siguió lentamente, como exigía su dignidad. En el primer aterrizaje se encontró con él que regresaba con el astrónomo en brazos. Se detuvo y soltó el bisturí de su lengua, no en voz alta. Poco a poco, la señora Parker se fue arrugando como una prenda rígida que se desliza desde un clavo. A partir de entonces quedaron arrugas en su mente y en su cuerpo. A veces, sus curiosos compañeros de habitación le preguntaban qué le había dicho el médico. "Déjalo ser", respondía ella. "Si puedo obtener el perdón por haberlo escuchado, estaré satisfecho". El médico de la ambulancia avanzó con su carga a través de la jauría de sabuesos que siguen la persecución de la curiosidad, e incluso ellos cayeron hacia atrás por la acera avergonzados, porque su rostro era el de quien lleva a sus propios muertos. Se dieron cuenta de que no se acostaba en la cama preparada para ello en la ambulancia con el formulario que llevaba, y todo lo que dijo fue: «Conduzca como él, Wilson», al conductor. Eso es todo. ¿Es una historia? En el periódico de la mañana siguiente vi una pequeña noticia, y la última frase de la misma puede ayudarte (como me ayudó a mí) a unir los incidentes.

Relataba la recepción en el Hospital Bellevue de una joven que había sido sacada del número 49 de la calle Este, sufriendo de debilidad inducida por el hambre. Concluía con estas palabras: "El Dr. William Jackson, el médico de la ambulancia que atendió el caso, dice que el paciente se recuperará".

V

Un servicio de amor

Cuando uno ama su arte, ningún servicio parece demasiado difícil. Esa es nuestra premisa. Esta historia sacará una conclusión de ella, y mostrará al mismo tiempo que la premisa es incorrecta. Eso será algo nuevo en la lógica, y una hazaña en la narración de historias algo más antigua que la Gran Muralla China. Joe Larrabee salió de las llanuras post-roble del Medio Oeste palpitando con un genio para el arte pictórico. A los seis años hizo un dibujo de la bomba de la ciudad con un ciudadano prominente que pasaba por delante de ella apresuradamente. Este esfuerzo fue enmarcado y colgado en el escaparate de la farmacia al lado de la mazorca de maíz con un número impar de filas. A los veinte años partió hacia Nueva York con una corbata suelta y un capitel algo más ceñido. Delia Caruthers hizo las cosas en seis octavas de manera tan prometedora en un pueblo de pinos en el sur que sus parientes contribuyeron lo suficiente con su sombrero de virutas para que ella fuera "al norte" y "terminara". Joe y Delia se conocieron en un taller donde varios estudiantes de arte y música se habían reunido para discutir sobre el claroscuro, Wagner, la música, los cuadros de las obras de Rembrandt, Waldteufel, el papel pintado, Chopin y Oolong. Joe y Delia se enamoraron el uno del otro o el uno del otro, como se quiera, y en poco tiempo se casaron, porque (ver arriba), cuando uno ama su Arte, ningún servicio parece demasiado difícil. El Sr. y la Sra. Larrabee comenzaron a trabajar en un apartamento. Era un bemol solitario, algo así como la forma aguda de bajar en el extremo izquierdo del teclado. Y estaban felices; porque tenían su Arte y se tenían el uno al otro. Y mi consejo para el joven rico sería: vende todo lo que tienes y dáselo al pobre conserje por el privilegio de vivir en un piso con tu Arte y tu Delia. Los habitantes de los pisos harán suya mi máxima de que la suya es la única

La verdadera felicidad. Si una casa es feliz, no puede haber demasiado cerca: deje que la cómoda se derrumbe y se convierta en una mesa de billar; que la repisa de la chimenea se convierta en una máquina de remo, el escribano en una alcoba libre, el lavabo en un piano vertical; deje que las cuatro paredes se unan, si quieren, para que tú y tu Delia estéis en medio. Pero si el hogar es de otro tipo, que sea ancho y largo: entra en el Golden Gate, cuelga tu sombrero en Hatteras, tu capa en el Cabo de Hornos y sal por Labrador. Joe pintaba en la clase del gran Magister, ya conoces su fama. Sus honorarios son altos; Sus lecciones son ligeras: sus momentos más destacados le han dado renombre. Delia estudiaba con Rosenstock, ya conoces su reputación como perturbadora de las teclas del piano. Eran muy felices mientras les duraba el dinero. También lo es todo, pero no voy a ser cínico. Sus objetivos eran muy claros y definidos. Joe iba a ser capaz muy pronto de producir cuadros que los viejos caballeros de finos bigotes y gruesos bolsillos se colocaban en sacos de arena en su estudio por el privilegio de comprar. Delia se familiarizaría con la música y luego la despreciaría, de modo que cuando viera que las butacas y los palcos de la orquesta no se vendían, podía tener dolor de garganta y langosta en un comedor privado y negarse a subir al escenario. Pero lo mejor, en mi opinión, era la vida hogareña en el pequeño apartamento: las charlas ardientes y volubles después del día de estudio; las cenas acogedoras y los desayunos frescos y ligeros; el intercambio de ambiciones -ambiciones entrelazadas entre sí o insignificantes-, la ayuda mutua y la inspiración; y, pase por alto mi falta de ingenio, sándwiches de aceitunas rellenas y queso a las 11 p.m. Pero después de un tiempo, Art flaqueó. A veces lo hace, incluso si algún guardagujas no lo marca. Todo sale y nada entra, como dicen los vulgos. Faltaba dinero para pagar los precios al señor Magister y al señor Rosenstock. Cuando uno ama su Arte, ningún servicio parece demasiado difícil. Entonces, Delia dijo que debía dar clases de música para mantener el plato de fricción burbujeando. Durante dos o tres días salió a hacer campaña para los alumnos. Una noche llegó a casa eufórica. — Joe, querido —dijo alegremente—, tengo un alumno. Y, ¡oh, la gente más encantadora! General, hija del general A. B. Pinkney, en la calle Setenta y uno. ¡Qué casa tan espléndida, Joe, deberías ver la puerta principal! Bizantino, creo que lo llamarías. ¡Y dentro! Oh, Joe, nunca antes había visto algo así. "Mi alumna es su hija Clementina. Ya la quiero mucho. Es una cosa delicada, se viste siempre de blanco; y la más dulce,

¡Los modales más simples! Solo dieciocho años. Voy a dar tres lecciones a la semana; y, solo piensa, ¡Joe! \$5 por lección. No me importa lo más mínimo; porque cuando tenga dos o tres alumnos más, podré reanudar mis lecciones con el señor Rosenstock. Ahora, alisa esa arruga entre tus cejas, querida, y vamos a cenar bien. —Está bien para ti, Dele —dijo Joe, atacando una lata de guisantes con un cuchillo de trinchar y un hacha—, pero ¿y yo? ¿Crees que voy a dejar que te esfuerces por un sueldo mientras yo hago mujeriego en las regiones del arte? ¡No por los huesos de Benvenuto Cellini! Supongo que puedo vender periódicos o colocar adoquines, y ganar uno o dos dólares. Delia se acercó y se colgó de su cuello. —Joe, querido, eres un tonto. Debes seguir estudiando. No es como si hubiera dejado mi música y me hubiera ido a trabajar a otra cosa. Mientras enseñe, aprendo. Siempre estoy con mi música. Y podemos vivir tan felices como millonarios con 15 dólares a la semana. No se le ocurra dejar al señor Magister. —Está bien —dijo Joe, alargando la mano hacia el plato de verduras festoneadas azules—. Pero odio que estés dando lecciones. No es arte. Pero eres un triunfo y un querido para hacerlo'. "Cuando uno ama su Arte, ningún servicio parece demasiado difícil", dijo Delia. —Magister alabó el cielo en ese boceto que hice en el parque —dijo Joe—. Y Tinkle me dio permiso para colgar dos de ellos en su ventana. Puede que venda uno si lo ve el tipo correcto de idiota adinerado. —Estoy segura de que lo harás —dijo Delia con dulzura—. Y ahora demos las gracias al general Pinkney y a este asado de ternera. Durante toda la semana siguiente, los Larrabees desayunaron temprano. Joe estaba entusiasmado con algunos bocetos matutinos que estaba haciendo en Central Park, y Delia lo invitó a desayunar, mimar, elogiar y besar a las siete. El arte es una amante atractiva. Eran casi las siete de la tarde cuando regresaba por la noche. Al final de la semana, Delia, dulcemente orgullosa pero lánguida, arrojó triunfalmente tres billetes de cinco dólares sobre la mesa central de 8 por 10 (pulgadas) del salón plano de 8 por 10 (pies). —A veces —dijo, un poco cansada—, Clementina me pone a prueba. Me temo que no practica lo suficiente y tengo que decirle las mismas cosas tan a menudo. Y luego siempre se viste completamente de blanco, y eso se vuelve monótono. ¡Pero el general Pinkney es el anciano más querido! Ojalá pudieras conocerlo, Joe. A veces entra

cuando estoy con Clementina en el piano -él es viudo, ya sabes- y me quedo allí tirando de su perilla blanca. "¿Y cómo están progresando las semicorcheas y las semicorcheas?", pregunta siempre. —¡Ojalá pudieras ver el revestimiento de madera de ese salón, Joe! Y esas portières de alfombras de astracán. Y Clementina tiene una tos tan graciosa. Espero que sea más fuerte de lo que parece. Oh, realmente me estoy encariñando con ella, es tan gentil y de alta crianza. El hermano del general Pinkney fue ministro en Bolivia. Y entonces Joe, con aire de Montecristo, sacó un diez, un cinco, un dos y un uno, todos billetes de curso legal, y los colocó junto a las ganancias de Delia. — Vendí esa acuarela del obelisco a un hombre de Peoria -anunció abrumadoramente—. —No bromees conmigo —dijo Delia—, ¡no es de Peoria! — Hasta el final. Ojalá pudieras verlo, Dele. Hombre gordo con una bufanda de lana y un palillo de pluma. Vio el boceto en la ventana de Tinkle y al principio pensó que era un molino de viento. Sin embargo, estaba dispuesto a jugarlo y lo compró de todos modos. Encargó otro, un boceto al óleo del depósito de carga de Lackawanna, para que se lo llevara consigo. ¡Clases de música! Oh, supongo que Art todavía está en eso'. —Me alegro mucho de que hayas seguido adelante —dijo Delia con entusiasmo—. — Seguro que vas a ganar, querida. ¡Treinta y tres dólares! Nunca antes habíamos tenido tanto para gastar. Esta noche comeremos ostras. —Y filete mignon con champiñones —dijo Joe—. ¿Dónde está el tenedor de aceitunas? El sábado siguiente por la noche, Joe llegó primero a casa. Extendió sus 18 dólares sobre la mesa del salón y se lavó de las manos lo que parecía ser una gran cantidad de pintura oscura. Media hora más tarde llegó Delia, con la mano derecha atada en un paquete informe de vendas y vendajes. — ¿Cómo es esto? -preguntó Joe después de los saludos habituales. Delia se echó a reír, pero no con mucha alegría. —Clementina —explicó— insistió en un conejo galés después de su lección. Es una chica tan rara. Conejos galeses a las cinco de la tarde. El general estaba allí. Tendrías que haberlo visto correr hacia el plato de la friega, Joe, como si no hubiera un sirviente en la casa. Sé que Clementina no goza de buena salud; Está muy nerviosa. Al servir el conejo derramó una gran cantidad de él, hirviendo, sobre mi mano y mi muñeca. Me dolió mucho, Joe. ¡Y la querida muchacha estaba tan arrepentida! ¡Pero el general Pinkney! - Joe, ese viejo casi se distrae. Bajó corriendo las escaleras y envió a alguien, dijeron que el

Hombre de la caldera o alguien en el sótano: ir a una farmacia en busca de aceite y cosas para atarlo. Ahora no duele tanto'. —¿Qué es esto? —preguntó Joe, tomando la mano con ternura y tirando de unos mechones blancos debajo de las vendas. —Es algo blando —dijo Delia—, que tenía aceite. Oh, Joe, ¿vendiste otro boceto? Había visto el dinero sobre la mesa. —¿Lo hice? —dijo Joe—. Pregúntale al hombre de Peoria. Hoy tiene su depósito, y no está seguro, pero cree que quiere otro parque y una vista del Hudson. ¿A qué hora de esta tarde te quemaste la mano, Dele? —Creo que son las cinco de la tarde —dijo Dele con tono lastimero—. El hierro, quiero decir, el conejo salió del fuego en ese momento. Tendrías que haber visto al general Pinkney, Joe, cuando... —Siéntate aquí un momento, Dele —dijo Joe—. La llevó al sofá, se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros. — ¿Qué has estado haciendo durante las últimas dos semanas, Dele? -preguntó. Lo desafió durante un momento o dos con los ojos llenos de amor y terquedad, y murmuró vagamente una o dos frases del general Pinkney; pero al fin bajó la cabeza y salió la verdad y las lágrimas. "No pude conseguir ninguna pupila", confesó. Y no podía soportar que abandonaras tus lecciones; y conseguí un lugar planchando camisas en esa gran lavandería de la calle Veinticuatro. Y creo que hice muy bien en componer tanto al general Pinkney como a Clementina, ¿no es así, Joe? Y cuando una muchacha en la lavandería me puso una plancha caliente en la mano esta tarde, yo estaba todo el camino a casa inventando esa historia sobre el conejo galés. No estás enfadado, ¿verdad, Joe? Y si no hubiera conseguido el trabajo, tal vez no le hubieras vendido tus bocetos a ese hombre de Peoria. — No era de Peoria -dijo Joe lentamente-. — Bueno, no importa de dónde fuera. Qué listo eres, Joe, y bésame, Joe, ¿y qué te hizo sospechar que no le estaba dando clases de música a Clementina? —No lo hice —dijo Joe— hasta esta noche. Y yo no lo habría hecho entonces, pero esta tarde envié estos desperdicios de algodón y aceite de la sala de máquinas para una chica del piso de arriba a la que le habían quemado la mano con una plancha. He estado encendiendo el motor de esa lavandería durante las últimas dos semanas. —Y luego no lo hiciste... —Mi comprador de Peoria —dijo Joe—, y el general Pinkney están

Ambas creaciones de un mismo arte, pero no lo llamarías pintura o música. Y entonces los dos se echaron a reír, y Joe empezó: —Cuando uno ama su arte, no parece servirle... —Pero Delia lo detuvo con la mano en los labios. —No —dijo ella—, solo "Cuando uno ama".

VI

La salida del armario de Maggie

TODOS LOS SÁBADOS POR LA NOCHE, el Club Social Clover Leaf daba un salto en el salón de la Asociación Atlética Give and Take en el East Side. Para asistir a uno de estos bailes hay que ser miembro del grupo de dar y recibir, o, si se pertenece a la división que empieza con el pie derecho en el vals, hay que trabajar en la fábrica de cajas de papel de Rhinegold. Aún así, cualquier Hoja de Trébol tenía el privilegio de escoltar o ser escoltado por un extraño a un solo baile. Pero, sobre todo, cada toma y daca traía a la chica de la caja de papel a la que afectaba; y pocos forasteros podían jactarse de haber sacudido un pie en los lúpulos regulares. Maggie Toole, a causa de sus ojos apagados, su boca ancha y su estilo de juego de pies zurdo en el paso doble, iba a los bailes con Anna McCarty y su "compañero". Anna y Maggie trabajaron codo con codo en la fábrica y fueron las mejores amigas de todos los tiempos. Así que Anna siempre hacía que Jimmy Burns la llevara a la casa de Maggie todos los sábados por la noche para que su amiga pudiera ir al baile con ellos. La Asociación Atlética de Dar y Recibir hizo honor a su nombre. El salón de la asociación en Orchard Street fue equipado con inventos para hacer músculos. Con las fibras así construidas, los miembros solían enfrentarse a la policía y a las organizaciones sociales y atléticas rivales en alegres combates. Entre estas ocupaciones más serias, los saltos de los sábados por la noche con las muchachas de la fábrica de cajas de papel llegaron como una influencia refinadora y como una pantalla eficiente. Porque a veces la punta daba vueltas, y si estuvieras entre los elegidos que subieran de puntillas por la oscura escalera trasera, podrías ver un asunto tan limpio y satisfactorio como el que jamás había sucedido dentro de las cuerdas. Los sábados, la fábrica de cajas de papel de Rhinegold cerraba a las 3 p.m. En una de esas tardes, Anna y Maggie caminaron juntas de regreso a casa. En la puerta de Maggie, Anna dijo, como de costumbre: —Prepárate a las siete, Mag; y Jimmy y yo vendremos a buscarte.

Pero, ¿qué era esto? En lugar del acostumbrado agradecimiento humilde y agradecido del no escoltado, se percibía una cabeza erguida, un hoyuelo orgulloso en las comisuras de una boca ancha y casi un brillo en un ojo marrón apagado. —Gracias, Anna —dijo Maggie—; Pero tú y Jimmy no tenéis por qué molestaros esta noche. Tengo un amigo caballero que viene a acompañarme al salto. La hermosa Ana se abalanzó sobre su amiga, la sacudió, la reprendió y le suplicó. ¡Maggie Toole atrapa a un compañero! Maggie, sencilla, querida, leal, poco atractiva, tan dulce como un amigo, tan poco buscada para un banco de dos pasos o a la luz de la luna en el pequeño parque. ¿Cómo fue? ¿Cuándo sucedió? ¿Quién era? —Ya lo verás esta noche —dijo Maggie, enrojecida por el vino de las primeras uvas que había recogido en la viña de Cupido—. — Está muy bien. Es dos pulgadas más alto que Jimmy y se viste a la última. Le presentaré, Anna, en cuanto lleguemos al vestíbulo. Anna y Jimmy estuvieron entre los primeros Clover Leafs en llegar esa noche. Los ojos de Anna estaban fijos en la puerta del vestíbulo para vislumbrar por primera vez la «captura» de su amiga. A las 8.30, la señorita Toole entró en el vestíbulo con su escolta. Rápidamente, su mirada triunfante descubrió a su amigo bajo el ala de su fiel Jimmy. —¡Oh, caramba! —exclamó Anna—, Mag no ha dado un golpe... ¡Oh, no! ¿Hinchado, compañero? Bueno, ¡supongo! ¿Estilo? Mira 'mmm'. —Ve tan lejos como quieras —dijo Jimmy, con papel de lija en la voz—. — Sácalo si quieres. Estos chicos nuevos siempre ganan con el empuje. No te preocupes por mí. No exprime todas las limas, supongo. ¡Eh! — Cállate, Jimmy. Ya sabes a lo que me refiero. Me alegro por Mag. Es la primera persona que tuvo. Oh, ahí vienen'. Maggie navegaba por el suelo como un coqueto yate convoyado por un majestuoso crucero. Y en verdad, su compañera justificó los encomios del fiel amigo. Era dos pulgadas más alto que el atleta promedio de dar y recibir; sus cabellos oscuros rizados; Sus ojos y sus dientes brillaban cada vez que regalaba sus frecuentes sonrisas. Los jóvenes del Club de la Hoja de Trébol no depositaron su fe en las gracias de la persona tanto como en su destreza, sus logros en los conflictos cuerpo a cuerpo y su preservación de la coacción legal que lo amenazaba constantemente. El miembro de la asociación que ataba a una doncella de caja de papel a su carro conquistador desdeñaba emplear aires de Beau Brummel. No se consideraban métodos honorables de guerra. Los bíceps hinchados,

el abrigo que se abría a los botones sobre el pecho, el aire de convicción consciente de la supereminencia del varón en la cosmogonía de la creación, incluso una tranquila exhibición de piernas arqueadas como agentes subyugantes y encantadores en los gentiles torneos de Cupido: estas eran las armas y municiones aprobadas por los galanes de la Hoja de Trébol. Vieron, entonces, las genuflexiones y las poses seductoras de este visitante con la barbilla en un nuevo ángulo. —Un amigo mío, el señor Terry O'Sullivan —fue la fórmula de presentación de Maggie—. Lo condujo por la habitación, presentándole a cada hoja de trébol recién llegada. Casi era bonita ahora, con la luminosidad única en sus ojos que se le produce a una niña con su primer pretendiente y a un gatito con su primer ratón. «Maggie Toole por fin tiene un compañero», fue la palabra que recorrió entre las chicas de las cajas de papel. "El caminante de piso de Pipe Mag", así expresaron su indiferente desprecio. Por lo general, en los saltos semanales, Maggie mantenía un lugar en la pared caliente con la espalda. Sentía y mostraba tanta gratitud cada vez que una pareja abnegada la invitaba a bailar que su placer se abarataba y disminuía. Incluso se había acostumbrado a notar que Anna empujaba al reacio Jimmy con el codo como una señal para que invitara a su amigo a caminar sobre sus pies a través de dos pasos. Pero esa noche la calabaza se había convertido en un carruaje y seis. Terry O'Sullivan fue un príncipe azul victorioso, y Maggie Toole hizo su primer vuelo de mariposa. Y aunque nuestros tropos del país de las hadas se mezclen con los de la entomología, no derramarán ni una gota de ambrosía de la melodía rosada de la noche perfecta de Maggie. Las muchachas la asediaban para que le presentara a su 'compañero'. Los jóvenes de la Hoja de Trébol, después de dos años de ceguera, percibieron de repente encantos en la señorita Toole. Flexionaron sus músculos ante ella y la prepararon para el baile. Así marcó; pero para Terry O'Sullivan los honores de la noche cayeron gruesos y rápidos. Sacudió sus rizos; Sonrió y repasó con facilidad los siete movimientos para adquirir la gracia en su propia habitación ante una ventana abierta diez minutos cada día. Bailaba como un fauno; introdujo la manera, el estilo y la atmósfera; Sus palabras llegaron a su lengua, y bailó dos vals seguidos con la muchacha de la caja de papel que trajo Dempsey Donovan. Dempsey era el líder de la asociación. Vestía un traje de vestir y podía golpear la barra dos veces con una mano. Fue uno de los lugartenientes de 'Big Mike' O'Sullivan, y nunca tuvo problemas. Ningún policía se atrevió a arrestarlo. Cada vez que rompía la carretilla de un hombre

o le pegaba un tiro en la rótula a un miembro de la Heinrick B. Sweeney Outing and Literary Association, un oficial se dejaba caer y decía: «Al capitán le gustaría verte unos minutos en la oficina cuando tengas tiempo, Dempsey, muchacho». Pero allí habría varios caballeros con grandes cadenas de oro y cigarrillos negros; y alguien contaba una historia graciosa, y luego Dempsey volvía y trabajaba media hora con las mancuernas de seis libras. Por lo tanto, hacer un acto de cuerda floja en un cable tendido a través del Niágara fue una actuación terpsicoreana segura en comparación con bailar el vals dos veces con la chica de la caja de papel de Dempsey Donovan. A las diez, el rostro alegre y redondo de «Big Mike» O'Sullivan brilló en la puerta durante cinco minutos sobre la escena. Siempre miraba durante cinco minutos, sonreía a las chicas y repartía verdaderos perfectos a los chicos encantados. Dempsey Donovan estaba a su lado al instante, hablando rápidamente. 'Big Mike' miró atentamente a los bailarines, sonrió, sacudió la cabeza y se marchó. La música se detuvo. Los bailarines se dispersaron en las sillas a lo largo de las paredes. Terry O'Sullivan, con su fascinante arco, entregó a su compañero a una linda muchacha vestida de azul y emprendió el regreso para encontrar a Maggie. Dempsey lo interceptó en medio de la cancha. Algún fino instinto que Roma debió de legarnos hizo que casi todos se volvieran y los miraran: había una sutil sensación de que dos gladiadores se habían encontrado en la arena. Dos o tres Toma y daca con mangas ajustadas se acercaron. —Un momento, señor O'Sullivan —dijo Dempsey—. "Espero que te estés divirtiendo. ¿Dónde dijiste que vivías? Los dos gladiadores estaban bien emparejados. Dempsey tenía, tal vez, diez libras de peso para regalar. El O'Sullivan tenía amplitud y rapidez. Dempsey tenía una mirada glacial, una hendidura dominante en la boca, una mandíbula indestructible, una tez como la de una bella y la frialdad de un campeón. El visitante mostró más fuego en su desprecio y menos control sobre su conspicua burla. Eran enemigos por la ley escrita cuando las rocas estaban fundidas. Cada uno de ellos era demasiado espléndido, demasiado poderoso, demasiado incomparable para dividir la preeminencia. Sólo hay que sobrevivir. —Vivo en Grand —dijo O'Sullivan con insolencia—; Y no hay problema en encontrarme en casa. ¿Dónde vives?'. Dempsey ignoró la pregunta. — Dices que te llamas O'Sullivan -prosiguió-. — Bueno, "Big Mike" dice que nunca te ha visto antes.

"Muchas cosas que nunca vio", dijo el favorito del lúpulo. —Por regla general —prosiguió Dempsey, roncamente dulce—, los O'Sullivan de este distrito se conocen entre sí. Escoltaste a una de nuestras damas miembros hasta aquí, y queremos tener la oportunidad de hacer las cosas bien. Si tienes un árbol genealógico, veamos algunos brotes históricos de O'Sullivan en él. ¿O quieres que te lo saquemos de raíz? —Supongamos que usted se ocupa de sus propios asuntos —sugirió O'Sullivan con suavidad—. Los ojos de Dempsey se iluminaron. Levantó un índice inspirado como si se le hubiera ocurrido una idea brillante. —Ya lo tengo —dijo cordialmente—. "Fue solo un pequeño error. No eres ningún O'Sullivan. Eres un mono de cola anillada. Discúlpanos por no haberte reconocido al principio. Los ojos de O'Sullivan brillaron. Hizo un movimiento rápido, pero Andy Geoghan estaba listo y lo agarró del brazo. Dempsey hizo un gesto con la cabeza a Andy y a William McMahan, el secretario del club, y caminó rápidamente hacia una puerta en la parte trasera del salón. Otros dos miembros de la Asociación de Dar y Recibir se unieron rápidamente al pequeño grupo. Terry O'Sullivan estaba ahora en manos de la Junta de Reglas y Árbitros Sociales. Le hablaron breve y suavemente, y lo condujeron por la misma puerta de atrás. Este movimiento por parte de los miembros de la Hoja de Trébol requiere una palabra de aclaración. Detrás de la sala de la asociación había una habitación más pequeña alquilada por el club. En esta sala se resolvieron las dificultades personales que surgían en el piso del salón de baile, hombre a hombre, con las armas de la naturaleza, bajo la supervisión de la Junta. Ninguna dama podía decir que había presenciado una pelea en un Clover Leaf Hop en varios años. Sus señores diputados lo garantizaban. Con tanta facilidad y suavidad Dempsey y la Junta habían hecho su trabajo preliminar que muchos de los presentes en la sala no se habían percatado de la comprobación del fascinante triunfo social de O'Sullivan. Entre ellos estaba Maggie. Miró a su alrededor en busca de su escolta. —¡Fuma! —dijo Rose Cassidy—. — ¿No estabas encendido? Demps Donovan ha cogido una pelea con tu Lizzie-boy, y han ido con él al matadero. ¿Cómo me ha arreglado el pelo de esta manera, Mag? Maggie se puso una mano en el pecho de la cintura de la estopilla. — ¡Me he ido a pelear con Dempsey! -dijo sin aliento-. "Hay que detenerlos. Dempsey Donovan no puede pelear con él. ¡Vaya, lo matará!". "Ah, ¿qué te importa?", dijo Rosa. —¿No pelean algunos de ellos a cada salto?

Pero Maggie se había marchado, abriéndose paso en zigzag a través del laberinto de bailarines. Irrumpió por la puerta trasera en el pasillo oscuro y luego arrojó su hombro sólido contra la puerta de la habitación de combate singular. Cedió, y en el instante en que entró, sus ojos captaron la escena: la Junta de pie con los relojes abiertos; Dempsey Donovan, en mangas de camisa, bailando, con los pies ligeros, con la gracia cautelosa del pugilista moderno, al alcance de su adversario; Terry O'Sullivan de pie con el brazo cruzado y una mirada asesina en sus ojos oscuros. Y sin aflojar la velocidad de su entrada, saltó hacia adelante con un grito, saltó a tiempo para agarrar y colgarse del brazo de O'Sullivan, que de repente se levantó, y para arrancarle el largo y brillante estilete que había sacado de su pecho. El cuchillo cayó y resonó en el suelo. ¡Acero frío estirado en las salas de la Asociación Give and Take! Nunca antes había sucedido algo así. Todos permanecieron inmóviles durante un minuto. Andy Geoghan pateó el estilete con la punta de su zapato con curiosidad, como un anticuario que se ha topado con un arma antigua desconocida para su aprendizaje. Y entonces O'Sullivan siseó algo ininteligible entre los dientes. Dempsey y la Junta intercambiaron miradas. Y entonces Dempsey miró a O'Sullivan sin enojo, como se mira a un perro callejero, y asintió con la cabeza en dirección a la puerta. —La escalera de atrás, Giuseppi —dijo brevemente—. — Alguien te bajará el sombrero tras ti. Maggie se acercó a Dempsey Donovan. Había una brillante mancha roja en sus mejillas, por la que corrían lentas lágrimas. Pero ella lo miró valientemente a los ojos. — Lo sabía, Dempsey -dijo, mientras sus ojos se apagaban incluso en las lágrimas-. "Sabía que era guineano. Su nombre es Tony Spinelli. Me apresuré a entrar cuando me dijeron que tú y él estaban peleando. Las Guineas siempre llevan cuchillos. Pero no lo entiendes, Dempsey. Nunca tuve un compañero en mi vida. Me cansé de venir con Anna y Jimmy todas las noches, así que arreglé con él para que se llamara a sí mismo O'Sullivan y lo llevé conmigo. Sabía que no habría nada que hacer por él si venía como un Dago. Supongo que ahora renunciaré al club". Dempsey se volvió hacia Andy Geoghan. —Tira esa cortadora de queso por la ventana —dijo—, y diles que el señor O'Sullivan ha recibido un mensaje telefónico para que vayan a Tammany Hall. Y luego se volvió hacia Maggie.

—Dime, Mag —dijo—, te veré en casa. ¿Y qué tal el próximo sábado por la noche? ¿Vendrás conmigo a la fiesta si te llamo? Era notable la rapidez con la que los ojos de Maggie podían pasar de un marrón apagado a un marrón brillante. — ¿Contigo, Dempsey? -tartamudeó-. —Dime, ¿va a nadar un pato?

VII

El policía y el himno

En su banco de Madison Square, Soapy se movió inquieto. Cuando los gansos salvajes tocan la bocina en lo alto de las noches, y cuando las mujeres sin abrigo de piel de foca se vuelven amables con sus maridos, y cuando Soapy se mueve inquieto en su banco en el parque, es posible que sepas que el invierno está cerca. Una hoja muerta cayó en el regazo de Soapy. Esa era la carta de Jack Frost. Jack es amable con los habitantes habituales de Madison Square, y da una advertencia justa de su visita anual. En las esquinas de cuatro calles entrega su cartón al Viento del Norte, lacayo de la mansión de Todos los Exteriores, para que sus habitantes se preparen. La mente de Soapy se dio cuenta del hecho de que había llegado el momento de que se resolviera en un Comité de Medios y Arbitrios singular para proveer contra el rigor que se avecinaba. Y, por lo tanto, se movía inquieto en su banco. Las ambiciones hibernatorias de Soapy no eran de las más altas. En ellos no había consideraciones sobre los cruceros por el Mediterráneo, ni sobre los soporíferos cielos del sur ni sobre la deriva en la bahía del Vesubio. Tres meses en la Isla era lo que su alma anhelaba. Tres meses de comida y cama aseguradas y compañía agradable, a salvo de Bóreas y casacas azules, le parecieron a Soapy la esencia de las cosas deseables. Durante años, el hospitalario Blackwell's había sido su cuartel de invierno. Del mismo modo que sus compatriotas neoyorquinos más afortunados habían comprado sus billetes para Palm Beach y la Riviera cada invierno, Soapy había hecho sus humildes arreglos para su hégira anual a la isla. Y ahora había llegado el momento. La noche anterior, tres periódicos del sábado, distribuidos debajo de su abrigo, alrededor de sus tobillos y sobre su regazo, no habían logrado repeler el frío mientras dormía en su banco cerca de la fuente que brotaba en la antigua plaza. De modo que la Isla se asomaba grande y oportuna en la mente de Soapy. Desdeñó las provisiones hechas en nombre de la caridad para los dependientes de la ciudad.

En opinión de Soapy, la ley era más benigna que la filantropía. Había una ronda interminable de instituciones, municipales y penitenciarias, en las que podía salir y recibir alojamiento y comida acordes con la vida sencilla. Pero para uno de los espíritus orgullosos de Soapy, los dones de la caridad están cargados. Si no es en moneda, debes pagar en humillación de espíritu por cada beneficio recibido de manos de la filantropía. Como César tuvo su Bruto, cada lecho de caridad debe tener su peaje de un baño, cada hogaza de pan su compensación de una inquisición privada y personal. Por lo tanto, es mejor ser huésped de la ley, que, aunque se rige por reglas, no se inmiscuye indebidamente en los asuntos privados de un caballero. Soapy, habiendo decidido ir a la Isla, se dispuso de inmediato a cumplir su deseo. Había muchas maneras fáciles de hacer esto. Lo más placentero era cenar lujosamente en algún restaurante caro; y luego, después de declararse insolvente, ser entregado tranquilamente y sin alboroto a un policía. Un magistrado complaciente haría el resto. Soapy dejó su banco y salió de la plaza y cruzó el mar llano de asfalto, donde Broadway y la Quinta Avenida se unen, Up Broadway dio media vuelta y se detuvo en un café resplandeciente, donde se reúnen todas las noches los productos más selectos de la uva, el gusano de seda y el protoplasma. Soapy tenía confianza en sí mismo desde el botón más bajo de su chaleco hacia arriba. Estaba afeitado, y su abrigo era decente, y su pulcro cuatro en la mano, negro y ya atado, le había sido regalado por una misionera el Día de Acción de Gracias. Si pudiera llegar a una mesa en el restaurante, el éxito insospechado sería suyo. La parte de él que asomaría por encima de la mesa no suscitaría ninguna duda en la mente del camarero. Un ánade real asado, pensó Soapy, sería lo más importante, con una botella de Chablis, y luego Camembert, una demi-tasse y un cigarro. Un dólar por el cigarro sería suficiente. El total no sería tan alto como para provocar una manifestación suprema de venganza por parte de la dirección del café; Y, sin embargo, la carne lo dejaría lleno y feliz para el viaje a su refugio invernal. Pero cuando Soapy puso un pie en la puerta del restaurante, los ojos del jefe de camareros se posaron en sus pantalones deshilachados y sus zapatos decadentes. Unas manos fuertes y dispuestas le dieron la vuelta y le condujeron en silencio y a toda prisa hasta la acera, y evitaron el innoble destino del amenazado ánade real. Soapy se apagó en Broadway. Parecía que su ruta hacia la codiciada isla no iba a ser epicúrea. Hay que pensar en alguna otra forma de entrar en el limbo.

En una esquina de la Sexta Avenida, las luces eléctricas y las mercancías astutamente exhibidas detrás de un vidrio hicieron que el escaparate de una tienda llamara la atención. Soapy cogió un adoquín y lo estrelló contra el cristal. La gente llegó corriendo a la vuelta de la esquina, con un policía a la cabeza. Soapy se quedó quieto, con las manos en los bolsillos, y sonrió al ver los botones de latón. "¿Dónde está el hombre que hizo eso?", preguntó el oficial con entusiasmo. —¿No te das cuenta de que yo podría haber tenido algo que ver con eso? —dijo Soapy, no sin sarcasmo, pero amistoso, como se saluda a la buena fortuna. La mente del policía se negó a aceptar a Soapy ni siquiera como una pista. Los hombres que rompen ventanas no se quedan para parlamentar con los secuaces de la ley. Les pisan los talones. El policía vio a un hombre a mitad de cuadra corriendo para atrapar un automóvil. Con el garrote empataado se unió a la persecución. Soapy, con asco en el corazón, holgazaneó, dos veces sin éxito. En el lado opuesto de la calle había un restaurante sin grandes pretensiones. Atendía grandes apetitos y carteras modestas. Su vajilla y su atmósfera eran espesas; Su sopa y naperos delgados. En este lugar, Soapy llevó sus zapatos acusivos y sus pantalones delatores sin desafío. En una mesa se sentó y consumió bistec, flapjacks, rosquillas y pastel. Y luego le dijo al camarero que la moneda más diminuta y él mismo eran extraños. —Ahora, ponte manos a la obra y llama a la policía —dijo Soapy—. — Y no hagas esperar a un caballero. —No hay policía para ti —dijo el camarero, con una voz como la de los pasteles de mantequilla y un ojo como la cereza de un cóctel de Manhattan—. '¡Oye, Con!' Sobre su oreja izquierda, sobre el insensible pavimento, dos camareros le lanzaron a Soapy. Se levantó, articulación por articulación, como se abre la regla de un carpintero, y se sacudió el polvo de sus ropas. El arresto no parecía más que un sueño color de rosa. La isla parecía muy lejana. Un policía que estaba frente a una farmacia a dos puertas de distancia se rió y caminó por la calle. Soapy viajó cinco cuerdas antes de que su coraje le permitiera cortejar a la captura nuevamente. Esta vez, la oportunidad se presentó a sí mismo como lo que fatuamente se denominó un "juego de niños". Una mujer joven, de aspecto modesto y agradable, estaba de pie ante un escaparate, contemplando con vivaz interés su exhibición de tazas de afeitar y tinteros, y a dos metros de la ventana un policía corpulento y de comportamiento severo se apoyaba en un tapón de agua. Fue el diseño de Soapy asumir el papel del despreciable y execrado 'machacador'. El aspecto refinado y elegante de su

La contigüidad del concienzudo policía le animó a creer que pronto sentiría en su brazo el agradable apretón oficial que aseguraría sus cuarteles de invierno en la pequeña y estrecha isla correcta. Soapy enderezó la corbata confeccionada de la misionera, arrastró sus esposas encogidas al descubierto, colocó su sombrero en un canto asesino y se acercó sigilosamente a la joven. Le hizo ojitos, se sintió presa de toses repentinas y «dobladillos», sonrió, sonrió y repasó descaradamente la letanía impúdica y despreciable del «machacador». Con medio ojo, Soapy vio que el policía lo observaba fijamente. La joven se alejó unos pasos y volvió a prestar su absorta atención a las tazas de afeitar. Soapy la siguió, se acercó audazmente a su lado, levantó el sombrero y dijo: —¡Ah, Bedelia! ¿No quieres venir a jugar a mi patio?!. El policía seguía mirando. La joven perseguida no tenía más que hacer una seña con el dedo y Soapy estaría prácticamente en camino hacia su refugio insular. Ya imaginaba que podía sentir el calor acogedor de la estación. La joven se enfrentó a él y, extendiendo una mano, agarró la manga del abrigo de Soapy. —Claro, Mike —dijo ella con alegría—, si me haces un cubo de espuma. Habría hablado contigo antes, pero el policía me estaba mirando. Con la joven jugando a la hiedra aferrada a su roble, Soapy pasó junto al policía, abrumado por la tristeza. Parecía condenado a la libertad. En la siguiente esquina se sacudió a su compañero y echó a correr. Se detuvo en el barrio donde por la noche se encuentran las calles más ligeras, los corazones, los votos y los libretos. Las mujeres con pieles y los hombres con abrigos se movían alegremente en el aire invernal. Un súbito temor se apoderó de Soapy de que algún espantoso encantamiento lo hubiera hecho inmune a la detención. La idea le produjo un poco de pánico, y cuando se encontró con otro policía que descansaba grandiosamente frente a un teatro transpléndido, se dio cuenta de inmediato de que se trataba de una «conducta desordenada». En la acera, Soapy comenzó a gritar galimatías de borracho con su voz áspera. Bailaba, aullaba, deliraba y perturbaba a los welkin. El policía hizo girar su garrote, le dio la espalda a Soapy y le dijo a un ciudadano: "Es uno de esos muchachos de Yale celebrando el huevo de gallina que le dan al Hartford College. Ruidoso; pero no hay daño. Tenemos instrucciones de que se lo hagan.

Desconsolado, Soapy cesó su inútil alboroto. ¿Nunca un policía le pondría las manos encima? En su imaginación, la isla parecía una Arcadia inalcanzable. Se abotonó el delgado abrigo para protegerse del viento helado. En una tienda de cigarros vio a un hombre bien vestido encendiendo un cigarro a una luz oscilante. Su paraguas de seda lo había dejado junto a la puerta al entrar. Soapy entró, aseguró el paraguas y se alejó con él lentamente. El hombre de la luz del cigarro lo siguió apresuradamente. —Mi paraguas —dijo con severidad—. —Oh, ¿lo es? —se burló Soapy, añadiendo insulto al hurto menor. — Bueno, ¿por qué no llamas a un policía? Lo tomé. ¡Tu paraguas! ¿Por qué no llamas a la policía? Ahí está uno en la esquina. El dueño del paraguas aminoró el paso. Soapy hizo lo mismo, con el presentimiento de que la suerte volvería a estar en su contra. El policía miró a los dos con curiosidad. —Por supuesto —dijo el hombre del paraguas—, eso es... bueno, ya sabes cómo se cometen estos errores... Yo... si es tu paraguas, espero que me disculpes... Lo recogí esta mañana en un restaurante... Si lo reconoces como tuyo, ¿por qué? - Espero que... -Por supuesto que es mío -dijo Soapy con saña-. El ex paraguas se retiró. El policía se apresuró a ayudar a una rubia alta con una capa de ópera al otro lado de la calle frente a un tranvía que se acercaba a dos cuadras de distancia. Soapy caminó hacia el este a través de una calle dañada por las mejoras. Arrojó el paraguas furioso a una excavación. Murmuró contra los hombres que usan cascos y portan garrotes. Debido a que quería caer en sus garras, parecían considerarlo como un rey que no podía hacer nada malo. Por fin, Soapy llegó a una de las avenidas hacia el este, donde el brillo y la agitación eran débiles. Bajó la cara hacia Madison Square, porque el instinto de búsqueda sobrevive incluso cuando la casa es un banco de un parque. Pero en una esquina inusualmente tranquila, Soapy se detuvo. Allí había una iglesia vieja, pintoresca, laberíntica y con tejado a dos aguas. A través de una ventana teñida de violeta brillaba una luz tenue, donde, sin duda, el organista merodeaba por encima de las teclas, asegurándose de su dominio del himno del sábado venidero. Porque a los oídos de Soapy llegaba una dulce música que lo atrapaba y lo mantenía paralizado contra las circunvoluciones de la valla de hierro. La luna estaba arriba, lustrosa y serena; los vehículos y los peatones eran pocos; Los gorriones gorjeaban somnolientos en los aleros, durante un rato la escena podría haber sido un cementerio rural. Y

el himno que tocó el organista cimentó a Soapy en la valla de hierro, pues lo había conocido bien en los días en que su vida contenía cosas tales como madres, rosas, ambiciones, amigos, pensamientos inmaculados y collares. La conjunción del estado mental receptivo de Soapy y las influencias de la antigua iglesia produjo un cambio repentino y maravilloso en su alma. Contempló con rápido horror el pozo en el que había caído, los días degradados, los deseos indignos, las esperanzas muertas, las facultades destrozadas y los motivos bajos que conformaban su existencia. Y también en un momento su corazón respondió con emoción a este nuevo estado de ánimo. Un impulso instantáneo y fuerte lo movió a luchar contra su destino desesperado. Saldría del fango; volvería a ser un hombre de sí mismo; vencería el mal que se había apoderado de él. Hubo tiempo; Era relativamente joven todavía; Resucitaría sus viejas ambiciones ansiosas y las perseguiría sin vacilar. Aquellas solemnes pero dulces notas de órgano habían provocado una revolución en él. Al día siguiente iría al bullicioso barrio del centro de la ciudad y buscaría trabajo. Un importador de pieles le había ofrecido una vez un puesto como conductor. Lo encontraría al día siguiente y le pediría el puesto. Sería alguien en el mundo. Lo haría... Soapy sintió que una mano se posaba sobre su brazo. Miró rápidamente a su alrededor y vio el rostro ancho de un policía. —¿Qué haces aquí? —preguntó el oficial. —Nada —dijo Soapy—. —Entonces ven —dijo el policía—. —Tres meses en la Isla —dijo el magistrado del Juzgado de Policía a la mañana siguiente—.

VIII

Memorias de un perro amarillo

NO SUPONGO que a ninguno de ustedes le hará perder la percha leer una contribución de un animal. El Sr. Kipling y muchos otros han demostrado el hecho de que los animales pueden expresarse en un inglés remunerado, y ninguna revista se imprime hoy en día sin una historia de animales, excepto las revistas mensuales de estilo antiguo que todavía publican imágenes de Bryan y el horror de Mont Pelée. Pero no es necesario que busques ninguna literatura engreída en mi artículo,

como Bearoo, el oso, y Snakoo, la serpiente, y Tammanoo, el tigre, hablan en los libros de la selva. Un perro amarillo que ha pasado la mayor parte de su vida en un piso barato de Nueva York, durmiendo en un rincón sobre una vieja enagua de satén (la que derramó vino de Oporto en el banquete de Lady Longshoremen), no se puede esperar que realice ningún truco con el arte de hablar. Nací como un cachorro amarillo; Se desconoce la fecha, la localidad, el pedigrí y el peso. Lo primero que recuerdo es que una anciana me metió en una canasta en Broadway y Veintitrés tratando de venderme a una señora gorda. La Vieja Madre Hubbard me estaba impulsando a vender a la banda como un genuino fox terrier Pomerania-Hambletoniano-Rojo-Irlandés-Cochin-ChinaStoke-Pogis. La señora gorda persiguió una V entre las muestras de franela de grano grueso que llevaba en su bolsa de la compra hasta que la arrinconó y se dio por vencida. A partir de ese momento me convertí en una mascota, en los calamares wootsey de mamá. Diga, amable lector, ¿alguna vez tuvo a una mujer de 200 libras respirando un sabor de queso Camembert y Peau d'Espagne que lo levantó y golpeó su nariz sobre usted, comentando todo el tiempo en un tono de voz de Emma Eames: 'Oh, oo's mmm oodlum, doodlum, woodlum, toodlum, bitsy-witsy skoodlums?' De un cachorro amarillo con pedigrí crecí hasta convertirme en un perro amarillo anónimo que parecía un cruce entre un gato de angora y una caja de limones. Pero mi ama nunca se cayó. Ella pensó que los dos cachorros primitivos que Noé persiguió en el arca no eran más que una rama colateral de mis antepasados. Hicieron falta dos policías para evitar que entrara en el Madison Square Garden para el premio del sabueso siberiano. Te hablaré de ese piso. La casa era la cosa ordinaria en Nueva York, pavimentada con mármol de Parian en el vestíbulo de entrada y adoquines sobre el primer piso. Nuestro piso era de tres fl - bueno, no vuelos - sube. Mi ama lo alquiló sin amueblar y lo puso en las cosas normales: un juego de salón tapizado antiguo de 1903, cromo al óleo de geishas en una casa de té de Harlem, una planta de caucho y un marido. ¡Por Sirius! había un bípedo por el que sentía lástima. Era un hombrecillo de pelo rubio y bigotes muy parecidos a los míos. ¿Picoteado por la gallina? - Bueno, los tucanes, los flamencos y los pelícanos tenían sus billetes en él. Limpió los platos y escuchó a mi ama hablar de las cosas baratas y andrajosas que la señora del abrigo de piel de ardilla del segundo piso colgaba en su tendedero para que se secaran. Y todas las noches, mientras ella cenaba, le hacía sacar a pasear por el extremo de una cuerda.

Si los hombres supieran cómo pasan el tiempo las mujeres cuando están solas, nunca se casarían. Laura Lean Jibbey, cacahuete quebradizo, un poco de crema de almendras en los músculos del cuello, platos sin lavar, media hora de charla con el hombre de hielo, leyendo un paquete de cartas viejas, un par de pepinillos y dos botellas de extracto de malta, una hora asomándose a través de un agujero en la cortina de la ventana hacia el piso al otro lado del conducto de aire: eso es todo lo que hay que hacer. Veinte minutos antes de la hora en que él regrese a casa del trabajo, ella arregla la casa, arregla su rata para que no se vea y saca un montón de costura para un farol de diez minutos. Llevaba la vida de un perro en ese piso. "Casi todo el día me quedé tumbado en mi rincón viendo a la mujer gorda matar el tiempo. A veces dormía y soñaba con salir a perseguir gatos a los sótanos y gruñir a las ancianas con guantes negros, como se suponía que debía hacer un perro. Luego se abalanzaba sobre mí con un montón de esa palabrería de caniche y me besaba en la nariz, pero ¿qué podía hacer? Un perro no puede masticar clavos. Empecé a sentir lástima por mi esposo, perseguiría a mis gatos si no lo hacía. Nos parecíamos tanto que la gente lo notaba cuando salíamos; así que sacudimos las calles por las que pasa el taxi de Morgan y nos pusimos a trepar por los montones de nieve de diciembre pasado en las calles donde vive la gente barata. Una noche, cuando estábamos paseando así, y yo estaba tratando de parecerme a un San Bernardo de premio, y el anciano estaba tratando de parecer que no habría asesinado a él. El primer organillero que oyó tocar la marcha nupcial de Mendelssohn, lo miré y le dije, a mi manera: «¿Por qué te ves tan amargado, langosta recortada de roble? Ella no te besa. No tienes que sentarte en su regazo y escuchar una charla que haría que el libro de una comedia musical sonara como las máximas de Epicteto. Deberías estar agradecido de no ser un perro. Prepárate, Benedick, y despide a los tristes. El percance matrimonial me miró con una inteligencia casi canina en su rostro. —Vaya, perrito —dice—, buen perrito. Casi parece que pudieras hablar. ¿Qué pasa, perrito - Gatos? ¡Gatos! ¡Podría hablar! Pero, por supuesto, no podía entenderlo. A los humanos se les negaba el habla de los animales. El único terreno común de comunicación sobre el que los perros y los hombres pueden unirse es en la ficción. En el piso de enfrente vivía una señora con un terrier de color negro y fuego. Su marido lo ensartaba y lo sacaba todas las noches,

pero siempre volvía a casa alegre y silbando. Un día me toqué las narices con el negro y fuego del pasillo, y lo golpeé para que lo aclarara. —Mira, mira, Wiggle-and-Skip —le dije—, sabes que no es propio de un hombre de verdad hacer de nodriza de un perro en público. Nunca vi a uno atado a una reverencia, pero que no pareciera que le gustaría lamer a todos los demás hombres que lo miraban. Pero tu jefe llega todos los días como alegre y configurado como un prestidigitador aficionado que hace el truco del huevo. ¿Cómo lo hace? No me digas que le gusta'. '¿Él?', dice el negro y fuego. Pues, él usa el remedio de la naturaleza. Se le hace espiado. Al principio, cuando salimos, es tan tímido como el hombre del vapor que preferiría jugar a pedro cuando los hacen a todos jackpots. En el momento en que hemos estado en ocho salones, no le importa si lo que está al final de su línea es un perro o un bagre. He perdido dos centímetros de mi cola tratando de esquivar esas puertas batientes. El consejo que recibí de ese terrier -vodevil, por favor, cópielo- me puso a pensar. Una noche, a eso de las seis, mi ama le ordenó que se pusiera manos a la obra y hiciera el acto de ozono para Lovey. Lo he ocultado hasta ahora, pero así me llamó. El negro y fuego se llamaba 'Tweetness'. Considero que tengo el bulto sobre él tan lejos como se podría perseguir a un conejo. Aun así, 'Lovey' es una especie de lata nomenclatural en la cola del respeto por uno mismo. En un lugar tranquilo de una calle segura, apreté la línea de mi conserje frente a un atractivo y refinado salón. Corrí hacia las puertas, gimiendo como un perro en los despachos de prensa que avisan a la familia de que la pequeña Alicia está atascada mientras recoge lirios en el arroyo. —Malditos sean mis ojos —dice el anciano con una sonrisa—; Malditos sean mis ojos si el hijo de una limonada de agua mineral de color azafrán no me invita a tomar un trago. Déjame ver, ¿cuánto tiempo ha pasado desde que salvé el cuero de los zapatos manteniendo un pie en el reposapiés? Creo que lo haré... Sabía que lo tenía. Tomó whisky escocés caliente, sentado a una mesa. Durante una hora mantuvo a los Campbell viniendo. Me senté a su lado a golpear al camarero con la cola, y a almorzar gratis, como mamá en su apartamento, nunca igualado con su camión casero comprado en una tienda de delicatessen ocho minutos antes de que papá llegara a casa. Cuando todos los productos de Escocia se agotaron, excepto el pan de centeno, el viejo me desenrolló de la pata de la mesa y me sacó afuera como un pescador juega con un salmón. Ahí afuera me quitó el collar y lo tiró a la calle.

-Pobre perrito -dice-; – Buen perrito. No te besaré más. Es una maldita vergüenza. Buen perrito, vete y déjate atropellar por un tranvía y sé feliz!. Me negué a irme. Salté y recorrí las piernas del anciano, feliz como un pug sobre una alfombra. —Viejo cazador de marmotas con cabeza de pulga —le dije—, viejo beagle que ladra la luna, señala conejos y roba huevos, ¿no ves que no quiero dejarte? ¿No ves que los dos somos cachorros en el bosque y que la señorita es el tío cruel que te persigue con el paño de cocina y yo con el linimento antipulgas y un lazo rosa para atarme la cola? ¿Por qué no cortar todo eso y ser perdonados para siempre? Tal vez digas que no entendió, tal vez no. Pero se agarró a los escoceses calientes y se quedó quieto un minuto, pensando. "Perrito", dice finalmente, "no vivimos más de una docena de vidas en esta tierra, y muy pocos de nosotros vivimos más de 300. Si alguna vez vuelvo a ver ese piso, soy un piso, y si lo haces, eres más plano; Y eso no es un halago. Ofrezco 60 a 1 que Westward Ho gane por la longitud de un perro salchicha. No había cuerda, pero me dirigí con mi amo al transbordador de la calle Veintitrés. Y los gatos de la ruta vieron motivos para dar gracias a que se les hubieran dado garras prensiles. En el lado de Jersey, mi amo le dijo a un extraño que estaba comiendo un bollo de grosella: "Mi perrito y yo nos dirigimos a las Montañas Rocosas". Pero lo que más me agradó fue cuando mi viejo me tiró de las dos orejas hasta que aullé y me dijo: «Tú, vulgar hijo de felpudo de cabeza de mono, cola de rata y color azufre, ¿sabes cómo te voy a llamar?» Pensé en 'Lovey' y lloriqueé tristemente. -Te voy a llamar Pedro -dice mi amo-; y si hubiera tenido cinco colas, no habría podido mover lo suficiente para hacer justicia a la ocasión.

IX

El filtro de amor de Ikey Schoenstein

La farmacia Blue Light está en el centro de la ciudad, entre el Bowery y la Primera Avenida, donde la distancia entre las dos calles es la más corta. La Luz Azul no considera que la farmacia sea una cosa

de baratijas, perfume y refresco de helado. Si le pides un analgésico no te dará un bombón. La luz azul desprecia las artes de la farmacia moderna, que ahorran trabajo. Macera su opio y percola su propio láudano y paregórico. Hasta el día de hoy, las píldoras se fabrican detrás de su alto mostrador de recetas: píldoras enrolladas en su propio tablero de pastillas, divididas con una espátula, enrolladas con el dedo y el pulgar, espolvoreadas con magnesia calcinada y entregadas en pequeños pastilleros redondos de cartón. La tienda está en una esquina en la que juegan grupos de niños de plumas harapientas y divertidos que se convierten en candidatos a las pastillas para la tos y los jarabes calmantes que los esperan dentro. Ikey Schoenstein era el empleado nocturno del Blue Light y amigo de sus clientes. Por lo tanto, es en el East Side, donde el corazón de la farmacia no es el glacé. Allí, como debe ser, el boticario es un consejero, un confesor, un consejero, un misionero y mentor capaz y dispuesto cuya erudición es respetada, cuya sabiduría oculta es venerada y cuya medicina es a menudo vertida, sin probar, en la cuneta. Por lo tanto, la nariz corniforme y con gafas y la figura estrecha y arqueada de Ikey eran bien conocidas en las cercanías de la Luz Azul, y sus consejos y atención eran muy deseados. Ikey se alojó y desayunó en casa de la señora Riddle, a dos cuadras de distancia. La señora Riddle tenía una hija llamada Rosy. El circunloquio ha sido en vano, debes haberlo adivinado, Ikey adoraba a Rosy. Ella tiñó todos sus pensamientos; Ella era el extracto compuesto de todo lo que era químicamente puro y oficial: el dispensatorio no contenía nada igual a ella. Pero Ikey era tímido, y sus esperanzas permanecían insolubles en el menstuo de su atraso y de sus temores. Detrás de su mostrador era un ser superior, serenamente consciente de un conocimiento y un valor especiales; Afuera, era un vagabundo de rodillas débiles, ciego y maldito por los motorman, con ropa mal ajustada, manchada de productos químicos y que olía a áloes socotrinos y valerianato de amoníaco. La mosca en el unguento de Ikey (¡tres veces bienvenido, tropo de palmaditas!) era Chunk McGowan. El Sr. McGowan también se esforzaba por captar las brillantes sonrisas que Rosy lanzaba a su alrededor. Pero no era un jardinero como lo era Ikey; Los escogió de buenas a primeras. Al mismo tiempo, era amigo y cliente de Ikey, y a menudo se dejaba caer por la farmacia Blue Light para que le pintaran un moretón con yodo o para que le enyesaran un corte después de pasar una agradable velada junto al Bowery. Una tarde, McGowan entró a su manera silenciosa y fácil, y

estaba sentado, hermoso, de rostro suave, duro, indomable, bondadoso, en un taburete. —Ikey —dijo, cuando su amigo hubo ido a buscar su mortero y se sentó enfrente, moliendo goma de benjuí hasta convertirla en polvo—, ocúpate de tu oído. Son drogas para mí si tienes la línea que necesito'. Ikey escudriñó el semblante del señor McGowan en busca de las habituales evidencias de conflicto, pero no encontró ninguna. — Quítate el abrigo -ordenó-. Supongo que ya te han clavado un cuchillo en las costillas. Te he dicho muchas veces que esos Dago te harían perder -el señor McGowan sonrió-. — A ellos no -dijo-. — No cualquier Dago. Pero has localizado el diagnóstico muy bien: está debajo de mi abrigo, cerca de las costillas. ¡Decir! Rosy y yo vamos a huir y a casarnos esta noche. El dedo índice izquierdo de Ikey estaba doblado sobre el borde del mortero, manteniéndolo firme. Le dio un golpe salvaje con el mortero, pero no lo sintió. Mientras tanto, la sonrisa del señor McGowan se desvaneció hasta convertirse en una expresión de perplejidad y tristeza. —Es decir, —continuó—, si ella se mantiene en la idea hasta que llegue el momento. Hemos estado colocando tuberías para la puerta de enlace durante dos semanas. Un día dice que lo hará; Lo mismo que dice Nixy. Nos hemos puesto de acuerdo esta noche, y Rosy se ha mantenido firme esta vez durante dos días enteros. Pero aún faltan cinco horas para la hora, y me temo que me levantará cuando llegue el momento del rasguño. — Dijiste que querías drogas -comentó Ikey-. El Sr. McGowan parecía incómodo y acosado, una condición opuesta a su línea habitual de comportamiento. Hizo un rollo de un almanaque de medicina patentada y lo colocó con un cuidado inútil en su dedo. "No me gustaría que este doble hándicap hiciera una salida en falso esta noche por un millón", dijo. Tengo un pequeño piso en Harlem listo, con crisantemos en la mesa y una tetera lista para hervir. Y he contratado a un púlpito para que esté listo en su casa para nosotros a las 9.30. Tiene que salir. ¡Y si Rosy no vuelve a cambiar de opinión! - El señor McGowan cesó, presa de sus dudas. —Todavía no veo —dijo Ikey en voz baja— qué es lo que hace que hables de drogas, o qué puedo hacer yo al respecto. —Al viejo Riddle no le gusto nada —prosiguió el inquieto pretendiente, empeñado en ordenar sus argumentos—. — Desde hace una semana que no deja que Rosy salga por la puerta conmigo. Si no fuera por perder a un interno, me habrían rebotado hace mucho tiempo. Estoy ganando 20 dólares a la semana y ella nunca se arrepentirá de haber volado en el gallinero con Chunk McGowan.

—Me disculparás, Chunk —dijo Ikey—. — Tengo que hacer una receta que me pedirán pronto. —Oye —dijo McGowan, levantando la vista de repente—, dime, Ikey, ¿no hay algún tipo de droga, algún tipo de polvos que hagan que una chica como tú sea mejor si se los das? El labio de Ikey bajo la nariz se curvó con el desdén de una iluminación superior; pero antes de que pudiera responder, McGowan continuó: "Tim Lacy me dijo una vez que había comprado algunas corvinas en la parte alta de la ciudad y se las había dado de comer a su chica en agua con gas. Desde la primera dosis estaba muy drogado y todos los demás le parecieron treinta centavos. Se casaron en menos de dos semanas. Fuerte y sencillo era Chunk McGowan. Un mejor lector de hombres que Ikey podría haber visto que su duro cuerpo estaba ensartado sobre finos alambres. Como un buen general que estaba a punto de invadir el territorio enemigo, buscaba proteger cada punto contra un posible fracaso. —Pensé —prosiguió Chunk, esperanzado— que si tuviera uno de esos polvos para darle a Rosy cuando la vea en la cena de esta noche, podría animarla y evitar que renegara de la propuesta de saltarse. Supongo que no necesita un equipo de mulas para arrastrarla, pero las mujeres son mejores entrenando que corriendo bases. Si las cosas funcionan solo por un par de horas, funcionará'. —¿Cuándo va a suceder esta tontería de huir? —preguntó Ikey. —A las nueve —dijo el señor McGowan—. — La cena es a las siete. A las ocho, Rosy se va a la cama con dolor de cabeza. A los nueve, el viejo Parvenzano me deja pasar a su patio trasero, donde hay una tabla junto a la valla de Riddle, al lado. Voy por debajo de su ventana y la ayudo a bajar por la escalera de incendios. Tenemos que hacerlo temprano en el relato del predicador. Todo es muy fácil si Rosy no se resiste cuando cae la bandera. ¿Puedes prepararme uno de esos polvos, Ikey? Ikey Schoenstein se frotó la nariz lentamente. — Chunk —dijo—, es de drogas de esa naturaleza que los farmacéuticos deben tener mucho cuidado. Sólo a ti, que yo conozco, te confiaría un polvo como ese. Pero por ti lo haré, y verás cómo hace que Rosy piense en ti. Ikey se colocó detrás del mostrador de recetas. Allí trituró hasta convertirlas en polvo dos tablillas solubles, cada una de las cuales contenía un cuarto de grano de morfina. A ellos les añadió un poco de azúcar de leche para aumentar el volumen, y dobló la mezcla cuidadosamente en un papel blanco. Tomado por un adulto, este polvo aseguraría varias horas de sueño pesado sin peligro para el durmiente. Se lo entregó a Chunk

McGowan, diciéndole que se lo administrara en un líquido, si era posible, y recibió el caluroso agradecimiento del Lochinvar del patio trasero. La sutileza de la acción de Ikey se hace evidente al relatar su movimiento posterior. Envió un mensajero para el Sr. Riddle y reveló los planes de McGowan para fugarse con Rosy. El señor Riddle era un hombre corpulento, de tez polvorienta como el ladrillo y de acción repentina. —Muy agradecido —le dijo brevemente a Ikey—. —¡El holgazán irlandés! Mi propia habitación está justo encima de la de Rosy, iré allí después de cenar, cargaré la escopeta y esperaré. Si viene a mi patio trasero, se irá en una ambulancia en lugar de en una calesa nupcial. Con Rosy retenida en las garras de Morfeo durante un profundo sueño de muchas horas, y el padre sediento de sangre esperando, armado y prevenido, Ikey sintió que su rival estaba cerca, de hecho, de desconcertarse. Durante toda la noche, en la tienda de luz azul, esperó en sus deberes noticias casuales de la tragedia, pero no llegó ninguna. A las ocho de la mañana llegó el empleado del día e Ikey se dirigió apresuradamente a casa de la señora Riddle para conocer el resultado. Y, ¡he aquí! Al salir de la tienda, Chunk McGowan saltó de un tranvía que pasaba y le cogió la mano, Chunk McGowan con una sonrisa de vencedor y enrojeció de alegría. —Lo he conseguido —dijo Chunk con Elysium en la sonrisa—. Rosy llegó a la escalera de incendios a tiempo de un segundo y estábamos bajo el alambre en casa del reverendo a las 9.30 1/4. Está en el piso, esta mañana ha cocinado huevos con un kimono azul. ¡Qué suerte tengo! Algún día tienes que ir a tu paso, Ikey, y alimentarte con nosotros. Tengo un trabajo cerca del puente, y ahora es hacia donde me dirijo. —¿El... el polvo? —tartamudeó Ikey. —¡Oh, esas cosas que me diste! —dijo Chunk, ensanchando su sonrisa—. — Bueno, fue así. Anoche me senté a la mesa de la cena en casa de Riddle, miré a Rosy y me dije a mí mismo: "Chunk, si consigues a la chica, llévala a la plaza, no intentes ningún truco con un pura sangre como ella". Y guardo el papel que me das en el bolsillo. Y entonces mis lámparas caen sobre otro de los presentes, quien, me digo a mí mismo, está fallando en el afecto adecuado hacia su yerno, así que espero mi oportunidad y vierto ese polvo en el café del viejo Riddle, ¿ves?

momento inamovible. Porque este olor pertenecía a la señorita Leslie; Era suya y solo suya. El olor la trajo vívidamente, casi tangiblemente, ante él. El mundo de las finanzas se redujo repentinamente a una mota. Y estaba en la habitación de al lado, a veinte pasos de distancia. —Por George, lo haré ahora —dijo Maxwell, medio en voz alta—. — Le preguntaré ahora. Me pregunto si no lo hice hace mucho tiempo. Entró corriendo en el despacho interior con la prisa de un corto que intenta cubrirse. Cargó sobre el escritorio del taquígrafo. Ella lo miró con una sonrisa. Un rosa suave se deslizó por su mejilla, y sus ojos eran amables y francos. Maxwell apoyó un codo en su escritorio. Todavía agarraba papeles revoloteantes con ambas manos y el bolígrafo estaba sobre su oreja. —Señorita Leslie —empezó a decir apresuradamente—, no tengo más que un momento libre. Quiero decir algo en ese momento. ¿Quieres ser mi esposa? No he tenido tiempo de hacerte el amor de la manera ordinaria, pero realmente te amo. Habla rápido, por favor, esos tipos están aporreando el relleno de Union Pacific. "Oh, ¿de qué estás hablando?", exclamó la joven. Ella se puso en pie y lo miró con los ojos redondos. — ¿No lo entiendes? —dijo Maxwell inquieto—. "Quiero que te cases conmigo. La quiero, señorita Leslie. Quería decírtelo, y tomé un minuto cuando las cosas se habían aflojado un poco. Ahora me están llamando por teléfono. Diles que esperen un minuto, Pitcher. ¿No lo hará, señorita Leslie? El taquígrafo actuó de manera muy extraña. Al principio pareció invadida por el asombro; Entonces las lágrimas brotaron de sus ojos asombrados; Y luego sonrió alegremente a través de ellos, y uno de sus brazos se deslizó tiernamente alrededor del cuello del corredor. — Ahora lo sé -dijo en voz baja-. "Es este viejo negocio el que ha sacado todo lo demás de tu cabeza por el momento. Al principio me asusté. ¿No te acuerdas, Harvey? Nos casamos anoche a las ocho en punto en la pequeña iglesia de la esquina.

XVI

La habitación amueblada

Inquieto, cambiante, fugaz como el tiempo mismo, es una gran parte de la población del distrito de ladrillos rojos del Lower West Side.

Sin hogar, tienen un centenar de casas. Revolotean de habitación amueblada en habitación amueblada, transeúntes para siempre, transeúntes en la morada, transeúntes en el corazón y la mente. Cantan 'Home Sweet Home' en ragtime; llevan sus lares et penates en una caja de música; su enredadera está enroscada alrededor de un sombrero de cuadro; Una planta de caucho es su higuera. De ahí que las casas de este distrito, habiendo tenido mil moradores, tengan mil historias que contar, en su mayoría aburridas, sin duda; Pero sería extraño que no se pudiera encontrar uno o dos fantasmas en la estela de todos estos fantasmas vagabundos. Una noche, después del anochecer, un joven merodeaba entre aquellas mansiones rojas que se desmoronaban, haciendo sonar sus campanas. A la duodécima apoyó su magro equipaje de mano sobre el escalón y se limpió el polvo de la banda del sombrero y de la frente. La campana sonó débil y lejana en algunas profundidades remotas y huecas. A la puerta de ésta, la duodécima casa cuyo timbre había tocado, llegó un ama de llaves que le hizo pensar en un gusano malsano y saciado que se había comido la nuez hasta convertirla en una cáscara hueca y ahora trataba de llenar la vacante con huéspedes comestibles. Preguntó si había una habitación para alquilar. —Entra —dijo el ama de llaves—. Su voz salió de su garganta; Su garganta parecía surcada de pelo. — Tengo el tercer piso de vuelta, vacío desde hace una semana. ¿Queréis echarle un vistazo? El joven la siguió escaleras arriba. Una tenue luz que no provenía de ninguna fuente en particular mitigaba las sombras de los pasillos. Pisaron silenciosamente la alfombra de una escalera a la que su propio telar habría renunciado. Parecía haberse convertido en vegetal; haber degenerado en ese rango, el aire sin sol a líquenes exuberantes o musgo que se extendía en parches hasta la escalera y era viscoso bajo el pie como materia orgánica. A cada vuelta de la escalera había nichos vacíos en la pared. Tal vez alguna vez se habían colocado plantas dentro de ellos. De ser así, habían muerto en ese aire fétido y contaminado. Es posible que las estatuas de los santos hubieran estado allí, pero no era difícil concebir que los diablillos y los demonios los hubieran arrastrado en la oscuridad hasta las profundidades impías de algún pozo amueblado que había debajo. —Esta es la habitación —dijo el ama de llaves, desde su garganta peluda—. — Es una habitación bonita. A menudo no está vacante. El verano pasado tuve a algunas personas muy elegantes, sin ningún problema, y pagué por adelantado al minuto. El agua está al final del pasillo. Sprowls y Mooney lo mantuvieron tres meses. Hicieron un sketch de vodevil. La señorita B'retta Sprowls, es posible que haya oído hablar de ella, oh, esos eran solo los nombres artísticos, justo allí, sobre el tocador, es donde colgaba el certificado de matrimonio, enmarcado. El gas está aquí, y ya ves

Hay un montón de espacio en el armario. Es una habitación que gusta a todo el mundo. Nunca permanece inactivo por mucho tiempo". —¿Hay mucha gente de teatro alojada aquí? —preguntó el joven—. Van y vienen. Una buena parte de mis huéspedes está relacionada con los teatros. Sí, señor, este es el distrito de los teatros. Los actores nunca se quedan mucho tiempo en ningún lado. Recibo mi parte. Sí, vienen y se van'. Alquiló la habitación, pagando una semana por adelantado. Estaba cansado, dijo, y tomaría posesión de inmediato. Contó el dinero. La habitación había sido preparada, dijo, incluso para toallas y agua. Cuando el ama de llaves se alejó, puso por milésima vez la pregunta que llevaba en la punta de la lengua. —Una muchacha joven, la señorita Vashner, la señorita Eloise Vashner, ¿se acuerda usted de una de esas entre sus huéspedes? Lo más probable es que estuviera cantando en el escenario. Una muchacha rubia, de mediana estatura y esbelta, con el pelo dorado rojizo y un lunar oscuro cerca de la ceja izquierda. — No, no recuerdo el nombre. La gente del escenario tiene nombres que cambian tan a menudo como sus habitaciones. Vienen y se van. No, no me acuerdo de eso. No. Siempre no. Cinco meses de interrogatorios incesantes y la inevitable negativa. Tanto tiempo dedicado al día a interrogar a directivos, agentes, escuelas y coros; Por la noche, entre el público de los teatros, desde elencos de estrellas hasta music-halls, tan bajo que temía encontrar lo que más esperaba. El que más la había amado había tratado de encontrarla. Estaba seguro de que, desde su desaparición de su hogar, esta gran ciudad ceñida por el agua la mantenía en alguna parte, pero era como una monstruosa arena movediza, moviendo sus partículas constantemente, sin fundamentos, y sus gránulos superiores de hoy enterrados mañana en cieno y limo. La habitación amueblada recibió a su último huésped con un primer resplandor de pseudo-hospitalidad, una bienvenida agitada, demacrada y superficial como la sonrisa engañosa de un demirep. El confort sofisticado se reflejaba en los reflejos de los muebles desvencijados, en la tapicería de brocado andrajoso de un sofá y dos sillas, en un cristal barato de un pie de ancho entre las dos ventanas, en uno o dos marcos dorados y en una cama de latón en un rincón. El huésped se reclinó, inerte, sobre una silla, mientras la habitación, confusa en el habla como si fuera un apartamento de Babel, trataba de hablarle de sus diversos inquilinos. Una alfombra policromática como una alfombra de flores brillantes, rectangular,

Un islote tropical yacía rodeado por un mar ondulante de esteras sucias. Sobre la pared empapelada de alegría estaban los cuadros que persiguen al vagabundo de casa en casa: Los amantes hugonotes, La primera pelea, El desayuno de bodas, Psique en la fuente. El contorno castamente severo de la repisa de la chimenea estaba velado sin gloria detrás de unas cortinas desgarradas dibujadas descaradamente torcidas como las fajas del ballet amazónico. Sobre ella había restos desolados abandonados por los abandonados de la habitación cuando una afortunada vela los había llevado a un puerto fresco: uno o dos jarrones insignificantes, fotos de actrices, un frasco de medicinas, algunas cartas perdidas de una baraja. Uno a uno, a medida que los caracteres de un criptógrafo se hacen explícitos, las pequeñas señales dejadas por la procesión de invitados de la habitación amueblada adquirieron un significado. El espacio raído en la alfombra frente a la cómoda indicaba que la encantadora mujer había marchado entre la multitud. Pequeñas huellas dactilares en la pared hablaban de pequeños prisioneros que intentaban sentir su camino hacia el sol y el aire. Una mancha salpicada, que brillaba como la sombra de una bomba que estallaba, atestiguaba el lugar donde un vaso o una botella arrojados se habían astillado con su contenido contra la pared. A través del muelle, el vidrio había sido garabateado con un diamante en letras asombrosas: el nombre «Marie». Parecía que la sucesión de moradores de la habitación amueblada se había vuelto furiosa, tal vez tentada más allá de lo tolerable por su chillona frialdad, y había descargado sobre ella sus pasiones. Los muebles estaban astillados y magullados; El diván, deformado por el estallido de los resortes, parecía un monstruo horrible que había sido asesinado durante la tensión de alguna convulsión grotesca. Una conmoción más potente había arrancado una gran tajada de la repisa de mármol. Cada tablón en el suelo poseía su canto y chillido particular como de una agonía separada e individual. Parecía increíble que toda esta malicia e injuria hubiera sido forjada en la habitación por aquellos que la habían llamado durante un tiempo su hogar; Y, sin embargo, puede haber sido el instinto hogareño engañado que sobrevivía ciegamente, la rabia resentida contra los falsos dioses domésticos lo que había encendido su ira. Una choza que es nuestra y que podemos barrer, adornar y apreciar. El joven inquilino de la silla permitió que estos pensamientos se filtraran, suavemente, a través de su mente, mientras se deslizaban por la habitación sonidos y aromas amueblados. Oyó en una habitación una risa temblorosa e incontinente; en otros, el monólogo de una reprimenda, el traqueteo de los dados, una canción de cuna y uno que llora aburridamente; Sobre él, un banjo tintineaba con espíritu. Las puertas se golpearon en alguna parte; los trenes elevados rugían intermitentemente; Un gato aullaba miserablemente sobre una valla trasera. Y respiró el aliento de la casa, un sabor húmedo más que un olor, un efluvio frío y mohoso como de

Las bóvedas subterráneas se mezclaban con las exhalaciones apesposas del linóleo y la carpintería enmohecida y podrida. Entonces, de repente, mientras descansaba allí, la habitación se llenó del fuerte y dulce olor de la mignonette. Llegaba como una sola ráfaga de viento con tal seguridad, fragancia y énfasis que casi parecía un visitante vivo. Y el hombre gritó en voz alta: «¿Qué, querido?», como si lo hubieran llamado, y se levantó de un salto y se dio la vuelta. El rico olor se adhirió a él y lo envolvió. Extendió los brazos hacia ella, con todos sus sentidos confundidos y mezclados. ¿Cómo podría uno ser llamado perentoriamente por un olor? Seguramente debe haber sido un sonido. Pero, ¿no era el sonido que lo había tocado, el que lo había acariciado? —Ha estado en esta habitación —exclamó, y saltó para arrancarle una señal, porque sabía que reconocería la cosa más pequeña que le hubiera pertenecido o que ella hubiera tocado. Este aroma envolvente de mignonette, el olor que ella había amado y hecho suyo, ¿de dónde venía? La habitación había sido ordenada descuidadamente. Esparcidas sobre el endeble pañuelo había media docena de horquillas, esas discretas e indistinguibles amigas de la mujer, femeninas de género, infinitas de humor y poco comunicativas de tiempo. A éstos los ignoró, consciente de su triunfante falta de identidad. Al rebuscar en los cajones de la cómoda, se encontró con un pañuelo desechado, diminuto y andrajoso. Se lo apretó contra la cara. Era picante e insolente con heliotropo; Lo tiró al suelo. En otro cajón encontró unos botones extraños, un programa de teatro, una tarjeta de prestamista, dos malvaviscos perdidos, un libro sobre la adivinación de los sueños. En la última había un lazo de raso negro para el pelo de una mujer, que lo detuvo, entre el hielo y el fuego. Pero el lazo de raso negro también es el adorno recatado, impersonal y común de la feminidad, y no cuenta cuentos. Y luego recorrió la habitación como un sabueso en busca de olfato, rozando las paredes, considerando las esquinas de la estera abultada en sus manos y rodillas, rebuscando en la repisa de la chimenea y las mesas, las cortinas y las cortinas, el gabinete borracho en la esquina, en busca de una señal visible incapaz de percibir que ella estaba allí al lado, alrededor, contra, dentro, por encima de él, aferrándose a él, cortejándolo, llamándolo tan conmovedoramente a través de los sentidos más sutiles que incluso los más groseros se dieron cuenta de la llamada. Una vez más contestó en voz alta: «¡Sí, querido!», y se volvió, con los ojos desorbitados, para contemplar el vacío, pues aún no podía discernir la forma, el color, el amor y los brazos extendidos en el olor de la mignonette. ¡Dios! ¿De dónde viene ese olor, y desde cuándo los olores tienen una voz que llamar? Así anduvo a tientas.

Escarbó en grietas y rincones, y encontró corchos y cigarrillos. A éstos los pasaba con pasivo desprecio. Pero una vez encontró en un pliegue de la estera un cigarro a medio fumar, y lo molió bajo su talón con un juramento verde y mordaz. Examinó la habitación de punta a punta. Encontró pequeños registros lúgubres e innobles de muchos inquilinos itinerantes; pero de aquella a quien buscaba, y que pudo haberse alojado allí, y cuyo espíritu parecía flotar allí, no encontró rastro. Y entonces pensó en el ama de llaves. Salió corriendo de la habitación embrujada de la planta baja y se dirigió a una puerta que mostraba un rayo de luz. Ella salió a su puerta. Sofocó su emoción lo mejor que pudo. —¿Queréis decirme, señora —le suplicó—, quién ocupaba la habitación que tengo antes de venir? —Sí, señor. Te lo puedo decir de nuevo. Eran Sprowls y Mooney, como ya he dicho. La señorita B'retta Sprowls estaba en los teatros, pero la señorita Mooney sí. Mi casa es bien conocida por su respetabilidad. El certificado de matrimonio colgaba, enmarcado, de un clavo... —¿Qué clase de dama era la señorita Sprowls, en apariencia, quiero decir? —Pues, de pelo negro, señor, bajito y corpulento, con una cara cómica. Se fueron hace una semana, el martes. —¿Y antes de que lo ocuparan? —Vaya, había un solo caballero relacionado con el negocio de los acarreos. Se fue debiéndome una semana. Antes de él estaba la señorita Crowder y sus dos hijos, que permanecieron cuatro meses; y detrás de ellos estaba el anciano señor Doyle, cuyos hijos pagaron por él. Mantuvo la habitación seis meses. Eso se remonta a un año atrás, señor, y no recuerdo más. Le dio las gracias y regresó a su habitación. La habitación estaba muerta. La esencia que lo había vivificado había desaparecido. El perfume de la mignonette se había ido. En su lugar estaba el olor viejo y rancio de los muebles mohosos de la casa, de la atmósfera almacenada. El menguamiento de su esperanza agotó su fe. Se sentó mirando fijamente la luz de gas amarilla y cantante. Pronto se acercó a la cama y comenzó a rasgar las sábanas en tiras. Con la hoja de su cuchillo los clavó con fuerza en todas las grietas alrededor de las ventanas y puertas. Cuando todo estuvo cómodo y tenso, apagó la luz, volvió a encender el gas y se tumbó agradecido en la cama.

•••••

Era la noche de la señora McCool para ir con la lata de cerveza. Así que fue a buscarlo y se sentó con la señora Purdy en uno de esos subterráneos

retiros donde las amas de casa se reúnen de antemano y el gusano rara vez muere. — Esta tarde he alquilado mi tercer piso —dijo la señora Purdy, cruzando un fino círculo de espuma—. "Un joven se lo llevó. Se acostó hace dos horas. —¿Y ahora, señora Purdy? —dijo la señora McCool con intensa admiración—. "Eres una maravilla para alquilar habitaciones de ese tipo. ¿Y se lo dijiste, entonces? -concluyó en un susurro ronco, cargado de misterio-. —Las habitaciones —dijo la señora Purdy, en su tono más peludo— están amuebladas para alquilar. No se lo dije, señora McCool. -Tiene razón, señora; Es por el alquiler de habitaciones que podemos vivir vivos. Tiene usted un raro sentido para los negocios, señora. Hay mucha gente que se quejará del alquiler de una habitación si se suicida después de morir en la cama de la misma. —Como usted dice, tenemos que ganarnos la vida —comentó la señora Purdy—. —Sí, señora; Es verdad. Hace solo un despertar este día te ayudé a colocar el tercer piso atrás. Un bonito desliz de colega que iba a estar matándose con el gas y una carita de que tenía, señora Purdy. —La habrían llamado guapa, como usted dice —dijo la señora Purdy, asintiendo pero criticando—, si no fuera por ese lunar que le crecía junto a la ceja izquierda. Vuelva a llenar su vaso, señora McCool.

XVII

El breve debut de Tildy

SI NO CONOCES Bogle's Chop House and Family Restaurant es tu pérdida. Porque si eres uno de los afortunados que cenan caro, deberías estar interesado en saber cómo consume la otra mitad las provisiones. Y si perteneces a la mitad para la que los cheques de los camareros son cosas de importancia, deberías conocer la de Bogle, porque allí obtienes el valor de tu dinero, al menos en cantidad. Bogle's está situado en esa autopista de la burguesía, en ese bulevar de Brown-Jones-y-Robinson, en la Octava Avenida. Hay dos filas de mesas en la sala, seis en cada fila. En cada mesa hay un soporte con ruedas, que contiene vinagreras de condimentos y temporadas. De la vinagrera de pimienta se puede sacudir una nube de algo insípido y melancólico, como polvo volcánico. Desde la salera se puede

—Muy triste —dice, juntando las puntas de sus dedos bien cuidados—. — Una muchacha totalmente incorregible. Soy el Oficial Especial Terrestre el Reverendo Jones. El caso me fue asignado a mí. La niña asesinó a su prometido y se suicidó. No tenía defensa. Mi informe al tribunal relata los hechos en detalle, todos los cuales están respaldados por testigos confiables. La paga del pecado es la muerte. Alabado sea el Señor'. El oficial de la corte abrió la puerta y salió. —Pobre muchacha —dijo el oficial terrestre especial, el reverendo Jones, con lágrimas en los ojos—. "Fue uno de los casos más tristes que he conocido. Por supuesto que estaba... —Dada de alta —dijo el agente del tribunal—. — Ven aquí, Jonesy. Lo primero que sabes es que te cambiarán al escuadrón de la tarta de marihuana. ¿Te gustaría estar en la fuerza misionera en las Islas de los Mares del Sur? Ahora, dejas de hacer estos arrestos falsos, o serás transferido, ¿ves? El culpable que hay que buscar en este caso es un hombre pelirrojo, sin afeitado, desaliñado, sentado junto a la ventana leyendo, con sus medias puestas, mientras sus hijos juegan en las calles. Muévete'. Ahora, ¿no era un sueño tonto?

XXXIII

La última hoja

En un pequeño distrito al oeste de Washington Square, las calles se han vuelto locas y se han dividido en pequeñas franjas llamadas "lugares". Estos "lugares" forman ángulos y curvas extrañas. Una calle se cruza una o dos veces. Un artista descubrió una vez una valiosa posibilidad en esta calle. Supongamos que un coleccionista con una factura de pinturas, papel y lienzos, al recorrer esta ruta, se encontrara de repente regresando, sin haber pagado un centavo a cuenta. De modo que, a la pintoresca y antigua Greenwich Village, la gente del arte no tardó en llegar merodeando, en busca de ventanas norte, frontones del siglo XVIII, áticos holandeses y alquileres bajos. Luego importaron algunas tazas de peltre y uno o dos platos de la Sexta Avenida, y se convirtieron en una "colonia". En la parte superior de un edificio de ladrillo de tres pisos, Sue y Johnsy tenían su estudio. 'Johnsy' era familiar para Joanna. Uno era de Maine, el otro de California. Se habían reunido en la mesa de huéspedes de un «Delmonico» de la calle Ocho, y encontraron sus gustos en la

El arte, la ensalada de achicoria y las mangas de obispo son tan agradables que el resultado fue el estudio conjunto. Eso fue en mayo. En noviembre, un extraño frío e invisible, a quien los médicos llamaban Neumonía, merodeaba por la colonia, tocando a uno aquí y allá con su dedo helado. En el East Side, este devastador caminaba audazmente, golpeando a sus víctimas por veintenas, pero sus pies caminaban lentamente a través del laberinto de los «lugares» estrechos y cubiertos de musgo. El señor Neumonía no era lo que se llamaría un viejo caballero caballeresco. Un ácaro de mujercita con sangre diluida por los céfiros californianos no era presa fácil para el viejo tonto de puño rojo y respiración corta. Pero a Johnsy lo hirió; y yacía, apenas moviéndose, en su cama de hierro pintado, mirando a través de los pequeños cristales holandeses de las ventanas el lado vacío de la siguiente casa de ladrillos. Una mañana, el atareado médico invitó a Sue a pasar al pasillo con una ceja gris y desgredada. — Tiene una oportunidad... digamos, diez -dijo, mientras sacudía el mercurio de su termómetro clínico-. "Y esa oportunidad es que ella quiera vivir. Esta forma en que la gente tiene que alinearse del lado de la funeraria hace que toda la farmacopea parezca tonta. Tu señorita ha decidido que no se va a curar. ¿Tiene algo en la cabeza? —Ella... quería pintar la bahía de Nápoles algún día —dijo Sue—. — ¿Pintura? -¡Bosh! ¿Tiene algo en la cabeza en lo que merezca la pena pensar dos veces, un hombre, por ejemplo? —¿Un hombre? —dijo Sue, con un acento de arpa judía en la voz. —¿Vale un hombre?, pero no, doctor; No hay nada de eso'. —Bueno, entonces es la debilidad —dijo el doctor—. "Haré todo lo que la ciencia, en la medida en que pueda filtrarse a través de mis esfuerzos, pueda lograr. Pero cada vez que mi paciente comienza a contar los carruajes de su cortejo fúnebre, le reste el 50 por ciento del poder curativo de las medicinas. Si consigues que te haga una pregunta sobre los nuevos estilos de invierno en mangas capa, te prometo una posibilidad entre cinco, en lugar de una entre diez. Después de que el médico se hubo ido, Sue entró en la sala de trabajo y lloró una servilleta japonesa hasta convertirla en pulpa. Luego entró pavoneándose en la habitación de Johnsy con su mesa de dibujo, silbando ragtime. Johnsy yacía, apenas haciendo una ondulación bajo las sábanas, con la cara hacia la ventana. Sue dejó de silbar, pensando que estaba dormida. Arregló su pizarra y comenzó a dibujar a pluma y tinta para

Ilustra un cuento de una revista. Los jóvenes artistas deben allanar su camino hacia el arte dibujando imágenes para las historias de revistas que los autores jóvenes escriben para allanar su camino hacia la literatura. Mientras Sue dibujaba un par de elegantes pantalones de montar a caballo y un monóculo sobre la figura del héroe, un vaquero de Idaho, escuchó un sonido bajo, repetido varias veces. Se acercó rápidamente a la cama. Los ojos de Johnsy estaban muy abiertos. Miraba por la ventana y contaba, contaba hacia atrás. «Doce», dijo, y un poco más tarde, «once»; y luego 'diez' y 'nueve'; y luego 'ocho' y 'siete', casi juntos. Sue miró solícita por la ventana. ¿Qué había que contar? Sólo se veía un patio desnudo y lúgubre, y el lado vacío de la casa de ladrillos a veinte pies de distancia. Una vieja, vieja enredadera de hiedra, retorcida y podrida de raíz, trepaba hasta la mitad de la pared de ladrillos. El frío aliento del otoño había arrancado las hojas de la vid hasta que sus ramas esqueléticas se aferraron, casi desnudas, a los ladrillos desmoronados. —¿Qué pasa, querida? —preguntó Sue. —Seis —dijo Johnsy, casi en un susurro—. "Ahora están cayendo más rápido. Hace tres días eran casi un centenar. Me dolía la cabeza contarlos. Pero ahora es fácil. Ahí va otro. Ahora solo quedan cinco". —¿Cinco qué, querido? Díselo a tu Sudie. — Hojas. En la enredadera de hiedra. Cuando caiga el último, yo también debo irme. Lo sé desde hace tres días. ¿No te lo dijo el médico? —Oh, nunca había oído hablar de semejantes tonterías —se quejó Sue con magnífico desdén—. ¿Qué tienen que ver las viejas hojas de hiedra con tu recuperación? Y tú solías amar esa enredadera así, niña traviesa. No seas un ganso. Bueno, el médico me dijo esta mañana que sus posibilidades de recuperarse muy pronto eran, veamos exactamente lo que dijo, ¡dijo que las posibilidades eran de diez a uno! Vamos, esa es una oportunidad casi tan buena como la que tenemos en Nueva York cuando viajamos en los tranvías o pasamos por delante de un edificio nuevo. Intenta tomar un poco de caldo ahora, y deja que Sudie vuelva a su dibujo, para que pueda venderlo al editor y comprar vino de Oporto para su hijo enfermo y chuletas de cerdo para su yo codicioso. —No hace falta que traigas más vino —dijo Johnsy, sin apartar los ojos de la ventana—. Ahí va otro. No, no quiero caldo. Eso deja solo cuatro. Quiero ver caer el último antes de que oscurezca. Entonces yo también iré'.

—Johnsy, querida —dijo Sue, inclinándose sobre ella—, ¿me prometes que mantendré los ojos cerrados y que no miraré por la ventana hasta que termine de trabajar? Debo entregar esos dibujos mañana. Necesito la luz o bajaría la persiana. —¿No podrías dibujar en la otra habitación? —preguntó Johnsy con frialdad. —Preferiría estar aquí contigo —dijo Sue—. Además, no quiero que sigas mirando esas tontas hojas de hiedra. —Dímelo tan pronto como hayas terminado —dijo Johnsy, cerrando los ojos y quedando blanca e inmóvil como una estatua caída—, porque quiero ver caer a la última. Estoy cansado de esperar. Estoy cansado de pensar. Quiero soltar mi control de todo, e ir navegando hacia abajo, hacia abajo, como una de esas pobres y cansadas hojas. — Intenta dormir -dijo Sue-. Debo llamar a Behrman para que sea mi modelo para el viejo minero ermitaño. No me iré ni un minuto. No trates de moverte hasta que vuelva'. El viejo Behrman era un pintor que vivía en la planta baja, debajo de ellos. Tenía más de sesenta años y una barba de Moisés de Miguel Ángel que se enroscaba desde la cabeza de un sátiro hasta el cuerpo de un diablillo. Behrman fue un fracaso en el arte. Cuarenta años había empuñado el pincel sin acercarse lo suficiente como para tocar el dobladillo de la túnica de su señora. Siempre había estado a punto de pintar una obra maestra, pero aún no la había empezado. Durante varios años no había pintado nada, excepto de vez en cuando un embadurnado en el ramo del comercio o la publicidad. Ganaba un poco sirviendo de modelo a aquellos jóvenes artistas de la colonia que no podían pagar el precio de un profesional. Bebía ginebra en exceso, y todavía hablaba de su próxima obra maestra. Por lo demás, era un viejecito feroz, que se burlaba terriblemente de la blandura de cualquiera, y que se consideraba a sí mismo como un mastín especial para proteger a los dos jóvenes artistas del estudio de arriba. Sue encontró a Behrman oliendo fuertemente a bayas de enebro en su guarida de abajo, tenuemente iluminada. En un rincón había un lienzo en blanco sobre un caballete que había estado esperando allí durante veinticinco años para recibir la primera línea de la obra maestra. Le habló de la fantasía de Johnsy y de cómo temía que, de hecho, ligera y frágil como una hoja, se alejara flotando cuando su ligero control sobre el mundo se debilitara. El viejo Behrman, con sus ojos rojos que brillaban claramente, gritó su desprecio y burla por tan estúpidas imaginaciones. —¡Vass! —exclamó—. ¿Es que la gente del mundo es una tontería que muere porque las hojas caen de una vid confusa? Yo no he oído hablar de tal cosa. No, no voy a ser un modelo para tu estúpido ermitaño. ¿Permites que el tonto entre en el prain de ella? Ajá, pobre señorita Yohnsy.

—Está muy enferma y débil —dijo Sue—, y la fiebre le ha dejado la mente mórbida y llena de extrañas fantasías. Muy bien, señor Behrman, si no quiere posar para mí, no tiene por qué hacerlo. Pero creo que eres un viejo horrible, un viejo patíbulo. "¡Eres como una mujer!", gritó Behrman. ¿Quién dijo que no iba a tener boste? Sigue. Vengo contigo. Durante media hora he estado tratando de decir punto, estoy listo para boste. ¡Gott! No hay ninguna duda en la que alguien tan tonto como la señorita Yohnsy caiga enferma. Algún día tendré una obra maestra, y todo se irá a la basura. ¡Gott! Sí'. Johnsy estaba durmiendo cuando subieron las escaleras. Sue bajó la persiana hasta el alféizar de la ventana e hizo señas a Behrman para que pasara a la otra habitación. Allí se asomaron temerosos a la enredadera de hiedra. Luego se miraron un momento sin hablar. Caía una lluvia persistente y fría, mezclada con nieve. Behrman, con su vieja camisa azul, se sentó como el minero ermitaño en una tetera volteada para una roca. Cuando Sue despertó de una hora de sueño a la mañana siguiente, encontró a Johnsy con los ojos apagados y muy abiertos, mirando fijamente la cortina verde dibujada. '¡Súbelo! Quiero ver -ordenó en un susurro-. Cansada, Sue obedeció. Pero, ¡he aquí! Después de la lluvia y las feroces ráfagas de viento que habían perdurado durante toda la noche, aún se destacaba contra la pared de ladrillo una hoja de hiedra. Era el último en la vid. Todavía de color verde oscuro cerca de su tallo, pero con sus bordes dentados teñidos con el amarillo de la disolución y la descomposición, colgaba valientemente de una rama a unos veinte pies del suelo. —Es la última —dijo Johnsy—. "Pensé que seguramente caería durante la noche. Escuché el viento. Caerá hoy, y yo moriré al mismo tiempo. -¡Querida, querida! -dijo Sue, inclinando su rostro gastado hacia la almohada-. Piensa en mí, si no quieres pensar en ti mismo. ¿Qué iba a hacer?'. Pero Johnsy no respondió. La cosa más solitaria en todo el mundo es un alma cuando se está preparando para emprender su misterioso y lejano viaje. La fantasía parecía poseerla con más fuerza a medida que se iban soltando uno a uno los lazos que la unían a la amistad y a la tierra. El día transcurría, e incluso a través del crepúsculo podían ver la solitaria hoja de hiedra aferrada a su tallo contra la pared. Y luego, con la llegada de la noche, el viento del norte se aflojó de nuevo, mientras la lluvia seguía golpeando las ventanas y golpeando desde los bajos aleros holandeses.

Cuando hubo suficiente luz, Johnsy, el despiadado, ordenó que se levantara la sombra. La hoja de hiedra todavía estaba allí. Johnsy permaneció largo rato mirándolo. Y luego llamó a Sue, que estaba revolviendo su caldo de pollo sobre la estufa de gas. — He sido una chica mala, Sudie -dijo Johnsy-. "Algo ha hecho que la última hoja se quede allí para mostrarme lo malvado que era. Es pecado querer morir. Puedes traerme ahora un poco de caldo, y un poco de leche con un poco de oporto, y... no; Tráeme primero un espejo de mano; y luego empaca algunas almohadas alrededor de mí, y me sentaré y te veré cocinar'. Una hora más tarde me dijo: "Sudie, algún día espero pintar la bahía de Nápoles". El médico llegó por la tarde, y Sue tuvo una excusa para salir al pasillo mientras él se iba. —Incluso posibilidades —dijo el doctor, hablando de la mano delgada y temblorosa de Sue entre las suyas—. "Con una buena enfermería ganarás. Y ahora tengo que ver otro caso que tengo abajo. Behrman, su nombre es... una especie de artista, creo. La neumonía, también. Es un hombre viejo y débil, y el ataque es agudo. No hay esperanza para él; pero hoy va al hospital para que le pongan más cómodo. Al día siguiente, el médico le dijo a Sue: "Está fuera de peligro. Has ganado. Nutrición y cuidado ahora, eso es todo". Y esa tarde Sue se acercó a la cama donde yacía Johnsy, tejiendo contenta una bufanda de lana muy azul y muy inútil, y la rodeó con un brazo, con almohadas y todo. —Tengo algo que decirte, ratón blanco —dijo—. "El señor Behrman murió hoy de neumonía en el hospital. Estuvo enfermo solo dos días. El conserje lo encontró en la mañana del primer día en su habitación de la planta baja, indefenso por el dolor. Sus zapatos y ropa estaban completamente mojados y helados. No podían imaginar dónde había estado en una noche tan terrible. Y entonces encontraron una linterna, aún encendida, y una escalera que había sido arrastrada de su lugar, y algunos pinceles desperdigados, y una paleta con colores verdes y amarillos mezclados, y miren por la ventana, querida, la última hoja de hiedra en la pared. ¿No te has preguntado por qué nunca revoloteaba ni se movía cuando soplaba el viento? Ah, cariño, es la obra maestra de Behrman, la pintó allí la noche en que cayó la última hoja.

En ese momento, Thomas se movió vacilante en su asiento, y pensativo sintió una o dos abrasiones en las rodillas y los codos. —Dime, Annie —dijo confidencialmente—, tal vez sea uno de los últimos sueños de la bebida, pero tengo una especie de recuerdo de haber viajado en un automóvil con un tipo hinchado que me llevó a una casa llena de águilas y luces de arco. Me dio de comer galletas y aire caliente, y luego me pateó por los escalones de la entrada. Si fuera por los d't, ¿por qué me duele tanto?'. —Cállate, tonta —dijo Annie—. —Si pudiera encontrar la casa de ese tipo gracioso —dijo Thomas, para concluir—, iría allí algún día y le daría un puñetazo en la nariz.

XLVII

El poeta y el campesino

El otro día un poeta amigo mío, que ha vivido en estrecha comunicación con la naturaleza toda su vida, escribió un poema y se lo llevó a un editor. Era una pastoral viva, llena del aliento genuino de los campos, el canto de los pájaros y el agradable parloteo de los arroyos. Cuando el poeta volvió a llamar para ver si lo hacía, con la esperanza de una cena de bistec en su corazón, se lo devolvieron con el comentario: «Demasiado artificial». Varios de nosotros nos reunimos con espaguetis y chianti del condado de Dutchess, y nos tragamos la indignación con los bocados resbaladizos. Y allí cavamos un hoyo para el editor. Con nosotros estaba Conant, un escritor de ficción bien llegado, un hombre que había pisado el asfalto toda su vida, y que nunca había contemplado escenas bucólicas excepto con sensaciones de disgusto desde las ventanillas de los trenes expresos. Conant escribió un poema y lo llamó 'La cierva y el arroyo'. Era un buen ejemplar de la clase de trabajo que cabría esperar de un poeta que se había extraviado con Amarilis sólo hasta las ventanas de la floristería, y cuya única discusión ornitológica había tenido lugar con un camarero. Conant firmó este poema y se lo enviamos al mismo editor. Pero esto tiene muy poco que ver con la historia. Justo cuando el editor estaba leyendo el primer verso del poema, a la mañana siguiente, un ser tropezó con el transbordador de West Shore y avanzó lentamente por la calle Cuarenta y dos. El invasor era un joven de ojos celestes,

labios y cabellos del color exacto de la pequeña huérfana (que más tarde se descubrió que era la hija del conde) en una de las obras de teatro del señor Blaney. Sus pantalones eran de pana, su abrigo de manga corta, con botones en medio de la espalda. Un contrabando estaba fuera de las panas. Mirabas expectante, aunque en vano, su sombrero de paja en busca de agujeros para las orejas, y su forma inauguraba la sospecha de que había sido devastado por un antiguo propietario equino. En su mano tenía una valija: describirla es una tarea imposible; un hombre de Boston no habría llevado su almuerzo y sus libros de derecho a su oficina en ella. Y sobre una oreja, en su cabello, había una brizna de heno: la carta de crédito del rústico, su insignia de inocencia, el último toque aferrado del Jardín del Edén que persistía para avergonzar a los hombres de ladrillos de oro. A sabiendas, sonriendo, la multitud de la ciudad pasó junto a él. Vieron al extraño en bruto pararse en la cuneta y estirar el cuello hacia los altos edificios. Al oír esto, dejaron de sonreír, y ni siquiera de mirarle. Se había hecho tantas veces. Unos cuantos echaron un vistazo a la antigua maleta para ver qué «atracción» o marca de chicle de Coney podía estar comiendo en su memoria. Pero en su mayor parte fue ignorado. Hasta los vendedores de periódicos parecían aburridos cuando se escabullía como un payaso de circo fuera del camino de los taxis y los tranvías. En la Octava Avenida estaba «Bunco Harry», con su bigote teñido y sus ojos brillantes y bondadosos. Harry era demasiado buen artista para no sentirse dolido al ver a un actor exagerando su papel. Se acercó al campesino, que se había detenido a abrir la boca en el escaparate de una joyería, y negó con la cabeza. —Demasiado grueso, amigo —dijo críticamente—, demasiado grueso por un par de pulgadas. No sé cuál es tu laico; pero tienes las propiedades demasiado gruesas. Ese heno, ahora... bueno, ya ni siquiera lo permiten en el circuito de Proctor. —No le entiendo, señor —dijo el verde—. "No busco ningún circo. Acabo de bajar corriendo desde el condado de Ulster para ver la ciudad, ya que el heno ha terminado. ¡Dios! Pero es una barbaridad. Pensé que Poughkeepsie era un poco tonto; Pero esta ciudad es cinco veces más grande. —Oh, bueno —dijo Bunco Harry, enarcando las cejas—, no era mi intención meterme. No hace falta que lo digas. Pensé que debías bajar un poco el tono, así que traté de hacerte sabia. Le deseo éxito en su injerto, sea cual sea. Ven a tomar una copa, de todos modos. "No me importaría tomarme un vaso de cerveza lager", reconoció el otro. Fueron a un café frecuentado por hombres de rostros suaves y ojos saltones, y se sentaron a tomar sus bebidas.

—Me alegro de haberme cruzado con usted, señor —dijo Haylocks—. '¿Te gustaría jugar un partido o dos de seven-up? Yo tengo los keards'. Los sacó de la maleta de Noé, una baraja rara e inimitable, grasienta con las cenizas de tocino y sucia con la tierra de los maizales. 'Bunco Harry' se rió fuerte y brevemente. — No para mí, deporte -dijo con firmeza-. "No voy en contra de esa composición tuya ni por un centavo. Pero sigo diciendo que te has excedido. Los Reub no se han vestido así desde 1979. Dudo que pudieras trabajar en Brooklyn por un reloj de cuerda con esa disposición. —Oh, no tienes por qué pensar que no tengo el dinero —se jactó Haylocks—. Sacó una masa bien enrollada o billetes del tamaño de una taza de té, y los puso sobre la mesa. — Lo tengo por mi parte de la granja de la abuela -anunció-. "Hay 950 dólares en ese rollo. Pensé que vendría a la ciudad y buscaría un negocio al que dedicarme. "Bunco Harry" tomó el rollo de dinero y lo miró casi con respeto en sus ojos sonrientes. "He visto cosas peores", dijo críticamente. Pero nunca lo harás con esa ropa. Quieres conseguir unos zapatos de color marrón claro, un traje negro y un sombrero de paja con una banda de colores, y hablar mucho de Pittsburg y de los diferenciales de flete, y beber jerez para desayunar con cosas falsas como esa. «¿Cuál es su línea?», preguntaron dos o tres hombres de «Bunco Harry» después de que Haylocks hubo recogido su dinero y se marchó. —El raro, supongo —dijo Harry—. O si no, es uno de los hombres de Jerónimo. O un tipo con un nuevo injerto. Es demasiada semilla de heno. Tal vez su... me pregunto ahora... oh no, no podría haber sido dinero real. Haylocks siguió deambulando. Es probable que la sed lo asaltara de nuevo, porque se zambulló en un oscuro supermercado en una calle lateral y compró cerveza. Varios tipos siniestros colgaban de un extremo de la barra. Al verlo por primera vez, sus ojos se iluminaron; pero cuando su insistente y exagerada rusticidad se hizo evidente, sus expresiones se transformaron en cautelosa sospecha. Haylocks balanceó su maleta sobre la barra. —Guárdeme eso un rato, señor —dijo, masticando la punta de un virulento cigarro de arcilla—. Volveré después de hacer un hechizo. Y no le pierdas de vista, porque hay 950 dólares dentro, aunque tal vez no lo pienses si me miras. En algún lugar del exterior, un fonógrafo tocó una pieza de banda, y Haylocks se puso en marcha, con los botones de la cola de la chaqueta colgando en medio de su espalda.

— ¿Divvy? Mike -dijeron los hombres que estaban colgados de la barra, guiñándose abiertamente el uno al otro—. —Sinceramente, ahora —dijo el camarero, apartando la maleta de una patada—. — No crees que caería en eso, ¿verdad? Cualquiera puede ver que no es un arrendajo. Uno de los miembros del equipo de McAdoo, supongo. Es un brillo si se maquilla. No hay ninguna parte del país donde se vistan así, ya que realizan entregas rurales gratuitas a Providence, Rhode Island. Si tiene nueve y cincuenta en esa maleta, es un Waterbury de noventa y ocho centavos que se detiene a las diez menos diez. Cuando Haylocks hubo agotado los recursos del señor Edison para divertirse, regresó a por su maleta. Y luego, por Broadway, galopó, seleccionando las vistas con sus ansiosos ojos azules. Pero aún así y siempre Broadway lo rechazó con miradas cortantes y sonrisas sardónicas. Era el más antiguo de los "gags" que la ciudad debía soportar. Era tan flagrantemente imposible, tan ultrarústico, tan exagerado más allá de los productos más extravagantes del corral, del campo de heno y del escenario del vodevil, que sólo despertaba cansancio y sospecha. Y la brizna de heno de su pelo era tan genuina, tan fresca y con olor a praderas, tan clamorosamente rural, que incluso un mariscador habría dejado sus guisantes y doblado su mesa al verlo. Haylocks se sentó en un tramo de escalones de piedra y una vez más exhumó su rollo de lomos amarillos de la maleta. Al de fuera, un veinte, se quitó el sombrero e hizo una seña a un vendedor de periódicos. —Hijo —le dijo—, corre a alguna parte y haz que me cambies esto. Estoy muy cerca de quedarme sin alimento para pollos; Supongo que te darán un centavo si te das prisa. Una mirada de dolor apareció a través de la suciedad en el rostro del noticiero. —¡Ay, watchert'ink! G'wan y que tu graciosa factura te cambie. No hay ropa de granja que te pongas. G'wan wit yer dinero de escenario'. En una esquina descansaba un timonel de ojos agudos para una casa de juego. Vio a Haylocks, y su expresión de repente se volvió fría y virtuosa. —Señor —dijo el rural—. He oído hablar de lugares en esta ciudad donde un tipo podría jugar una buena partida de trineo viejo o jugar una carta al keno. Tengo 950 dólares en esta maleta, y vengo desde el viejo Ulster para ver los lugares de interés. ¿Sabes dónde podría obtener acción un becario por unos 9 o 10 dólares? Voy a hacer algo de deporte, y luego tal vez compre un negocio de algún tipo. El timonel parecía adolorido e investigó una mancha blanca en la uña de su dedo índice izquierdo. —Hágalo, viejo —murmuró en tono de reproche—. «La Central

La oficina debe ser una casa de insectos para enviarte a lucir como un gillie. No podías acercarte a dos cuadras de un juego de dados en la acera con esos accesorios de Tony Pastor. El reciente Mr. Scotty del Valle de la Muerte te ha hecho vencer a una cuadra de la ciudad en el camino de la escenografía isabelina y los accesorios mecánicos. Deja que sea skiddoo para los tuyos. No, no conozco salones dorados donde se pueda apostar una patrulla al as. Rechazado de nuevo por la gran ciudad que es tan rápida para detectar artificialidades, Haylocks se sentó en la acera y presentó sus pensamientos para celebrar una conferencia. -Es mi ropa -dijo-; Si no lo es. Piensan que soy una semilla de heno y que no tendrán nada que ver conmigo. Nadie se burló nunca de este sombrero en el condado de Ulster. Supongo que si quieres que la gente se fije en ti en Nueva York, tienes que vestirte como ellos. Así que Haylocks fue de compras a los bazares, donde los hombres hablaban por la nariz y se frotaban las manos, y pasaban la cinta extasiada por el bulto de su bolsillo interior, donde reposaba una protuberancia roja de maíz con un número par de filas. Y mensajeros con paquetes y cajas acudieron a su hotel en Broadway bajo las luces de Long Acre. A las nueve de la noche descendió a la acera uno de los que el condado del Ulster habría renunciado. De color canela brillante eran sus zapatos; Su sombrero es el último bloque. Sus pantalones gris claro estaban profundamente arrugados; un alegre pañuelo de seda azul colgaba del bolsillo del pecho de su elegante casaca inglesa. Su cuello podría haber adornado la ventana de una lavandería; su cabello rubio estaba bien recortado; La brizna de heno había desaparecido. Por un instante se quedó de pie, resplandeciente, con el aire pausado de un bulevar que preparaba en su mente la ruta de sus placeres nocturnos. Y luego dobló por la calle alegre y luminosa con el paso fácil y elegante de un millonario. Pero en el instante en que se había detenido, los ojos más sabios y agudos de la ciudad lo habían envuelto en su campo de visión. Un hombre corpulento de ojos grises recogió a dos de sus amigos con un levantamiento de cejas de la hilera de tumbonas frente al hotel. —El arrendajo más jugoso que he visto en seis meses —dijo el hombre de ojos grises—. —Vamos. Eran las once y media cuando un hombre entró al galope en la comisaría de policía de la calle Cuarenta y siete Oeste con la historia de sus errores. —Novecientos cincuenta dólares —jadeó—, toda mi parte de la granja de la abuela. El sargento le arrancó el nombre de Jabez Bulltongue,

de Locust Valley Farm, en el condado de Ulster, y luego comenzó a tomar descripciones de los caballeros de mano dura. Cuando Conant fue a ver al editor sobre el destino de su poema, fue recibido por encima de la cabeza del oficinista en la oficina interior que está decorada con las estatuillas de Rodin y J. G. Brown. "Cuando leí la primera línea de "La cierva y el arroyo", dijo el editor, "supe que era la obra de alguien cuya vida ha sido de corazón a corazón con la naturaleza. El arte acabado de la línea no me cegó ante ese hecho. Para usar una comparación un tanto hogareña, era como si un niño salvaje y libre de los bosques y los campos se pusiera el atuendo de la moda y caminara por Broadway. Debajo de la ropa, el hombre se mostraría. —Gracias —dijo Conant—. —Supongo que el cheque estará a la venta el jueves, como de costumbre. La moraleja de esta historia se ha mezclado de alguna manera. Puedes elegir entre 'Quédate en la granja' o 'No escribas poesía'.

XLVIII

La cosa es la obra

Estando familiarizado con un reportero de un periódico que tenía un par de pases gratis, pude ver la actuación hace unas noches en una de las populares casas de vodevil. Uno de los números era un solo de violín de un hombre de aspecto llamativo que no pasaba de los cuarenta, pero con el pelo muy gris y espeso. Como no me afligía el gusto por la música, dejé que el sistema de ruidos pasara por delante de mis oídos mientras miraba al hombre. —Hace uno o dos meses se me contó una historia sobre ese tipo —dijo el periodista—. "Me dieron el encargo. Iba a dirigir una columna e iba a estar en el orden extremadamente ligero y bromista. Al anciano parece gustarle el toque gracioso que le doy a los acontecimientos locales. Oh, sí, ahora estoy trabajando en una comedia de farsa. Bueno, bajé a la casa y conseguí todos los detalles; pero ciertamente me caí en ese trabajo. Volví y entregué un artículo cómico de un funeral en el East Side. ¿Por qué? Oh, parecía que no podía agarrarlo con mis ganchos divertidos, de alguna manera. Tal vez podrías hacer una tragedia de un solo acto para abrir el telón. Te daré los detalles'. Después de la actuación, mi amigo, el reportero, me contó los hechos sobre el Würzburger.

Música de un violín. La bruja, la música, hechiza a algunos de los más nobles. Los daws pueden picotear la manga de uno sin herirse, pero quien lleva su corazón en el tímpano lo recibe no lejos del cuello. Esta música y el músico la llamaron, y a su lado el honor y el antiguo amor la detuvieron. "Perdóname", suplicó. "Veinte años es mucho tiempo para permanecer lejos de la persona que dices amar", declaró, con un toque purgatorial. '¿Cómo podría saberlo?', suplicó. "No te ocultaré nada. Esa noche, cuando se fue, lo seguí. Estaba loco de celos. En una calle oscura lo golpeé. No se levantó. Lo examiné. Su cabeza había chocado contra una piedra. No tenía la intención de matarlo. Estaba loco de amor y celos. Me escondí cerca y vi cómo se lo llevaban una ambulancia. Aunque te casaste con él, Helen... -¿Quién eres? -exclamó la mujer, con los ojos muy abiertos, arrebatándole la mano. —¿No te acuerdas de mí, Helen, la que siempre te ha amado más? Soy John Delaney. Pero ella se había ido, saltando, tropezando, apresurándose, volando escaleras arriba hacia la música y hacia él que la había olvidado, pero que la había conocido por la suya en cada una de sus dos existencias, y mientras subía sollozaba, lloraba y cantaba: «¡Frank! ¡Franco! ¡Franco!» Tres mortales haciendo malabarismos con los años como si fueran bolas de billar, ¡y mi amigo, el reportero, no podía ver nada gracioso en ello!

XLIX

Un paseo por la afasia

Mi esposa y yo nos separamos esa mañana exactamente de la manera acostumbrada. Dejó su segunda taza de té para seguirme hasta la puerta principal. Allí me arrancó de la solapa el hilo invisible de pelusa (el acto universal de la mujer de proclamar la propiedad) y me ordenó que me cuidara el resfriado. No tenía resfriado. Luego vino su beso de despedida, el beso nivelado de la domesticidad con sabor a Young Hyson. No le temía a lo extemporáneo, a la variedad condimentando su infinita costumbre. Con el toque hábil de una larga mala praxis, me frotó el alfiler de la bufanda; y luego, al cerrar la puerta, oí sus pantuflas matutinas repiqueteando al ritmo de su té frío.

Cuando me puse en marcha no tenía ningún pensamiento o premonición de lo que iba a ocurrir. El ataque se produjo de repente. Durante muchas semanas había estado trabajando, casi día y noche, en un famoso caso de derecho ferroviario que gané triunfalmente unos días antes. De hecho, había estado hurgando en la ley casi sin cesar durante muchos años. Una o dos veces me lo había advertido el buen doctor Volney, mi amigo y médico. —Si no aflojas, Bellford —dijo—, de repente te harás pedazos. Tus nervios o tu cerebro cederán. Dígame, ¿pasa una semana en la que usted no lea en los periódicos un caso de afasia, de un hombre perdido, vagando sin nombre, con su pasado y su identidad borrados, y todo por ese pequeño coágulo cerebral hecho por el exceso de trabajo o la preocupación? —Siempre he pensado —dije— que el coágulo en esos casos se encontraba realmente en el cerebro de los reporteros de los periódicos. El doctor Volney negó con la cabeza. "La enfermedad existe", dijo. "Necesitas un cambio o un descanso. Sala del tribunal, oficina y hogar: es la única ruta que se recorre. Para recrearse, lea libros de leyes. Es mejor que avises a tiempo. —Los jueves por la noche —dije a la defensiva—, mi mujer y yo jugamos al cribbage. Los domingos me lee la carta semanal de su madre. Que los libros de derecho no son una recreación aún no se ha establecido". Aquella mañana, mientras caminaba, pensaba en las palabras del doctor Volney. Me sentía tan bien como de costumbre, posiblemente de mejor humor que de costumbre. Me desperté con los músculos rígidos y acalambrados por haber dormido mucho tiempo en el incómodo asiento de un vagón de día. Apoyé la cabeza en el asiento y traté de pensar. Después de mucho tiempo me dije a mí mismo: 'Debo tener algún tipo de nombre'. Busqué en mis bolsillos. No es una tarjeta; no una carta; no pude encontrar ni un papel ni un monograma. Pero encontré en el bolsillo de mi abrigo casi \$3,000 en billetes de gran denominación. «Debo de ser alguien, por supuesto», me repetí a mí mismo, y empecé de nuevo a reflexionar. El coche estaba abarrotado de hombres, entre los cuales me dije que debía de haber algún interés común, porque se mezclaban libremente y parecían estar de muy buen humor y buen humor. Uno de ellos, un caballero corpulento y con gafas, envuelto en un decidido olor a canela y áloe, ocupó la mitad vacía de mi asiento con un gesto amistoso de asentimiento y desdobló un periódico. En los intervalos entre sus períodos de lectura, conversamos, como lo hacen los viajeros, sobre

Asuntos. Me encontré capaz de sostener la conversación sobre tales temas con crédito, al menos hasta donde yo recuerdo. Al cabo de un rato mi compañero me dijo: "Eres uno de los nuestros, por supuesto. Buen grupo de hombres los que Occidente envía en esta ocasión. Me alegro de que hayan celebrado la convención en Nueva York; Nunca antes había estado en el Este. Mi nombre es R. P. Bolder, Bolder & Son, de Hickory Grove, Missouri. Aunque no estaba preparada, me puse a la altura de la emergencia, como lo hacen los hombres cuando se les presenta. Ahora debo celebrar un bautizo, y ser a la vez bebé, párroco y padre. Mis sentidos acudieron al rescate de mi cerebro más lento. El insistente olor a droga de mi compañero me dio una idea; Una ojeada a su periódico, donde mis ojos se encontraron con un anuncio llamativo, me ayudó aún más. —Me llamo —dije con ligereza— es Edward Pinkhammer. Soy farmacéutico y mi casa está en Cornopolis, Kansas. —Sabía que usted era farmacéutico —dijo afablemente mi compañero de viaje—. "Vi la mancha callosa en tu dedo índice derecho donde roza el mango del mortero. Por supuesto, usted es un delegado a nuestra Convención Nacional". —¿Son todos estos hombres boticarios? —pregunté con asombro. — Lo son. Este coche vino de Occidente. Y también son los farmacéuticos de antaño, ninguno de los farmacéuticos de tabletas y gránulos de patente que usan máquinas tragamonedas en lugar de un mostrador de recetas. Percolamos nuestro propio paregórico y enrollamos nuestras propias píldoras, y no estamos por encima de manipular algunas semillas de jardín en la primavera y llevar una línea lateral de dulces y zapatos. Te digo, Hampinker, que tengo una idea para aprovechar esta convención: lo que quieren son nuevas ideas. Ahora, ya conoces los frascos de estantería de tártaro emético y sal de Rochelle Ant. et Pot. Tarta. y Sod. et Pot. Tarta. - Uno es venenoso, ya sabes, y el otro es inofensivo. Es fácil confundir una etiqueta con la otra. ¿Dónde los guardan los farmacéuticos? Por qué, lo más separados posible, en diferentes estantes. Eso está mal. Yo digo que los mantengas uno al lado del otro para que cuando quieras uno siempre puedas compararlo con el otro y evitar errores. ¿Entiendes la idea? —Me parece muy buena —dije—. — ¡Muy bien! Cuando lo pongo en la convención, lo respaldas. Haremos que algunos de estos profesores orientales de fosfato de naranja y crema de masaje que creen que son las únicas pastillas del mercado parezcan pastillas hipodérmicas. —Si puedo ayudarte —dije, calentándome—, las dos botellas de... —Tartrato de antimonio y potasa, y tartrato de sosa y potasa.

—De ahora en adelante se sentarán uno al lado del otro —concluí con firmeza—. —Ahora hay otra cosa —dijo el señor Bolder—. "Para un excipiente en la manipulación de una masa de píldoras, ¿qué prefieres, el carbonato de magnesia o la glicerriza radix pulverizada?" —La magnesia —dije—. Era más fácil de decir que la otra palabra. El señor Bolder me miró con desconfianza a través de sus gafas. —Dame la glicarriza —dijo—. 'Pasteles de magnesia'. —He aquí otro de esos falsos casos de afasia —dijo, entregándome el periódico y poniendo el dedo sobre un artículo—. "No creo en ellos. Considero que nueve de cada diez de ellos son fraudes. Un hombre se cansa de su negocio y de su gente y quiere pasar un buen rato. Salta a algún lugar, y cuando lo encuentran, finge haber perdido la memoria: no sabe su propio nombre y ni siquiera reconoce la marca de fresa en el hombro izquierdo de su esposa. ¡Afasia! ¡Tut! ¿Por qué no pueden quedarse en casa y olvidar?". Tomé el periódico y leí, después de los titulares picantes, lo siguiente: "DENVER, 12 de junio. - Elwyn C. Bellford, un prominente abogado, ha desaparecido misteriosamente de su casa desde hace tres días, y todos los esfuerzos por localizarlo han sido en vano. El Sr. Bellford es un ciudadano bien conocido de la más alta posición, y ha disfrutado de una amplia y lucrativa práctica legal. Está casado y posee una hermosa casa y la biblioteca privada más extensa del Estado. El día de su desaparición, sacó una gran suma de dinero de su banco. No se puede encontrar a nadie que lo haya visto después de que salió del banco. El señor Bellford era un hombre de gustos singularmente tranquilos y domésticos, y parecía encontrar su felicidad en su hogar y en su profesión. Si existe alguna pista sobre su extraña desaparición, puede encontrarse en el hecho de que durante algunos meses había estado profundamente absorto en un importante caso legal relacionado con la Compañía de Ferrocarriles Q. Y. y Z. Se teme que el exceso de trabajo pueda haber afectado su mente. Se está haciendo todo lo posible para descubrir el paradero del hombre desaparecido. —Me parece que no es usted del todo anticínico, señor Bolder —dije, después de leer el despacho—. "Esto suena, para mí, a un caso genuino. ¿Por qué este hombre, próspero, felizmente casado y respetado, ha de optar de repente por abandonarlo todo? Sé que estos lapsus de memoria ocurren, y que los hombres se encuentran a la deriva sin un nombre, una historia o un hogar. —¡Oh, jamón y jalap! —dijo el señor Bolder—. "Lo que buscan son alondras. Hoy en día hay demasiada educación. Los hombres conocen la afasia y la usan como excusa. Las mujeres también son sabias.

Cuando todo termina, te miran a los ojos, tan científicos como quieras, y te dicen: "Me hipnotizó". De este modo, el señor Bolder me distrajo, pero no me ayudó con sus comentarios y su filosofía. Llegamos a Nueva York a eso de las diez de la noche. Viajé en un taxi a un hotel y escribí mi nombre "Edward Pinkhammer" en el registro. Mientras lo hacía, sentí que me invadía una flotabilidad espléndida, salvaje y embriagadora, una sensación de libertad ilimitada, de posibilidades recién alcanzadas. Acabo de nacer en el mundo. Los viejos grilletes, cualesquiera que hubieran sido, fueron arrancados de mis manos y pies. El futuro se extendía ante mí como un camino despejado como el que entra un niño, y yo podía emprenderlo equipado con el conocimiento y la experiencia de un hombre. Pensé que el empleado del hotel me miró cinco segundos de más. No tenía equipaje. — La Convención de Farmacéuticos -dije-. "De alguna manera, mi baúl no ha llegado". Saqué un rollo de dinero. —¡Ah! —dijo, mostrando un diente aurífero—, tenemos un buen número de delegados occidentales que se detienen aquí. Tocó una campanilla para el niño. Me esforcé por dar color a mi papel. "Hay un importante movimiento a pie entre nosotros, los occidentales", dije, "con respecto a una recomendación a la convención de que las botellas que contienen el tartrato de antimonio y potasa, y el tartrato de sodio y potasa, se mantengan en una posición contigua en el estante". —Caballero a las tres y catorce —dijo apresuradamente el escribiente—. Me llevaron a mi habitación. Al día siguiente compré un baúl y ropa, y comencé a vivir la vida de Edward Pinkhammer. No agobiaba mi cerebro con esfuerzos para resolver problemas del pasado. Era una copa picante y chispeante que la gran ciudad isleña me acercó a los labios. Bebí de él con gratitud. Las llaves de Manhattan pertenecen a aquel que es capaz de llevarlas. Debes ser el huésped de la ciudad o su víctima. Los días siguientes fueron de oro y plata. Edward Pinkhammer, que contaba sólo unas horas desde su nacimiento, conocía la rara alegría de haberse topado con un mundo tan entretenido y desenfrenado. Me sentaba embelesado en las alfombras mágicas que ofrecían los teatros y los jardines de las azoteas, que nos transportaban a tierras extrañas y deliciosas, llenas de música juguetona, muchachas bonitas y parodias grotescas y extravagantes de la humanidad. Fui de aquí para allá a mi propia voluntad, sin límites de espacio,

tiempo o comportamiento. Cené en cabarets extraños, en mesas de huéspedes más extrañas al son de la música húngara y los gritos salvajes de artistas y escultores volubles. O, también, donde la vida nocturna tiembla en el resplandor eléctrico como un cuadro cinoscópico, y la sombrerería del mundo, y sus joyas, y aquellos a quienes adornan, y los hombres que hacen que las tres cosas sean posibles, se encuentran para el buen humor y el efecto espectacular. Y entre todas estas escenas que he mencionado aprendí una cosa que no sabía antes. Y es que la llave de la libertad no está en manos de la Licencia, sino que la Convención la tiene. Comity tiene una puerta de peaje en la que debes pagar, o no puedes entrar en la tierra de la Libertad. En todo el brillo, en el aparente desorden, en el desfile, en el abandono, vi prevalecer esta ley, discreta, pero como el hierro. Por lo tanto, en Manhattan debes obedecer estas leyes no escritas, y entonces serás el más libre de los libres. Si te niegas a estar atado a ellos, te pones grilletes. A veces, cuando mi estado de ánimo me apremiaba, buscaba cenar en los majestuosos y susurrantes cuartos de las palmeras, impregnados de vida de alta cuna y delicada moderación. De nuevo bajaba a las vías fluviales en vapores repletos de oficinistas y tenderas vociferantes, engalanadas, desenfrenadas y enamoradas que hacían el amor, para disfrutar de sus crudos placeres en las costas de la isla. Y siempre estaba Broadway, un Broadway reluciente, opulento, astuto, variado y deseable, que crecía sobre uno como un hábito de opio. Una tarde, al entrar en mi hotel, un hombre corpulento, de nariz grande y bigote negro, me bloqueó el paso en el pasillo. Cuando me hubiera cruzado con él, me saludó con una familiaridad ofensiva. —¡Hola, Bellford! —exclamó en voz alta—. — ¿Qué demonios haces en Nueva York? No sabía que nada podía alejarte de esa vieja guarida de libros tuya. ¿Está la señora B. o es un pequeño negocio que se maneja sola, eh? —Ha cometido usted un error, señor —dije con frialdad, soltando mi mano de su agarre—. — Me llamo Martillo Rosa. Me disculparás. El hombre se hizo a un lado, aparentemente asombrado. Mientras me dirigía al escritorio del secretario, le oí llamar a un botones y decir algo acerca de las piezas en blanco del telégrafo. —Me dará usted mi factura —le dije al empleado—, y hará que me bajen el equipaje dentro de media hora. No me importa quedarme donde me molestan los hombres de confianza. Esa tarde me mudé a otro hotel, uno tranquilo y anticuado en la parte baja de la Quinta Avenida. Había un restaurante un poco alejado de Broadway donde uno

podría servirse casi al aire libre en una variedad trópica de flora de cribado. Tranquilidad y lujo y un servicio perfecto lo convirtieron en un lugar ideal para almorzar o refrescarse. Una tarde estaba allí buscando una mesa entre los helechos cuando sentí que se me había enganchado la manga. —¡Señor Bellford! —exclamó una voz asombrosamente dulce—. Me volví rápidamente y vi a una señora sentada sola, una señora de unos treinta años, con ojos muy hermosos, que me miraba como si yo hubiera sido su amiga muy querida. — Estabas a punto de pasarme -dijo en tono acusador-. — No me digas que no me conocías. ¿Por qué no nos hemos de dar la mano, al menos una vez cada quince años? Le estreché la mano de inmediato. Me senté frente a ella en la mesa. Llamé con las cejas a un camarero que se cernía sobre mí. La dama estaba mujerievando con un helado anaranjado. Pedí una crema de menta. Su cabello era de color bronce rojizo. No podías mirarla, porque no podías apartar la mirada de sus ojos. Pero eras consciente de ello como lo eres de la puesta del sol mientras miras las profundidades de un bosque en el crepúsculo. — ¿Estás seguro de que me conoces? —pregunté. —No —dijo sonriendo—, nunca estuve segura de eso. —¿Qué pensaría usted —dije, un poco ansioso— si le dijera que me llamo Edward Pinkhammer, de Cornopolis, Kansas? —¿Qué pensaría? —repitió ella, con una mirada alegre—. —Vaya, que no hubieras traído a la señora Bellford a Nueva York, por supuesto. Ojalá lo hubieras hecho. Me hubiera gustado ver a Marian. Su voz bajó un poco: — No has cambiado mucho, Elwyn. Sentí sus maravillosos ojos escudriñando los míos y mi rostro más de cerca. —Sí, lo has hecho —corrigió ella, y había una nota suave y exultante en sus últimos tonos—; "Ahora lo veo. No lo has olvidado. No lo has olvidado durante un año, ni un día, ni una hora. Te dije que nunca podías. Metí mi pajita ansiosamente en la crema de menta. — Estoy seguro de que le ruego que me perdone -dije, un poco inquieto ante su mirada-. Pero ese es el problema. Se me ha olvidado. Me he olvidado de todo'. Ella se burló de mi negación. Se rió deliciosamente de algo que le pareció ver en mi cara. —A veces he oído hablar de ti —prosiguió—. — Es usted un gran abogado en el Oeste, en Denver, ¿no es así, o en Los Ángeles? Marian debe

Siéntete muy orgulloso de ti. Sabías, supongo, que me casé seis meses después que tú. Es posible que lo hayas visto en los periódicos. Sólo las flores costaron dos mil dólares. Había mencionado quince años. Quince años es mucho tiempo. —¿Sería demasiado tarde —pregunté con cierta timidez— para felicitarle? —No, si te atreves a hacerlo —contestó ella, con una intrepidez tan fina que me quedé callado y empecé a arrugar dibujos en la tela con la uña del pulgar. —Dime una cosa —dijo, inclinándose hacia mí con bastante entusiasmo—, una cosa que he querido saber durante muchos años, solo por curiosidad de mujer, por supuesto: ¿te has atrevido alguna vez desde aquella noche a tocar, oler o mirar rosas blancas, rosas blancas mojadas por la lluvia y el rocío? Tomé un sorbo de crema de menta. Sería inútil, supongo -dije con un suspiro- que yo repitiera que no tengo ningún recuerdo de estas cosas. Mi memoria está completamente defectuosa. No hace falta que diga cuánto me arrepiento. La dama apoyó los brazos sobre la mesa, y de nuevo sus ojos desdeñaron mis palabras y se fueron por su propia ruta directamente a mi alma. Se echó a reír suavemente, con una extraña cualidad en el sonido: era una risa de felicidad, sí, y de satisfacción, y de desdicha. Traté de apartar la mirada de ella. —Mientes, Elwyn Bellford -suspiró feliz-. —¡Oh, ya sé que mientes! Miré aburrido los helechos. — Me llamo Edward Pinkhammer -dije-. "Vine con los delegados a la Convención Nacional de Farmacéuticos. Hay un movimiento a pie para arreglar una nueva posición para las botellas de tartrato de antimonio y tartrato de potasa, en el que, muy probablemente, usted se interesaría poco. Un landau resplandeciente se detuvo ante la entrada. La dama se levantó. Le tomé la mano y le hice una reverencia. —Lamento profundamente —le dije— no poder recordarlo. Podría explicarte, pero temo que no lo entiendas. No concederás a Pinkhammer; y realmente no puedo concebir en absoluto las rosas y otras cosas. —Adiós, señor Bellford —dijo, con su sonrisa feliz y triste, mientras subía a su carruaje—. Asistí al teatro esa noche. Cuando regresé a mi hotel, un hombre tranquilo con ropa oscura, que parecía interesado en frotarse la ropa.

uñas con un pañuelo de seda, aparecieron, mágicamente, a mi lado. —Señor Martillo Rosa —dijo casualmente, prestando la mayor parte de su atención a su dedo índice—, ¿puedo pedirle que se haga a un lado conmigo para conversar un poco? Aquí hay una habitación. —Claro que sí —respondí—. Me condujo a un pequeño salón privado. Una dama y un caballero estaban allí. Supuse que la dama habría sido extraordinariamente guapa si sus facciones no hubieran estado nubladas por una expresión de aguda preocupación y fatiga. Era de un estilo de figura y poseía un colorido y rasgos que eran agradables a mi imaginación. Llevaba un traje de viaje; Fijó en mí una mirada seria de extrema ansiedad y se llevó una mano vacilante al pecho. Creo que habría echado a andar, pero el caballero detuvo su movimiento con un movimiento autoritario de la mano. Luego vino él mismo a mi encuentro. Era un hombre de cuarenta años, un poco canoso en las sienes, y con un rostro fuerte y pensativo. —Bellford, viejo —dijo cordialmente—, me alegro de volver a verte. Por supuesto que sabemos que todo está bien. Te advertí, ya sabes, que te estabas excediendo. Ahora, volverás con nosotros y volverás a ser tú mismo en un abrir y cerrar de ojos. Sonreí irónicamente. —Me han «Bellforded» tantas veces —dije—, que ha perdido su filo. Aun así, al final, puede llegar a ser tedioso. ¿Estarías dispuesto a considerar la hipótesis de que me llamo Edward Pinkhammer y que nunca te he visto en mi vida? Antes de que el hombre pudiera responder, la mujer lanzó un grito de lamento. Saltó más allá del brazo que la detenía. —¡Elwyn! —sollozó, se arrojó sobre mí y se aferró con fuerza—. —Elwyn —volvió a gritar—, no me rompas el corazón. Soy tu esposa, di mi nombre una vez, ¡solo una vez! Podría verte muerto en lugar de así. Le desenrollé los brazos respetuosamente, pero con firmeza. —Señora —dije con severidad—, discúlpeme si le sugiero que acepte una semejanza demasiado precipitadamente. Es una lástima -proseguí, con una risa divertida, mientras se me ocurría la idea- que este Bellford y yo no pudiéramos estar uno al lado del otro en el mismo estante como tartratos de sodio y antimonio para fines de identificación. Para comprender la alusión -concluí airosamente-, puede ser necesario que usted esté atento a los procedimientos de la Convención Nacional de Farmacéuticos. La dama se volvió hacia su compañero y lo agarró del brazo. —¿Qué pasa, doctor Volney? Oh, ¿qué pasa?", gimió.

La condujo hasta la puerta. "Vete un rato a tu habitación", le oí decir. "Me quedaré y hablaré con él. ¿Su mente? No, creo que no, solo una parte del cerebro. Sí, estoy seguro de que se recuperará. Vete a tu habitación y déjame con él. La señora desapareció. El hombre vestido de oscuro también salió, todavía haciéndose la manicura de manera pensativa. Creo que esperó en el pasillo. —Me gustaría hablar un rato con usted, señor Martillo Rosa, si me lo permite —dijo el caballero que se quedaba—. —Muy bien, si quieres —respondí—, y me disculparás si me lo tomo cómodamente; Estoy bastante cansada. Me tumbé en un sofá junto a una ventana y encendí un cigarro. Acercó una silla. —Hablemos al grano —dijo con dulzura—. — Tu nombre no es Martillo Rosa. — Lo sé tan bien como tú —dije con frialdad—. Pero un hombre debe tener algún tipo de nombre. Les puedo asegurar que no admiro extravagantemente el nombre de Pinkhammer. Pero cuando uno se bautiza a sí mismo, de repente los bellos nombres no parecen sugerirse a sí mismos. ¡Pero supongamos que hubiera sido Scheringhausen o Scroggins! Creo que lo hice muy bien con Pinkhammer". —Su nombre —dijo el otro hombre con seriedad— es Elwyn C. Bellford. Usted es uno de los primeros abogados en Denver. Está sufriendo un ataque de afasia, que le ha hecho olvidar su identidad. La causa de ello era la excesiva aplicación a su profesión y, tal vez, una vida demasiado desprovista de recreación y placeres naturales. La señora que acaba de salir de la habitación es tu mujer. —Es lo que yo llamaría una mujer guapa —dije, después de una pausa judicial—. "Admiro especialmente el tono castaño de su cabello". "Es una esposa de la que estar orgulloso. Desde su desaparición, hace casi dos semanas, apenas ha cerrado los ojos. Nos enteramos de que estabas en Nueva York a través de un telegrama enviado por Isidore Newman, un viajero de Denver. Dijo que te había conocido en un hotel de aquí y que no lo reconociste. —Creo recordar la ocasión —dije—. El tipo me llamaba «Bellford», si no me equivoco. Pero, ¿no crees que ya es hora de que te presentes? —Soy Robert Volney, el doctor Volney. He sido su amigo íntimo durante veinte años, y su médico durante quince. Vine con la señora Bellford a buscarle tan pronto como recibimos el telegrama. ¡Inténtalo, Elwyn, viejo, trata de recordar!

'¿De qué sirve intentarlo!' —pregunté, con el ceño fruncido. — Dices que eres médico. ¿Es curable la afasia? Cuando un hombre pierde la memoria, ¿regresa lenta o repentinamente? "A veces gradual e imperfectamente; a veces tan repentinamente como se fue". — ¿Se encargará usted de mi caso, doctor Volney? —pregunté. —Viejo amigo —dijo—, haré todo lo que esté en mi mano, y habré hecho todo lo que la ciencia puede hacer para curarte. —Muy bien —dije—. Entonces considerarás que soy tu paciente. Ahora todo está en la confianza, en la confianza profesional". —Por supuesto —dijo el doctor Volney—. Me levanté del sofá. Alguien había puesto un jarrón de rosas blancas sobre la mesa central, un racimo de rosas blancas recién espolvoreadas y fragantes. Los arrojé por la ventana y luego me tumbé de nuevo en el sofá. —Lo mejor, Bobby —dije—, es que esta cura se produzca de repente. De todos modos, estoy bastante cansado de todo. Puedes ir ahora y traer a Marian. Pero, ¡oh, Doc! -dije con un suspiro, mientras le daba una patada en la espinilla-, el bueno de Doc, ¡fue glorioso!

L

Un informe municipal

Las ciudades están llenas de orgullo,
Desafiando a cada uno –
Esto desde la ladera de su montaña,
Que desde su playa engorrosa.

R. KIPLING.

¡Te apetece una novela sobre Chicago o Buffalo, digamos, o Nashville, Tennessee! Solo hay tres grandes ciudades en los Estados Unidos que son "ciudades de historias": Nueva York, por supuesto, Nueva Orleans y, la mejor de todas, San Francisco. - FRANK NORRIS.

El Este es el Este y el Oeste es San Francisco, según los californianos. Los californianos son una raza de personas; no son meros habitantes de un Estado. Son los sureños del Oeste. Ahora, los habitantes de Chicago no son menos leales a su ciudad; pero cuando les preguntas por qué, tartamudean y hablan de peces del lago y del nuevo edificio Odd Fellows. Pero los californianos entran en detalles.

Por supuesto que tienen, en el clima, una discusión que es buena durante media hora mientras piensas en tus facturas de carbón y tu ropa interior pesada. Pero tan pronto como llegan a confundir tu silencio con convicción, la locura se apodera de ellos, y se imaginan la ciudad de la Puerta Dorada como el Bagdad del Nuevo Mundo. Hasta ahora, como cuestión de opinión, no es necesaria ninguna refutación. Pero, queridos primos todos (descendientes de Adán y Eva), es temerario el que ponga el dedo en el mapa y diga: 'En esta ciudad no puede haber romance, ¿qué podría pasar aquí?' Sí, es un acto audaz y temerario desafiar en una frase la historia, el romance y Rand y McNally.

NASHVILLE. - Una ciudad, puerto de entrega y capital del estado de Tennessee, está en el río Cumberland y en los ferrocarriles N.C. & St. L. y L. & N. Esta ciudad está considerada como el centro educativo más importante del sur.

Me bajé del tren a las 8 p.m. Después de haber buscado en vano adjetivos en el diccionario de sinónimos, debo, como sustitución, llevarme a la comparación en forma de receta. Toma de niebla londinense 30 partes; malaria 10 partes; fugas de gas 20 partes; gotas de rocío, recogidas en una fábrica de ladrillos al amanecer, 25 partes; Olor de madre selva 15 partes. La mezcla te dará una idea aproximada de una llovizna de Nashville. No es tan fragante como una bola de naftalina ni tan espesa como una sopa de guisantes; pero es suficiente, servirá. Fui a un hotel en un tumbrial. Requirió una fuerte autosupresión para evitar subir a la cima y dar una imitación de Sidney Carton. El vehículo era tirado por bestias de una época pasada y conducido por algo oscuro y emancipado. Tenía sueño y estaba cansado, así que cuando llegué al hotel me apresuré a pagarle los cincuenta centavos que pedía (con lagniappe aproximado, te lo aseguro). Conocía sus costumbres; y no quería oírle hablar de su antiguo «marster» ni de nada de lo que sucedía «befo' de wah». El hotel era uno de los descritos como "renovado". Eso significa \$ 20,000 en nuevos pilares de mármol, azulejos, luces eléctricas y escupideras de latón en el vestíbulo, y una nueva tabla de horarios de L. & N. y una litografía de Lookout Mountain en cada una de las grandes salas de arriba. La dirección era irreprochable, la atención estaba llena de exquisita cortesía sureña, el servicio era tan lento como el progreso de un caracol y tan de buen humor como Rip Van Winkle. Valía la pena viajar mil millas por la comida. No hay

otro hotel en el mundo donde se pueden conseguir tales hígados de pollo en brocheta. Durante la cena le pregunté a un camarero negro si había algo que hacer en la ciudad. Reflexionó seriamente durante un minuto, y luego respondió: "Bueno, jefe, realmente no creo que haya nada que hacer después de la puesta del sol". La puesta del sol se había cumplido; Se había ahogado en la llovizna mucho antes. Así que ese espectáculo me fue negado. Pero salí a las calles bajo la llovizna para ver qué podía haber allí.

Está construido sobre terrenos ondulados; y las calles están iluminadas por electricidad a un costo de \$32,470 por año.

Al salir del hotel hubo un motín racial. Sobre mí cargó una compañía de libertos, o árabes, o zulúes, armados con... no, vi con alivio que no eran fusiles, sino látigos. Y vi vagamente una caravana de vehículos negros y torpes; y ante los gritos tranquilizadores: «Kyar, en cualquier parte de la ciudad, jefe, cincuenta centavos», razoné que yo era simplemente un «pasaje» en lugar de una víctima. Caminé por largas calles, todas cuesta arriba. Me pregunté cómo esas calles habían vuelto a caer. Tal vez no lo hicieron hasta que fueron 'calificados'. En algunas de las "calles principales" vi luces en las tiendas aquí y allá; vio pasar tranvías que transportaban burgueses dignos de aquí para allá; Vi pasar a la gente enfrascada en el arte de la conversación, y oí un estallido de risas semianimadas que salían de una taberna de agua con gas y helados. Las calles que no eran "principales" parecían haber atraído a sus fronteras casas consagradas a la paz y a la domesticidad. En muchos de ellos las luces brillaban detrás de las persianas discretamente corridas; en unos pocos pianos tintineaba una música ordenada e irreprochable. Había, en efecto, poco 'hacer'. Ojalá hubiera llegado antes de que se pusiera el sol. Así que regresé a mi hotel.

En noviembre de 1864, el general confederado Hood avanzó contra Nashville, donde encerró una fuerza nacional bajo el mando del general Thomas. Estos últimos se lanzaron entonces y derrotaron a los confederados en un terrible conflicto.

Toda mi vida he oído hablar, admirado y presenciado la fina puntería del Sur en sus conflictos pacíficos en las regiones tabacaleras. Pero en mi hotel me esperaba una sorpresa. Había doce escupideras de latón brillantes, nuevas, imponentes y espaciosas en el gran vestíbulo, lo suficientemente altas como para llamarlas urnas y tan anchas que el lanzador de un equipo de béisbol femenino debería hacerlo

han sido capaces de lanzar una pelota a uno de ellos a cinco pasos de distancia. Pero, a pesar de que se había librado y seguía librando una terrible batalla, el enemigo no había sufrido. Brillantes, nuevos, imponentes, espaciosos, intactos, se mantenían de pie. ¡Pero sombras de Jefferson Brick! El piso de baldosas - ¡El hermoso piso de baldosas! No pude evitar pensar en la batalla de Nashville y tratar de sacar, como es mi tonta costumbre, algunas deducciones sobre la puntería hereditaria. Aquí vi por primera vez al comandante (por cortesía fuera de lugar) Wentworth Caswell. Lo reconocí por un momento en el momento en que mis ojos sufrieron al verlo. Una rata no tiene hábitat geográfico. Mi viejo amigo, A. Tennyson, dijo, como muy bien lo dijo casi todo:

"Profeta, maldíceme el labio que habla,
Y maldita sea la alimaña británica, la rata.

Consideremos la palabra «británico» como una improvisación intercambiable. Una rata es una rata. Este hombre estaba buscando en el vestíbulo del hotel como un perro hambriento que ha olvidado dónde había enterrado un hueso. Tenía un rostro de gran tamaño, enrojado, pulposo y con una especie de macizo somnoliento como el de Buda. Poseía una sola virtud: estaba muy bien afeitado. La marca de la bestia no es indeleble para un hombre hasta que anda con un rastrojo. Creo que si no hubiera usado su navaja de afeitar ese día, yo habría rechazado sus avances, y el calendario criminal del mundo se habría ahorrado la adición de un asesinato. Me encontraba a menos de un metro y medio de una escupidera cuando el comandante Caswell abrió fuego contra ella. Había sido lo suficientemente observador como para percibir que la fuerza atacante estaba usando ametralladoras Gatling en lugar de rifles ardilla; así que me aparté tan rápidamente que el comandante aprovechó la oportunidad para disculparse con un no combatiente. Tenía el labio parlanchín. En cuatro minutos se había convertido en mi amigo y me había arrastrado hasta el bar. Deseo interpolar aquí que soy sureño. Pero no lo soy de profesión ni de oficio. Evito la corbata, el sombrero encorvado, el príncipe Alberto, el número de fardos de algodón destruidos por Sherman y masticar tapones. Cuando la orquesta toca Dixie, no aplaudo. Me deslizo un poco más abajo en el asiento de cuero y, bueno, pido otro Würzburger y desearía que Longstreet lo hubiera hecho, pero ¿de qué sirve? El comandante Caswell golpeó la barra con el puño y el primer cañón de Fort Sumter resonó. Cuando disparó el último en Appomattox

Empecé a tener esperanzas. Pero luego comenzó con los árboles genealógicos y demostró que Adam era solo un primo tercero de una rama colateral de la familia Caswell. A mi pesar, se deshizo de la genealogía, para mi disgusto, de sus asuntos privados de familia. Habló de su esposa, rastreó su descendencia hasta Eva y negó profanamente cualquier posible rumor de que pudiera haber tenido relaciones en la tierra de Nod. En ese momento comencé a sospechar que estaba tratando de ocultar con ruido el hecho de que había ordenado las bebidas, por la posibilidad de que yo me sintiera desconcertado y pagara por ellas. Pero cuando estuvieron abajo, estrelló un dólar de plata con fuerza contra la barra. Luego, por supuesto, otra ración era obligatoria. Y cuando lo hube pagado, me despedí de él bruscamente; porque no quería más de él. Pero antes de que yo obtuviera mi liberación, él había hablado en voz alta de un ingreso que recibía su esposa, y me mostró un puñado de dinero de plata. Cuando recibí la llave en el escritorio, el empleado me dijo cortésmente: "Si ese hombre, Caswell, te ha molestado, y si quieres presentar una queja, haremos que lo expulsen. Es una molestia, un holgazán y no tiene ningún medio de sustento conocido, aunque parece tener algo de dinero la mayor parte del tiempo. Pero parece que no somos capaces de encontrar ningún medio para echarlo legalmente". —Pues no —dije después de reflexionar un poco—; "No veo el camino despejado para presentar una denuncia. Pero me gustaría dejar constancia de que afirmo que no me interesa su compañía. Su ciudad —continué— parece ser tranquila. ¿Qué clase de entretenimiento, aventura o emoción tienes para ofrecer al extraño que está dentro de tus puertas? —Bien, señor —dijo el empleado—, el próximo jueves habrá un espectáculo aquí. Lo es, lo buscaré y haré que te envíen el anuncio a tu habitación con el agua helada. Buenas noches. Después de subir a mi habitación, miré por la ventana. Eran sólo las diez, pero contemplé una ciudad silenciosa. La llovizna continuaba, salpicada de luces tenues, tan separadas como grosellas en un pastel que se vendía en la Bolsa de Damas. «Un lugar tranquilo», me dije a mí mismo, cuando mi primer zapato golpeó el techo del ocupante de la habitación debajo de la mía. "Nada de la vida de aquí que da color y variedad a las ciudades de Oriente y Occidente. Solo una ciudad de negocios buena, ordinaria y monótona.

Nashville ocupa un lugar destacado entre los centros manufactureros del país. Es el quinto mercado de botas y zapatos en los Estados Unidos, la ciudad de fabricación de dulces y galletas más grande del sur, y tiene un enorme negocio de venta al por mayor de productos secos, comestibles y medicamentos.

Debo contarle cómo llegué a Nashville, y asegurarle que la digresión me produce tanto tedio a mí como a usted. Estaba viajando a otro lugar por mi propia cuenta, pero recibí un encargo de una revista literaria del Norte para detenerme allí y establecer una conexión personal entre la publicación y una de sus colaboradoras, Azalea Adair. Adair (no había ninguna pista sobre la personalidad, excepto la letra) había enviado algunos ensayos (¡arte perdido!) y poemas que habían hecho que los editores juraran con aprobación durante el almuerzo de la una. De modo que me habían encargado que reuniera a dicho Adair y que le arrebatara por contrato su producción a dos centavos la palabra antes de que algún otro editor le ofreciera diez o veinte. A las nueve de la mañana siguiente, después de mis hígados de pollo en brocheta (pruébalos si puedes encontrar ese hotel), me extravié entre la llovizna, que todavía estaba encendida para una carrera ilimitada. En la primera esquina me encontré con el tío César. Era un negro fornido, más viejo que las pirámides, de lana gris y un rostro que me recordaba a Bruto, y un segundo después al difunto rey Cetewayo. Llevaba el abrigo más extraordinario que jamás había visto o esperaba ver. Le llegaba hasta los tobillos y en otro tiempo había sido de un gris confederado. Pero la lluvia, el sol y la edad lo habían abigarrado tanto que la túnica de José, a su lado, se habría desvanecido hasta convertirse en un pálido monocromo. Debo quedarme con ese abrigo porque tiene que ver con la historia, la historia que tarda tanto en llegar, porque difícilmente se puede esperar que suceda algo en Nashville. Alguna vez debió ser la casaca militar de un oficial. Su capa había desaparecido, pero toda su parte delantera había sido ranurada y con magníficas borlas. Pero ahora las ranas y las borlas habían desaparecido. En su lugar se habían cosido pacientemente (supuse que por alguna "mamita negra" sobreviviente) nuevas ranas hechas de hilo de cáñamo común astutamente retorcido. Este cordel estaba deshilachado y desaliñado. Debí de añadirse al abrigo como sustituto de los esplendores desaparecidos, con una devoción insípida pero minuciosa, pues seguía fielmente las curvas de las ranas desaparecidas hacía mucho tiempo. Y, para completar la comedia y el patetismo de la prenda, todos sus botones habían desaparecido excepto uno. Solo quedaba el segundo botón de la parte superior. El abrigo estaba sujeto por otros cordeles atados a través de los ojales y otros agujeros toscamente perforados en el lado opuesto. Nunca hubo una prenda tan extraña, tan fantásticamente adornada y de tantos matices moteados. El único botón era del tamaño de medio dólar, hecho de cuerno amarillo y cosido con un cordel grueso. Este negro estaba de pie junto a un carruaje tan viejo que el propio Ham podría

han iniciado una línea de hackeo con él después de que dejó el arca con los dos animales enganchados a ella. Cuando me acerqué, abrió la puerta, sacó un plumero de cuero, lo agitó, sin usarlo, y dijo en tono profundo y retumbante: «Entra, suh; No hay ni una mota de polvo en él, acabas de volver de un funeral, eh. Deduje que en tales ocasiones de gala se daba una limpieza extra a los carruajes. Miré de un lado a otro de la calle y me di cuenta de que había pocas opciones entre los vehículos de alquiler que se alineaban en la acera. Busqué en mi cuaderno de notas la dirección de Azalea Adair. – Quiero ir al número 861 de la calle Jessamine -dije, y estaba a punto de entrar en el truco. Pero por un instante el grueso y largo brazo de gorila del viejo negro me lo impidió. En su rostro macizo y saturnino brilló por un momento una mirada de repentina sospecha y enemistad. Luego, con una rápida convicción, preguntó con dulzura: «¿Para qué está usted ahí, jefe?» – ¿Qué te importa a ti? —pregunté un poco bruscamente. 'Nada, suh, solo nada'. Solo que es una parte solitaria de la ciudad y pocas personas tienen negocios allí. Entra de inmediato. Los asientos están limpios, jes's regresó de un funeral, suh'. A una milla y media debe haber estado hasta el final de nuestro viaje. No podía oír nada más que el espantoso traqueteo del antiguo hachazo sobre el desigual pavimento de ladrillos; No podía oler nada más que la llovizna, ahora más aromatizada con humo de carbón y algo así como una mezcla de alquitrán y flores de adelfa. Todo lo que podía ver a través de las ventanas eran dos hileras de casas oscuras.

La ciudad tiene un área de 10 millas cuadradas; 181 millas de calles, de las cuales 137 millas están pavimentadas; Un sistema de obras hidráulicas que costó \$2.000.000, con 77 millas de tuberías.

Ocho-sesenta y uno Jessamine Street era una mansión en ruinas. A treinta metros de la calle se encontraba, sumergido en una espléndida arboleda y arbustos sin podar. Una hilera de bojés se desbordó y casi ocultó la pálida valla de la vista; La puerta se mantenía cerrada por una soga de cuerda que rodeaba el poste de la puerta y la primera empalizada de la puerta. Pero cuando entrabas veías que el 861 era un cascarón, una sombra, un fantasma de antigua grandeza y excelencia. Pero en la historia, todavía no he entrado. Cuando el hachazo hubo cesado de traquetear y los cansados cuadrúpedos se detuvieron, le entregué a mi jehú sus cincuenta centavos con un

Un cuarto más, sintiendo un resplandor de generosidad consciente mientras lo hacía. Él lo rechazó. — Son dos dólares, eh -dijo-. — ¿Cómo es eso? —pregunté. —Le oí gritar claramente en el hotel: «Cincuenta centavos a cualquier parte de la ciudad». —Son dos dólares, suh —repitió obstinadamente—. — Está muy lejos del hotel. —Está dentro de los límites de la ciudad y dentro de ellos —argumenté—. "No pienses que has cogido a un yanqui novato. ¿Ves esas colinas de allí? Seguí adelante, señalando hacia el este (yo mismo no podía verlos, por la llovizna); "Bueno, yo nací y crecí en el otro lado de ellos. Viejo negro tonto, ¿no puedes distinguir a la gente de otras personas cuando las ves? El rostro sombrío del rey Cetewayo se suavizó. — ¿Eres del sur, eh? Supongo que fueron tus zapatos los que me engañaron. Hay algo afilado en los dedos de los pies para que lo use un hombre del sur. —¿Entonces el cobro es de cincuenta centavos, supongo? —dije inexorablemente. Su expresión anterior, una mezcla de codicia y hostilidad, regresó, permaneció diez minutos y desapareció. —Jefe —dijo—, cincuenta centavos es lo correcto; pero necesito dos dólares, suh; Estoy obligado a tener dos dólares. No lo estoy exigiendo ahora, suh; después de saber de dónde eres; Lo que digo es que tengo que tener dos dólares esta noche, y el negocio es muy bueno. La paz y la confianza se asentaron en sus pesadas facciones. Había tenido más suerte de la que esperaba. En lugar de haber cogido a un novato, ignorante de las tasas, se había topado con una herencia. —Has confundido al viejo bribón —dije, metiéndome la mano en el bolsillo—, deberías ser entregado a la policía. Por primera vez lo vi sonreír. Él lo sabía; Él lo sabía; ÉL LO SABÍA. Le di dos billetes de un dólar. Cuando se los entregué, me di cuenta de que uno de ellos había visto tiempos lamentables. Le faltaba la esquina superior derecha, y había sido rasgada por la mitad, pero se había vuelto a unir. Una tira de papel de seda azul, pegada sobre la hendidura, conservaba su capacidad de negociación. Basta de bandido africano por el momento: lo dejé contento, levanté la cuerda y abrí la puerta chirriante. La casa, como dije, era un cascarón. Hacía veinte años que un pincel no lo tocaba. No pude ver por qué un fuerte viento no lo habría derribado como un castillo de naipes hasta que volví a mirar a los árboles que lo abrazaban, los árboles que vieron la batalla de Nashville y que aún extendían sus ramas protectoras a su alrededor contra la tormenta, el enemigo y el frío.

Azalea Adair, de cincuenta años, de cabellos blancos, descendiente de los caballeros, tan delgada y frágil como la casa en que vivía, vestida con el vestido más barato y limpio que he visto en mi vida, con un aire tan sencillo como el de una reina, me recibió. La sala de recepción parecía de un kilómetro cuadrado, porque no había en ella más que algunas hileras de libros, en estanterías de pino blanco sin pintar, una mesa de mármol agrietada, una alfombra de trapo, un sofá de crin de caballo sin pelo y dos o tres sillas. Sí, había un cuadro en la pared, un dibujo a lápiz de colores de un racimo de pensamientos. Miré a mi alrededor en busca del retrato de Andrew Jackson y de la cesta colgante de piñas, pero no estaban allí. Azalea Adair y yo tuvimos una conversación, de la que se repetirá un poco. Era un producto del viejo Sur, gentilmente alimentada en la vida protegida. Su erudición no era amplia, pero sí profunda y de espléndida originalidad en su alcance un tanto limitado. Había sido educada en casa, y su conocimiento del mundo se derivaba de la inferencia y de la inspiración. De tal es el precioso y pequeño grupo de ensayistas formado. Mientras ella me hablaba, yo no dejaba de cepillarme los dedos, tratando, inconscientemente, de librarlos culpablemente del polvo ausente de los lomos de media pantorrilla de Lamb, Chaucer, Hazlitt, Marco Aurelio, Montaigne y Hood. Era exquisita, era un descubrimiento valioso. Hoy en día, casi todo el mundo sabe demasiado, oh, demasiado, de la vida real. Pude percibir claramente que Azalea Adair era muy pobre. Tenía una casa y un vestido, no mucho más, me apetecía. Así que, dividido entre mi deber para con la revista y mi lealtad a los poetas y ensayistas que lucharon contra Thomas en el valle del Cumberland, escuché su voz, que era como la de un clavecín, y descubrí que no podía hablar de contratos. En presencia de las Nueve Musas y las Tres Gracias, uno vacilaba en rebajar el tema a dos centavos. Tendría que haber otro coloquio después de que hubiera recuperado mi comercialismo. Pero hablé de mi misión, y a las tres de la tarde del día siguiente se fijó para la discusión de la propuesta de negocios. —Tu ciudad —dije, mientras empezaba a prepararme para partir (que es el momento de las generalidades suaves)—, parece ser un lugar tranquilo y tranquilo. Una ciudad natal, diría yo, donde pocas cosas fuera de lo común suceden.

Lleva a cabo un extenso comercio de estufas y vajilla hueca con el Oeste y el Sur, y sus molinos harineros tienen una capacidad diaria de más de 2.000 barriles.

Azalea Adair pareció reflexionar. —Nunca lo había pensado de esa manera —dijo, con una especie de intensidad sincera que parecía pertenecerle—. ¿No es en los lugares tranquilos y tranquilos donde suceden las cosas? Me imagino que cuando Dios comenzó a crear la tierra el primer lunes por la mañana, uno podría haberse asomado por las ventanas y haber escuchado la gota de lodo que salía de Su paleta mientras construía las colinas eternas. ¿En qué resultó finalmente el proyecto más ruidoso del mundo, me refiero a la construcción de la torre de Babel? Una página y media de esperanto en la North American Review. —Por supuesto —dije con tono placentero—, la naturaleza humana es la misma en todas partes; Pero hay más color, más dramatismo, más movimiento y más romance en algunas ciudades que en otras. — En la superficie -dijo Azalea Adair-. "He viajado muchas veces alrededor del mundo en una aeronave dorada que ondeaba en dos alas: la impresión y los sueños. He visto (en uno de mis viajes imaginarios) al sultán de Turquía atar con sus propias manos a una de sus esposas que se había descubierto la cara en público. He visto a un hombre en Nashville romper sus entradas de teatro porque su esposa salía con la cara cubierta con polvo de arroz. En el barrio chino de San Francisco vi a la esclava Sing Yee mojada lentamente, centímetro a centímetro, en aceite de almendras hirviendo para hacerla jurar que nunca volvería a ver a su amante estadounidense. Se rindió cuando el aceite hirviendo había llegado a tres pulgadas por encima de su rodilla. La otra noche, en una fiesta de euchre en el este de Nashville, vi a Kitty Morgan muerta por siete de sus compañeros de escuela y amigos de toda la vida porque se había casado con un pintor de casas. El aceite hirviendo chisporroteaba tan alto como su corazón; pero ojalá hubieras podido ver la hermosa sonrisita que llevaba de mesa en mesa. Oh, sí, es una ciudad monótona. Apenas unos pocos kilómetros de casas de ladrillo rojo, barro, tiendas y aserraderos. Alguien golpeó huecamente la parte trasera de la casa. Azalea Adair exhaló una suave disculpa y fue a investigar el sonido. Regresó en tres minutos con los ojos brillantes, un leve rubor en las mejillas y diez años levantados de sus hombros. — Tienes que tomar una taza de té antes de irte -dijo-, y un pastel de azúcar. Extendió la mano y agitó una campanita de hierro. Entró arrastrando los pies una pequeña muchacha negra de unos doce años, descalza, no muy ordenada, que me miraba con el pulgar en la boca y los ojos saltones. Azalea Adair abrió un bolso diminuto y gastado y sacó un billete de un dólar, un billete de un dólar al que le faltaba la esquina superior derecha, roto

dos piezas y se pegan de nuevo con una tira de papel de seda azul. Era uno de los billetes que le había dado al negro pirata, de eso no había duda. —Sube a la tienda del señor Baker de la esquina, Impy —dijo, entregándole a la muchacha el billete de un dólar—, y consigue un cuarto de libra de té, del tipo que él siempre me envía, y diez centavos de pasteles de azúcar. Ahora, date prisa. Resulta que el suministro de té en la casa se ha agotado", me explicó. Impy se fue por el camino de atrás. Antes de que el roce de sus duros pies descalzos se hubiera extinguido en el porche trasero, un grito salvaje -estaba seguro de que era el suyo- llenó la casa hueca. Entonces, los tonos profundos y roncocos de la voz de un hombre enojado se mezclaron con los chillidos y las palabras ininteligibles de la muchacha. Azalea Adair se levantó sin sorpresa ni emoción y desapareció. Durante dos minutos oí el ronco rumor de la voz del hombre; Luego algo así como un juramento y una ligera pelea, y volvió tranquilamente a su silla. —Esta es una casa espaciosa —dijo—, y tengo un inquilino para una parte de ella. Lamento tener que rescindir mi invitación a tomar el té. Era imposible conseguir el tipo que siempre uso en la tienda. Tal vez mañana el señor Baker pueda proporcionarme. Estaba seguro de que Impy no había tenido tiempo de salir de casa. Pregunté por las líneas de tranvías y me despedí. Cuando ya estaba bien encaminado, recordé que no me había aprendido el nombre de Azalea Adair. Pero mañana bastaría. Ese mismo día comencé el curso de iniquidad que esta ciudad sin incidentes me impuso. Estuve en la ciudad sólo dos días, pero en ese tiempo me las arreglé para mentir descaradamente por telégrafo y ser cómplice -después de los hechos, si ese es el término legal correcto- de un asesinato. Al doblar la esquina más cercana a mi hotel, el cochero afrite de la casaca policromática y sin parangón me agarró, abrió la puerta de su sarcófago peripatético, coqueteó con su plumero y comenzó su ritual: «Entre, jefe. El carruaje está limpio, acabamos de regresar de un funeral. Cincuenta centavos a cualquiera... Y entonces me reconoció y sonrió ampliamente. -Discúlpeme, jefe; Tú eres el hombre de la generación lo que se deshizo conmigo de mawnin'. Muchas gracias, suh'. —Mañana a las tres de la tarde vuelvo a ir al 861 —dije—, y si quieres estar aquí, te dejaré que me lleves. ¿Conoce usted a la señorita Adair? Concluí, pensando en mi billete de un dólar. — Yo pertenecía a su padre, el juez Adair -respondió-.

—Juzgo que es bastante pobre —dije—. — No tiene mucho dinero del que hablar, ¿verdad? Por un instante volví a mirar el fiero semblante del rey Cetewayo, y luego volvió a convertirse en un viejo y extorsionador chófer negro. — No se va a morir de hambre, eh -dijo lentamente-. —Tiene reso'ces, suh; Ella tiene reso'ces'ces'. —Te pagaré cincuenta centavos por el viaje —dije—. —Es muy correcto, eh —respondió humildemente—; —Tenía que haber dado dos dólares por dinero, jefe. Fui al hotel y mentí con la electricidad. Envié un cable a la revista: «A. Adair aguanta por ocho centavos la palabra». La respuesta que recibí fue: 'Dáselo rápido, imbécil'. Justo antes de la cena, el comandante Wentworth Caswell se abalanzó sobre mí con los saludos de un amigo perdido hacía mucho tiempo. He visto pocos hombres a los que haya odiado tan instantáneamente y de los que haya sido tan difícil librarme. Yo estaba de pie en la barra cuando me invadió; por lo tanto, no podía agitar la cinta blanca en su cara. Habría pagado gustosamente por las bebidas, con la esperanza de escapar de otro, pero él era uno de esos despreciables, rugientes y publicitarios bebedores que deben tener bandas de música y fuegos artificiales que atiendan cada centavo que desperdician en sus locuras. Con aire de millonario, sacó dos billetes de un dólar de un bolsillo y estrelló uno de ellos contra la barra. Miré una vez más el billete de un dólar al que le faltaba la esquina superior derecha, rasgado por la mitad y remendado con una tira de papel de seda azul. Era mi billete de un dólar otra vez. No podía ser de otra manera. Subí a mi habitación. La llovizna y la monotonía de una ciudad sureña lúgubre y sin acontecimientos me habían dejado cansado y apático. Recuerdo que, justo antes de acostarme, me deshice mentalmente del misterioso billete de un dólar (que podría haber sido la clave de una tremenda historia de detectives de San Francisco) diciéndome a mí mismo con sueño: «Parece que mucha gente aquí tiene acciones en el Hack-Driver's Trust. También paga dividendos con prontitud. Me pregunto si... ' Entonces me quedé dormido. El rey Cetewayo estaba en su puesto al día siguiente, y sacudió mis huesos sobre las piedras hasta el 861. Tenía que esperarme y volver a sonajarme cuando estuviera listo. Azalea Adair parecía más pálida, limpia y frágil de lo que se había visto el día anterior. Después de firmar el contrato a ocho centavos por palabra, se puso aún más pálida y comenzó a deslizarse de la silla.

Sin mucho trabajo logré subirla al sofá de crin de caballo antediluviano y luego salí corriendo a la acera y le grité al pirata de color café que trajera un médico. Con una sabiduría que yo no había sospechado en él, abandonó a su equipo y se puso en marcha calle arriba, dándose cuenta del valor de la velocidad. A los diez minutos regresó con un hombre serio, canoso y capaz de medicina. En pocas palabras (que valían mucho menos de ocho centavos cada una) le expliqué mi presencia en la casa hueca del misterio. Hizo una reverencia con majestuosa comprensión y se volvió hacia el viejo negro. —Tío César —dijo con calma—, corre a mi casa y pídele a la señorita Lucy que te dé una jarra de nata llena de leche fresca y medio vaso de vino de Oporto. Y date prisa en volver. No conduzcas, corre. Quiero que vuelvas en algún momento de esta semana'. Se me ocurrió que el doctor Merriman también desconfiaba de los poderes de velocidad de los corceles de los piratas terrestres. Después de que el tío César se hubo marchado, pesada pero velozmente, calle arriba, el médico me examinó con gran cortesía y con el mismo cuidado de los cálculos, hasta que se decidió por lo que podía hacer. —Es sólo un caso de nutrición insuficiente —dijo—. En otras palabras, el resultado de la pobreza, el orgullo y el hambre. La señora Caswell tiene muchos amigos devotos que estarían encantados de ayudarla, pero no aceptará nada más que de ese viejo negro, el tío César, que una vez fue propiedad de su familia. —¡Señora Caswell! —dije sorprendido—. Y luego miré el contrato y vi que ella lo había firmado: 'Azalea Adair Caswell'. — Pensé que era la señorita Adair -dije-. —Casada con un holgazán borracho e inútil, señor —dijo el doctor—. Se dice que le roba incluso las pequeñas sumas que su viejo sirviente aporta para su manutención. Cuando trajeron la leche y el vino, el médico no tardó en reanimar a Azalea Adair. Se sentó y habló de la belleza de las hojas otoñales que estaban entonces en estación, y de su alto color. Se refirió a la ligera a su ataque de desmayo como resultado de una vieja palpitación del corazón. Impy la abanicó mientras yacía en el sofá. El médico debía ir a otra parte, y lo seguí hasta la puerta. Le dije que estaba en mi poder y en mis intenciones hacer un adelanto razonable de dinero a Azalea Adair sobre futuras contribuciones a la revista, y pareció complacido. —Por cierto —dijo—, tal vez le gustaría saber que ha tenido por cochero a la realeza. El abuelo del Viejo César fue rey en el Congo. El mismo César tiene costumbres reales, como habrás observado.

Mientras el doctor se alejaba, oí la voz del tío César en su interior: —¿Le ha quitado dos dólares, señorita Zalea? —Sí, César —oí a Azalea Adair contestar débilmente—. Y luego entré y concluí las negociaciones comerciales con nuestro colaborador. Asumí la responsabilidad de adelantar cincuenta dólares, poniéndolo como una formalidad necesaria para atar nuestro trato. Y entonces el tío César me llevó de vuelta al hotel. Aquí termina toda la historia hasta donde puedo testificar como testigo. El resto debe ser mera declaración de hechos. A eso de las seis salí a dar un paseo. El tío César estaba en su esquina. Abrió de par en par la puerta de su carruaje, agitó su plumero y comenzó su deprimente fórmula: —Entra, suh. Cincuenta centavos a cualquier lugar de la ciudad, a un tipo de agua que está muy limpio, suh, acaba de regresar de un funeral... Y entonces me reconoció. Creo que su vista estaba empeorando. Su abrigo había adquirido algunos tonos más desvaídos, las cuerdas de los cordeles estaban más deshilachadas y andrajosas, el último botón que le quedaba, el botón del cuerno amarillo, había desaparecido. Un variopinto descendiente de reyes era el tío César. Unas dos horas más tarde vi a una multitud emocionada asediando el frente de una farmacia. En un desierto donde no pasa nada, esto era maná; así que me abrí paso hacia adentro. Sobre un sofá improvisado de palcos y sillas vacías se extendía la corporeidad mortal del comandante Wentworth Caswell. Un médico le estaba haciendo pruebas para detectar el ingrediente inmortal. Su decisión fue que brillaba por su ausencia. El antiguo comandante había sido encontrado muerto en una calle oscura y llevado por ciudadanos curiosos y desposeídos a la farmacia. El difunto ser humano había estado enzarzado en una terrible batalla, los detalles lo demostraban. A pesar de ser holgazán y réprobo, también había sido un guerrero. Pero había perdido. Sus manos estaban apretadas con tanta fuerza que no podía abrirlas. Los amables ciudadanos que lo habían conocido se detuvieron y buscaron en su vocabulario para encontrar algunas buenas palabras, si era posible, para hablar de él. Un hombre de aspecto amable dijo, después de pensarlo mucho: "Cuando "Cas" tenía alrededor de un año de adolescencia, era uno de los mejores deletreadores de la escuela". Mientras permanecía allí, los dedos de la mano derecha del «hombre que era», que colgaba por el costado de una caja de pino blanco, se relajaron y dejaron caer algo a mis pies. Lo cubrí con un pie en silencio, y un poco más tarde lo recogí y me lo guardé en el bolsillo. Llegué a la conclusión de que, en su último forcejeo, su mano debía de haber agarrado el objeto sin darse cuenta y haberlo sujetado con fuerza mortal.

Aquella noche, en el hotel, el principal tema de conversación, con las posibles excepciones de la política y la prohibición, era la muerte del comandante Caswell. Escuché a un hombre decir a un grupo de oyentes: "En mi opinión, caballeros, Caswell fue asesinado por algunos de estos negros sin cuentas por su dinero. Tenía cincuenta dólares esta tarde, que mostró a varios caballeros en el hotel. Cuando lo encontraron, el dinero no estaba en su persona". Salí de la ciudad a la mañana siguiente a las nueve, y cuando el tren cruzaba el puente sobre el río Cumberland, saqué de mi bolsillo un botón amarillo del abrigo del tamaño de una moneda de cincuenta centavos, con los extremos deshilachados de un cordel grueso colgando de él, y lo arrojé por la ventana a la lenta aguas fangosas debajo. ¡Me pregunto qué está pasando en Buffalo!

LI

Cumplidos de la temporada

NO HAY MÁS CUENTOS DE NAVIDAD QUE ESCRIBIR. La ficción está agotada; y los artículos periodísticos, los siguientes mejores, son fabricados por jóvenes periodistas inteligentes que se han casado temprano y tienen una visión atractivamente pesimista de la vida. Por lo tanto, para la diversión oportuna, nos vemos reducidos a dos fuentes muy cuestionables: los hechos y la filosofía. Comenzaremos con, como elijas llamarlo. Los niños son animalitos pestilentes con los que tenemos que lidiar en una desconcertante variedad de condiciones. Especialmente cuando las penas infantiles los abruman, se nos pone al límite de nuestro juicio. Agotamos nuestra mísera reserva de consuelo; y luego los golpeó, sollozando, para que se durmieran. Entonces nos arrastramos en el polvo de un millón de años, y le preguntamos a Dios por qué. Así salimos de la trampa para ratas. En cuanto a los niños, nadie los entiende, excepto las viejas doncellas, los jorobados y los perros pastores. Ahora vienen los hechos en el caso de la Muñeca de Trapo, el Tatterdemalion y el Veinticinco de Diciembre. El día 10 de ese mes, la Hija del Millonario perdió su muñeca de trapo. Había muchos sirvientes en el palacio del Millonario en el Hudson, y estos saquearon la casa y los terrenos, pero sin encontrar el tesoro perdido. La niña era una niña de cinco años, y una de esas pequeñas bestias perversas que a menudo hieren la sensibilidad de los padres ricos fijando sus afectos en algún vulgar

—Perdón, señora —dijo—, pero no podía marcharse sin intercambiar sus compensaciones con la señora de la casa. "Gainst princ'ples gen'leman do sho." Y entonces comenzó el antiguo saludo que era una tradición en la Cámara cuando los hombres usaban volantes de encaje y polvo. — Las bendiciones de otro año... -La memoria de Fuzzy le falló-. La Señora le dijo: "Estar sobre este hogar". --El invitado- -tartamudeó Fuzzy-. -Y sobre ella, ¿quién...? -continuó la Dama con una sonrisa penetrante-. —Oh, córtalo —dijo Fuzzy con mala educación—. — No me acuerdo. Bebe abundantemente'. Fuzzy había disparado su flecha. Bebieron. La Dama volvió a sonreír con la sonrisa de su casta. James envolvió a Fuzzy y lo condujo hacia la puerta principal. La música del arpa seguía flotando suavemente por la casa. Afuera, Black Riley respiró con sus manos frías y abrazó la puerta. "Me pregunto", se dijo la Señora, meditando "quién..., pero fueron muchos los que vinieron. Me pregunto si la memoria es una maldición o una bendición para ellos después de haber caído tan bajo. Fuzzy y su escolta estaban casi en la puerta. La Señora llamó: '¡Santiago!' James se acercó obsequiosamente, dejando a Fuzzy esperando inestablemente, con su breve chispa del fuego divino desaparecida. Afuera, Riley el Negro pateó con los pies fríos y agarró con más firmeza su sección de tubería de gas. —Conducirá usted a este caballero —dijo la señora— escaleras abajo. Entonces dile a Louis que saque el Mercedes y lo lleve a cualquier lugar al que quiera ir.

LII

Prueba del pudín

Spring lanzó una óptica vítrea al editor Westbrook, de la revista Minerva, y lo desvió de su rumbo. Había almorzado en su rincón favorito de un hotel de Broadway, y regresaba a su oficina cuando sus pies se enredaron en el señuelo de la coqueta primaveral. Lo cual es por medio de decir que se volvió hacia el este en

La calle Veintiséis, vadeó con seguridad la frescura primaveral de vehículos en la Quinta Avenida, y serpenteó por los paseos de la incipiente Madison Square. El aire indulgente y el entorno del parquecito formaban casi una pastoral; El motivo del color era el verde, la sombra que presidía la creación del hombre y la vegetación. La hierba inexperta entre los paseos era del color del verdín, un verde venenoso, que recordaba a la horda de humanos abandonados que habían respirado sobre el suelo durante el verano y el otoño. Los reventones de los capullos de los árboles resultaban extrañamente familiares a los que habían botanizado entre las guarniciones del plato de pescado de una cena de cuarenta centavos. El cielo era de ese pálido tinte aguamarina que los poetas de salón riman con «verdadero», «Sue» y «arrullo». El único color natural y franco visible era el verde ostensible de los bancos recién pintados, un tono entre el color de un pepino en escabeche y el de un impermeable cravenette de espalda rápida del año pasado. Pero, para el ojo de la ciudad del editor Westbrook, el paisaje parecía una obra maestra. Y ahora, ya seas de los que se apresuran a entrar, o de la suave concurrencia que teme pisar, debes seguir una breve invasión de la mente del editor. El espíritu del editor Westbrook estaba contento y sereno. El número de abril de la Minerva había vendido toda su edición antes del décimo día del mes: un vendedor de periódicos de Keokuk había escrito que podría haber vendido cincuenta ejemplares más si los hubiera tenido. Los dueños de la revista le habían subido el sueldo (al editor); acababa de instalar en su casa una joya de un cocinero recién importado que temía a los policías; y los periódicos de la mañana habían publicado íntegramente un discurso que había pronunciado en un banquete de editores. También resonaban en su mente las notas jubilosas de una espléndida canción que su joven y encantadora esposa le había cantado antes de salir de su apartamento en la parte alta de la ciudad esa mañana. Últimamente se interesó con entusiasmo por su música, practicando temprana y diligentemente. Cuando él la felicitó por la mejoría de su voz, ella lo abrazó de alegría por sus elogios. Sintió también el benigno y tónico medicamento de la enfermera entrenada, Spring, tropezando suavemente por las salas de la ciudad convaleciente. Mientras el editor Westbrook se paseaba entre las hileras de bancos del parque (que ya se estaban llenando de vagabundos y guardianes de la infancia sin ley), sintió que le agarraban y sostenían la manga. Sospechando que estaba a punto de ser mendigado, volvió una cara fría e inútil, y vio que su captor era - Dawe - Shackleford Dawe,

Lúgubre, casi andrajoso, la gentileza apenas visible en él a través de las líneas más profundas de lo andrajoso. Mientras el editor se recupera de su sorpresa, se ofrece una biografía de Dawe a la luz de una linterna. Era un escritor de ficción y uno de los viejos conocidos de Westbrook. Hubo un tiempo en que se llamaban viejos amigos. Dawe tenía algo de dinero en aquellos días, y vivía en un apartamento decente cerca de Westbrook's. Las dos familias solían ir juntas al teatro y a cenar. La señora Dawe y la señora Westbrook se convirtieron en amigas "muy queridas". Entonces, un día, un pequeño tentáculo del pulpo, sólo para divertirse, invadió la capital de Dawe, y se trasladó al barrio de Gramercy Park, donde, por unos pocos granos a la semana, puede sentarse en el tronco bajo candelabros de ocho brazos y frente a las repisas de mármol de Carrara y ver a los ratones jugar en el suelo. Dawe pensaba vivir de la ficción. De vez en cuando vendía una historia. Envió muchos a Westbrook. La Minerva imprimió uno o dos de ellos; el resto fueron devueltos. Westbrook envió una carta personal cuidadosa y concienzuda con cada manuscrito rechazado, señalando en detalle sus razones para considerarlo no disponible. El editor Westbrook tenía su propia concepción clara de lo que constituía una buena ficción. Lo mismo había hecho Dawe. A la señora Dawe le preocupaban sobre todo los componentes de los escasos platos de comida que conseguía juntar. Un día, Dawe le había estado hablando de las excelencias de ciertos escritores franceses. A la hora de la cena se sentaron a comer un plato que un colegial hambriento podría haber engullido de un trago. Comentó Dawe. —Es hachís Maupassant —dijo la señora Dawe—. Puede que no sea arte, pero me gustaría que hicieras una serie de Marion Crawford de cinco platos con un soneto de Ella Wheeler Wilcox de postre. Tengo hambre'. Tan lejos del éxito estuvo Shackelford Dawe cuando le arrancó la manga al editor Westbrook en Madison Square. Era la primera vez que el editor veía a Dawe en varios meses. —¿Por qué, Shack, eres tú? —dijo Westbrook con cierta torpeza, pues la forma de esta frase parecía tocar el aspecto cambiado del otro. —Siéntate un minuto —dijo Dawe, tirando de su manga—. "Esta es mi oficina. No puedo ir a la tuya, con el aspecto que tengo. Oh, siéntate, no serás deshonorado. Esos pájaros a medio desplumar en los otros bancos te tomarán por un trepador de porches. No sabrán que solo eres un editor'. —¿Humo, Shack? —dijo el editor Westbrook, hundiéndose cautelosamente

sobre el virulento banco verde. Siempre cedía con gracia cuando cedía. Dawe le arrancó el cigarro como un martín pescador se lanza a una percha o una niña picotea una crema de chocolate. —Acabo de... —empezó a decir el redactor—. —Oh, lo sé; no termines', dijo Dawe. — Dame una cerilla. Solo tienes diez minutos libres. ¿Cómo te las arreglaste para pasar por encima de mi oficinista e invadir mi santuario? Ahí va ahora, lanzando su garrote a un perro que no podía leer los letreros de "Manténgase alejado de la hierba". "¿Cómo va la escritura?", preguntó el editor. —Mírame —dijo Dawe— para que te responda. Ahora no pongas esa mirada avergonzada, amistosa pero honesta, y me preguntes por qué no consigo un trabajo como agente de vinos o taxista. Estoy en la lucha hasta el final. Sé que puedo escribir buena ficción y los obligaré a admitirlo todavía. Te haré cambiar la ortografía de "arrepentimientos" por "c-h-e-q-u-e" antes de que termine contigo. El editor Westbrook miró a través de sus gafas de nariz con una expresión dulcemente triste, omnisciente, comprensiva y escéptica, la expresión protegida por los derechos de autor del editor asediado por el colaborador no disponible. —¿Has leído el último cuento que te envié, "El Alarum del Alma"? —preguntó Dawe. — Con cuidado. Dudé sobre esa historia, Shack, de verdad que lo hice. Tenía algunos puntos buenos. Te estaba escribiendo una carta para que la envíes cuando te la devuelva. Me arrepiento... —No importa los remordimientos —dijo Dawe sombríamente—. Ya no hay ni unguento ni agujón en ellos. Lo que quiero saber es por qué. Ven, ahora; Fuera primero los puntos buenos'. —La historia —dijo Westbrook deliberadamente, después de un suspiro reprimido— está escrita en torno a una trama casi original. Caracterización: lo mejor que has hecho. Construcción: casi igual de buena, excepto por algunas articulaciones débiles que pueden fortalecerse con algunos cambios y toques. Era una buena historia, excepto... —Puedo escribir en inglés, ¿verdad? —interrumpió Dawe. —Siempre te he dicho —dijo el editor— que tenías un estilo. —Entonces el problema es... —Lo mismo de siempre —dijo el editor Westbrook—. "Trabajas hasta tu clímax como un artista. Y luego te conviertes en fotógrafo. No sé qué forma de locura obstinada te posee, Shack, pero eso es lo que haces con todo lo que escribes. No, me retractaré de la comparación con el fotógrafo. Ahora

Y entonces la fotografía, a pesar de su perspectiva imposible, logra registrar un fugaz atisbo de verdad. Pero estropeas cada desenlace con esos trazos planos, monótonos y borrosos de tu pincel de los que tantas veces me he quejado. Si te elevaras a la cúspide literaria de tus escenas dramáticas y las pintaras con los colores intensos que el arte requiere, el cartero dejaría menos sobres voluminosos y con tu dirección en tu puerta. —¡Oh, violines y candiles! —exclamó Dawe con sorna—. "Todavía tienes esa vieja torcedura del drama del aserradero en tu cerebro. Cuando el hombre del bigote negro secuestra a Bessie, de cabellos dorados, es inevitable que la madre se arrodille y levante las manos en el centro de atención y diga: "¡Que el cielo sea testigo de que no descansaré ni de noche ni de día hasta que el despiadado villano que me ha robado a mi hijo sienta el peso de la venganza de una madre!" El editor Westbrook esbozó una sonrisa de imperceptible complacencia. —Creo —dijo— que en la vida real la mujer se expresaría con esas palabras o con otras muy parecidas. —No en una carrera de seiscientas noches en ningún otro lugar que no sea en el escenario —dijo Dawe acaloradamente—. — Te diré lo que diría en la vida real. Ella decía: "¡Qué! ¿Bessie llevada por un hombre extraño? ¡Dios mío! ¡Es un problema tras otro! Coge mi otro sombrero, tengo que ir corriendo a la comisaría. ¿Por qué no había alguien cuidando de ella?, me gustaría saberlo. Por el amor de Dios, apártate de mi camino o nunca estaré listo. No ese sombrero, el marrón con los lazos de terciopelo. Bessie debía de estar loca; Por lo general, es tímida con los extraños. ¿Es demasiada pólvora? ¡Señor! ¡Cómo estoy molesto!". — Así es como hablaba -continuó Dawe-. "La gente en la vida real no vuela hacia la heroicidad y el verso en blanco en las crisis emocionales. Simplemente no pueden hacerlo. Si hablan en tales ocasiones, recurren al mismo vocabulario que usan todos los días, y confunden un poco más sus palabras e ideas, eso es todo. —Choza —dijo el editor Westbrook de manera impresionante—, ¿alguna vez recogiste la forma destrozada y sin vida de un niño de debajo del guardabarros de un tranvía, la llevaste en brazos y la dejaste delante de la madre distraída? ¿Alguna vez hiciste eso y escuchaste las palabras de dolor y desesperación que fluían espontáneamente de sus labios? — Nunca lo hice —dijo Dawe—. — ¿Lo hiciste? —Bueno, no —dijo el editor Westbrook, frunciendo ligeramente el ceño—. Pero me imagino muy bien lo que diría. —Yo también puedo —dijo Dawe—. Y ahora había llegado el momento oportuno para que el editor Westbrook hiciera de oráculo y silenciara a su obstinado colaborador. No fue por un

ficcionista no llegado para dictar las palabras que deben pronunciar los héroes y heroínas de la Revista Minerva, en contra de las teorías del editor de la misma. —Mi querido Shack —dijo—, si sé algo de la vida, sé que toda emoción súbita, profunda y trágica en el corazón humano suscita una expresión de sentimiento adecuada, concordante, conforme y proporcionada. Sería difícil decir cuánto de esta inevitable concordancia entre expresión y sentimiento debe atribuirse a la naturaleza, y cuánto a la influencia del arte. El rugido sublimemente terrible de la leona que ha sido privada de sus cachorros está dramáticamente tan por encima de su habitual gemido y ronroneo como las expresiones reales y trascendentes de Lear están por encima del nivel de sus vapores seniles. Pero también es cierto que todos los hombres y mujeres tienen lo que puede llamarse un sentido dramático subconsciente que es despertado por una emoción suficientemente profunda y poderosa, un sentido adquirido inconscientemente de la literatura y del escenario que los impulsa a expresar esas emociones en un lenguaje acorde con su importancia y valor histriónico. —Y en nombre de las siete mantas sagradas de Sagitario, ¿de dónde sacaron el teatro y la literatura el truco? —preguntó Dawe. —De la vida —respondió triunfante el editor—. El narrador se levantó del banco y gesticuló elocuentemente, pero mudamente. Se le rogaron palabras con las que formular adecuadamente su disidencia. En un banco cercano, un holgazán somnoliento abrió sus ojos rojos y se dio cuenta de que su apoyo moral se debía a un hermano oprimido. — Dale un puñetazo, Jack -le gritó con voz ronca a Dawe-. —¿Ha venido haciendo un ruido como el de una sala de juegos para los gen'lemen que vienen a la plaza a sentarse y pensar? El editor Westbrook miró su reloj con una afectada muestra de ocio. —Dime —preguntó Dawe, con truculenta ansiedad—, qué defectos especiales de «El Alarum del Alma» te hicieron tirarlo al suelo. —Cuando Gabriel Murray —dijo Westbrook— va a su teléfono y le dicen que un ladrón ha disparado a su prometida, dice... No recuerdo las palabras exactas, pero... —Sí —dijo Dawe—. Dice: "Maldita Central; Ella siempre me interrumpe". (Y luego a su amigo): "Dime, Tommy, ¿una bala treinta y dos hace un gran agujero? Es un poco de mala suerte, ¿no? ¿Podrías traerme un trago del aparador, Tommy? No; recto; Nada al margen". '

—Y otra vez —continuó el editor, sin detenerse a discutir—, cuando Berenice abre la carta de su marido en la que le informa de que ha huido con la manicura, sus palabras son, déjame ver... —Dice —intervino el autor—: Bueno, ¿qué piensas de eso? — Palabras absurdamente inapropiadas —dijo Westbrook—, que presentan un anticlímax, sumergiendo la historia en baños sin esperanza. Peor aún; Reflejan la vida falsamente. Ningún ser humano pronunció jamás coloquialismos banales cuando se enfrentó a una tragedia repentina". —Mal —dijo Dawe, cerrando las mandíbulas sin afeitarse obstinadamente—. "Yo digo que ningún hombre o mujer habla altisonantes cuando se enfrentan a un clímax real. Hablan con naturalidad, y un poco peor. El editor se levantó del banco con su aire de indulgencia e información privilegiada. —Dime, Westbrook — dijo Dawe, sujetándolo por la solapa—, ¿habrías aceptado «El Alarum del Alma» si hubieras creído que las acciones y las palabras de los personajes eran fieles a la realidad en las partes de la historia que discutimos? —Es muy probable que lo hiciera, si así lo creyera —dijo el editor—. —Pero ya te he explicado que no. —¿Si pudiera demostrarte que tengo razón? — Lo siento, Shack, pero me temo que no tengo tiempo de seguir discutiendo en este momento. —No quiero discutir —dijo Dawe—. "Quiero demostrarte con la vida misma que mi punto de vista es el correcto". — ¿Cómo pudiste hacer eso? —preguntó Westbrook en tono sorprendido. —Escucha —dijo el escritor con seriedad—. "He pensado en una manera. Es importante para mí que mi teoría de la ficción real sea reconocida como correcta por las revistas. He luchado por ello durante tres años, y me quedo sin mi último dólar, con dos meses de alquiler adeudados". —He aplicado lo contrario de su teoría —dijo el editor— al seleccionar la ficción para la revista Minerva. La circulación ha subido de noventa mil a... —Cuatrocientos mil — dijo Dawe—. "Mientras que debería haberse aumentado a un millón". — Me acabas de decir algo acerca de demostrar tu teoría favorita. — Lo haré. Si me das media hora de tu tiempo, te demostraré que tengo razón. Lo demostraré con Louise. —¿Tu esposa! — exclamó Westbrook—. — ¿Cómo? —Bueno, no exactamente por ella, sino con ella — dijo Dawe—. "Ahora, tú

Sé lo devota y cariñosa que siempre ha sido Louise. Ella piensa que soy la única preparación genuina en el mercado que lleva la firma del viejo médico. Ha sido más cariñosa y fiel que nunca, desde que me eligieron para el papel del genio olvidado. — De hecho, es una compañera de vida encantadora y admirable —coincidió el editor—. Recuerdo lo inseparables que fueron ella y la señora Westbrook. Los dos somos afortunados, Shack, de tener esas esposas. Es preciso que traigas a la señora Dawe por la noche, y tendremos una de esas cenas informales de platos de fricción que tanto nos gustaban. —Más tarde —dijo Dawe—. "Cuando me den otra camiseta. Y ahora te cuento mi esquema. Cuando estaba a punto de salir de casa después de desayunar -si es que se puede llamar desayuno a té y avena-, Louise me dijo que iba a visitar a su tía en la calle Ochenta y nueve. Dijo que regresaría a casa a las tres de la tarde. Siempre llega a tiempo a un minuto. Ahora es... -Dawe miró hacia el bolsillo del reloj del editor-. — Faltan veintisiete minutos para las tres -dijo Westbrook, mirando su reloj-. —Tenemos el tiempo justo —dijo Dawe—. — Iremos a mi piso enseguida. Escribiré una nota, se la dirigiré y la dejaré sobre la mesa donde la vea al entrar por la puerta. Tú y yo estaremos en el comedor, oculto por las porterías. En esa nota diré que he huido de ella para siempre con una afinidad que entiende las necesidades de mi alma artística como ella nunca lo hizo. Cuando lo lea, observaremos sus acciones y escucharemos sus palabras. Entonces sabremos qué teoría es la correcta, la tuya o la mía. —¡Oh, nunca! —exclamó el editor, meneando la cabeza—. "Eso sería inexcusablemente cruel. No podía consentir que se jugara con los sentimientos de la señora Dawe de esa manera. —Prepárate —dijo el escritor—. — Supongo que pienso en ella tanto como tú. Es para su beneficio y para el mío. Tengo que conseguir un mercado para mis historias de alguna manera. No le hará daño a Louise. Está sana y sana. Su corazón es tan fuerte como un reloj de noventa y ocho centavos. Durará solo un minuto, y luego saldré y le explicaré. Realmente me debes darme la oportunidad, Westbrook. El editor Westbrook cedió al fin, aunque sólo a medias. Y en la mitad de él que consintió acechaba el viviseccionista que hay en todos nosotros. El que no haya usado el bisturí que se levante y se ponga en su lugar. Lástima que no haya suficientes conejos y conejillos de indias para todos.

Los dos experimentadores de arte abandonaron la plaza y se dirigieron hacia el este y luego hacia el sur hasta llegar al barrio de Gramercy. Dentro de sus altas rejas de hierro, el parquecito se había puesto su elegante capa de verde primaveral, y se admiraba a sí mismo en su fuente menor. Fuera de las rejas, el cuadrado hueco de casas derruidas, cascarrones de una antigua nobleza, se inclinaba como en un chisme fantasmal sobre las acciones olvidadas de la calidad desaparecida. Sic transit gloria urbis. Una o dos manzanas al norte del parque, Dawe condujo al editor de nuevo hacia el este, y luego, después de recorrer una corta distancia, entró en una casa elevada pero estrecha, cargada con una fachada floridamente decorada. Llegaron al quinto piso, y Dawe, jadeante, clavó la llave en la puerta de uno de los pisos delanteros. Cuando se abrió la puerta, el editor Westbrook vio, con sentimientos de lástima, lo mezquina y escasamente amueblada que estaban las habitaciones. —Coge una silla, si puedes encontrarla —dijo Dawe—, mientras busco pluma y tinta. Hola, ¿qué es esto? Aquí hay una nota de Louise. Debió de dejarlo allí cuando salió esta mañana. Cogió un sobre que estaba sobre la mesa central y lo abrió. Comenzó a leer la carta que había sacado de ella; y una vez que lo comenzó en voz alta, lo leyó hasta el final. Estas son las palabras que escuchó el editor Westbrook: QUERIDO SHACKLEFORD: "Para cuando recibas esto, estaré a unas cien millas de distancia y seguiré adelante. Tengo un lugar en el coro de la Occidental Opera Co., y hoy a las doce salimos de gira. No quería morir de hambre, así que decidí ganarme la vida. No voy a volver. La señora Westbrook va conmigo. Dijo que estaba cansada de vivir con una combinación de fonógrafo, iceberg y diccionario, y que tampoco va a volver. Hemos estado practicando las canciones y los bailes durante dos meses en silencio. Espero que tengas éxito y que te lleves bien. Adiós. – LUISA. Dawe dejó caer la carta, se cubrió el rostro con las manos temblorosas y exclamó con voz profunda y vibrante: "Dios mío, ¿por qué me has dado de beber esta copa? Puesto que ella es falsa, ¡deja que los dones más hermosos de Tu Cielo, la fe y el amor, se conviertan en las burlas de traidores y amigos! Las gafas del editor Westbrook cayeron al suelo. Los dedos de una mano tantearon un botón de su abrigo mientras soltaba entre sus pálidos labios:

—Dime, Shack, ¿no es una nota infernal? ¿No te derribaría eso de tu percha, Shack? ¿No es un infierno, Shack, no es así?

LIII

Pasado uno en Rooney's

Sólo en el Lower East Side de Nueva York sobreviven las Casas de Capuleto y Montesco. Allí no luchan por el libro de la aritmética. Si te muerdes el pulgar a un defensor de la casa contraria, tienes mucho trabajo por delante para tu acero. En Broadway puedes arrastrar a tu hombre a lo largo de una docena de cuadras por la nariz, y él sólo gritará por el reloj; pero en los dominios de los Tibaldos y Mercucios del East Side, debes observar las sutilezas de la conducta en un guiño de pestañas y en una pulgada de espacio en el bar cuando entre sus clientes se encuentran enemigos de tu casa y parientes. Así, cuando Eddie McManus, conocido por los Capuleto como Cork McManus, entró en Dutch Mike's para tomar una jarra de cerveza, y se encontró con un grupo de Montescos que se divertían con la espuma, comenzó a observar las reglas parlamentarias más estrictas. La cortesía le prohibió salir de la taberna sin saciar su sed; La precaución le condujo a un lugar del bar donde el espejo le proporcionaba el conocimiento de los movimientos del enemigo que su mirada indiferente parecía desdeñar; La experiencia le susurró que el dedo de la angustia estaría ocupado entre las jarras parlanchinas de Dutch Mike's esa noche. A su lado se acercó Brick Cleary, su Mercutio, compañero de sus deambulaciones. Así estaban, cuatro de la Banda de Mulberry Hill y dos de la Banda del Dique Seco, cuidando de sus P y Q con tanta solicitud que Dutch Mike mantuvo un ojo en sus clientes y el otro en un espacio abierto debajo de su bar en el que tenía la costumbre de buscar seguridad cada vez que la ominosa cortesía de las asociaciones rivales se congelaba en forma de balas y acero frío. Pero no tenemos que ver con las guerras de Mulberry Hills y Dry Docks. Debemos ir a Rooney's, donde, en la rama muerta más marchita del árbol de la vida, florecerá una pequeña orquídea pálida. La etiqueta sobrecargada finalmente cedió. No se sabe quién fue el primero en sobrepasar los límites del puntillo; Pero las consecuencias fueron inmediatas. Buck Malone, de Mulberry Hills, con una rapidez parecida a la de Dewey, hizo girar una pistola de ocho pulgadas de su